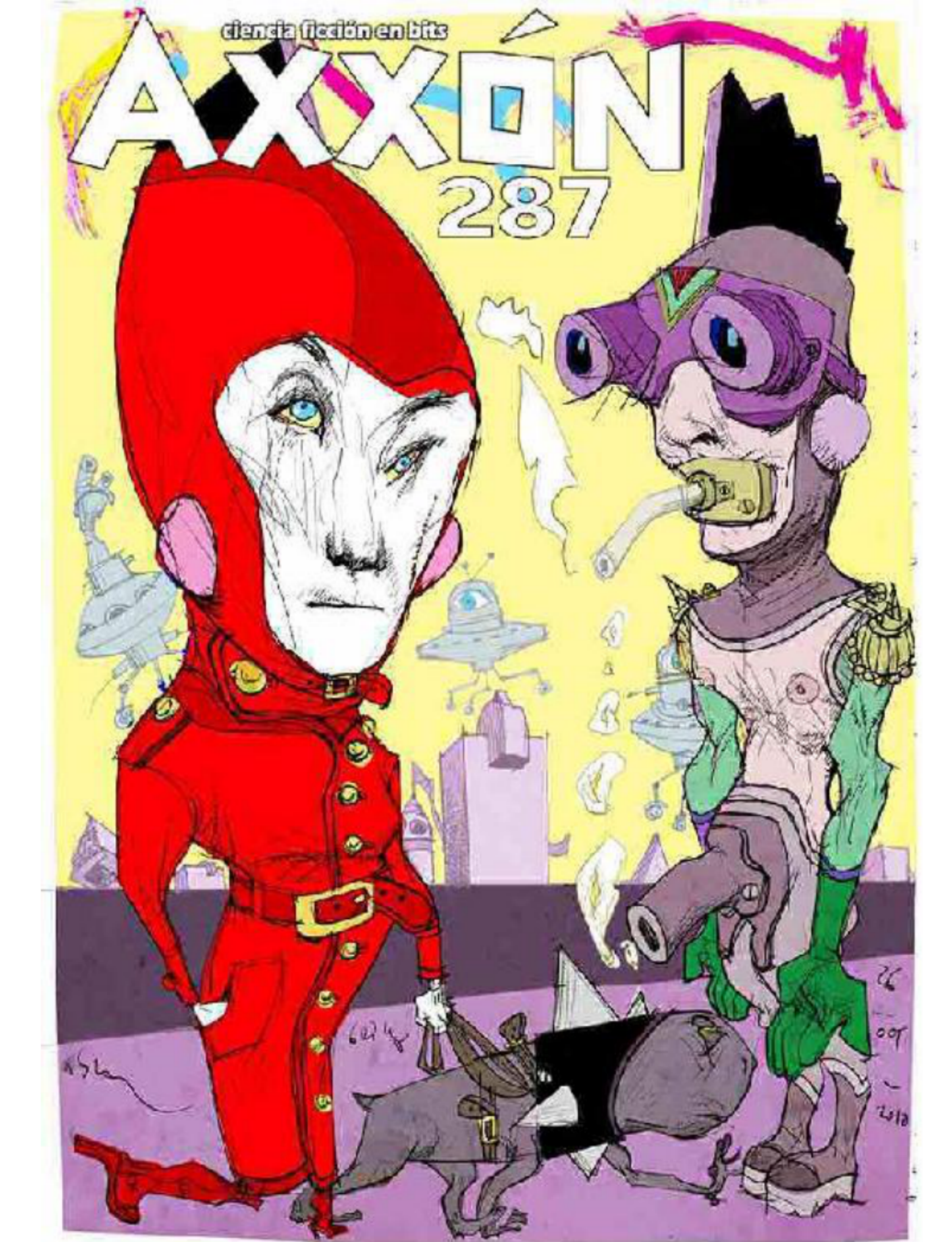

ciencia ficción en bits
AXXÓN
287

Axxón 287, diciembre de 2018

Una cierta argentinidad futura

Marcelo Huerta San Martín

 **ARGENTINA**

Las historias en las que participan próceres de un país son frecuentes en la ciencia ficción anglosajona, pero algo menos visto en las historias de habla hispana. Este número de Axxón nos trae *Los Santos conspiradores del tiempo*, una historia rebosante de argentinidad, con sabor inconfundiblemente local, recursos clásicos del género y un ritmo atrapante. Nos gustó mucho y hace tiempo que queríamos compartirla con los lectores. Nos llevó un tiempo prepararla pero finalmente está aquí.

Las colaboraciones restantes son textos de dos nuevas voces de Colombia y el retorno de un autor de España que ya hemos tenido el gusto de publicar.

Disfruten de este nuevo número de Axxón.

Los Santos conspiradores del tiempo: Introducción, I, II, III

Marcelo Artal

 **ARGENTINA**

Introducción

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.

Y dijo Dios: sea la luz; y se iluminó Argentina.

Y vio Dios que Argentina era buena; y separó Dios a Argentina del resto del planeta.

Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Fue la tarde y la mañana un día, el primero de Argentina.

Luego dijo Dios: haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas.

E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así.

Y llamó Dios a la expansión Cielos, que luego serían bandera. Y fue la tarde y la mañana el día segundo.

Dijo también Dios: júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así.

Y llamó Dios a lo seco Patagonia, Pampa y Cuyo; al norte lo ignoró, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno.

Después dijo Dios: produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.

Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da soja; el lapacho, el ceibo y el ombú. Y vio Dios que era bueno.

Y fue la tarde y la mañana el día tercero.

Dijo luego Dios: haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días

y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así.

E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día y decorase la bandera, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas.

Y las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y para señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.

Y fue la tarde y la mañana del día cuarto.

Dijo Dios: produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos.

Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Y Dios los bendijo, diciendo: fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra.

Y fue la tarde y la mañana el día quinto.

Luego dijo Dios: produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así.



Ilustración: Pedro Bel

E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Entonces dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.

Y creó Dios al argentino a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

Y los bendijo Dios, y les dijo: fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Pero su bendición no fue suficiente.

Y dijo Dios: he aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer.

Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así, aunque sólo para algunos.

Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que no era del todo bueno. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.

El séptimo día hubiera preferido descansar, pero en cambio, debió crear el resto del mundo y perfeccionarlo, aprendiendo de sus errores.

I

31 de diciembre de 2054. Ciudad Popular de Buenos Aires

“Levántate, Juan Domingo. 100 años más tarde, levántate y anda”.

El viejo lee, pero no escucha. Los muchos milímetros de vidrio que lo separan del exterior amortiguan las ondas sonoras, pero no filtran la luz. El ventanal del piso 98 se convierte inusitadamente en una gigante y radiante pantalla que mezcla imágenes del pasado y el presente sin cambiar de protagonista. Vuela, Juan Domingo, el de antes y el de ahora, proyectado en un zepelín luminoso que surca el cielo estrellado de Buenos Aires. Perón y Peroncito, la ceniza y el Phoenix. El primero habla y gesticula en blanco y negro, mueve los brazos eufórico y saluda; el segundo repite con una exactitud escalofriante, aunque en alta definición. No debería sorprender, porque después de todo, ha sido hecho a su imagen y semejanza, como Dios hizo al hombre. Sangre de su sangre, entrenado concienzudamente para replicar su carácter y personalidad cual verdadera estirpe; un engendro de la ciencia superador de la naturaleza y al servicio de la política. El clon del general, listo para erguirse ante el pueblo, cumplido el centenario de su caída.

Los primeros fuegos artificiales decoran la puesta en escena. En principio, pareciera ser una coincidencia circunstancial que aquel escenario propagandístico móvil ahora fuera magnificado con estruendos y explosiones coloridas. El reloj ha dado las 00:00, pero el viejo no acusa recibo.

—Yo pensé que a esta altura del partido los autos iban a volar —dice, sin quitar la vista del espectáculo.

—Los autos vuelan, papá, pero no en Argentina —afirma su hijo, al tiempo que le acerca una copa de *champagne*—. Muy de vez en cuando se ve alguno que otro importado por ahí, pero Dios sabe cómo consiguen las licencias aéreas especiales.

El anciano gira el cogote según las coordenadas auditivas. Ni siquiera se detiene en observar la copa.

—Bueno, no sólo Dios sabe. Yo también sé cómo las consiguen —confiesa el primogénito, y con delicadeza ayuda a su padre a sujetar la copa. Luego le sonríe—. El espacio aéreo todavía no está regulado para la circulación de aeronaves de porte reducido. Hay una ley tratándose en el congreso, pero va y viene como una pelota de *ping pong* entre diputados y senadores.

El viejo arruga la cara y pregunta: —¿Y vos quién carajo sos?

—Soy José, papá, tu hijo —responde y levanta la copa para incentivar un brindis—. Feliz año, viejo.

Por reflejo, cierra los ojos. El líquido burbujeante le empapa la cara e inmediatamente después escucha el zumbido de la copa al ras del oído. La conclusión auditiva es la sospechada: primero, el cristal estallando en el piso y luego los gritos de su padre. Nada nuevo, insultos y vociferaciones falaces, propias de su condición psiquiátrica.

—Vos no sos mi hijo, sos el hijo de la gran puta que te parió —le dice desde la silla anti-gravedad—, un neoperonista corrupto y pusilánime.

Los enfermeros acuden de inmediato e intentan calmar al paciente, morado y jadeante por la falta de oxígeno. José no se mueve. Su rostro denota cierta frustración, pero es un sentimiento al que ya se acostumbró. Juan, su padre, hace varios años que dejó de reconocerlo.

—No te lo puedo creer —exclama uno de los enfermeros, mientras presiona un botón en la silla sin aparente respuesta.

—¿Se cagó? —pregunta el compañero, a lo que el otro asiente con cara de fastidio.

—La puta madre. Es la dínamo gravitacional, se caga y no se consigue el repuesto —dice, ante la atenta mirada de José.

—Y bueno, traé una silla de ruedas, otra no nos queda. Estamos volviendo a la prehistoria.

—¿Quieren que los ayude? —José intenta intervenir, pero el

enfermero a su lado lo toma del brazo.

—No, José, vos andá —le susurra—. Por hoy me parece que ya está bien.

José mira a su padre y lo descubre aún colorado, con los ojos saltones y el pecho inflándose y desinflándose a ritmo vertiginoso, como si se tratara de un gallo asustado.

—Sí, tenés razón —asiente y palmea el hombro del enfermero—. Feliz año.

Afuera hace calor, como de costumbre. En Buenos Aires hace ya mucho tiempo que siempre hace calor. Dicen que es por el cambio climático que provocó dragar el Río de la Plata una década atrás. No quedó otra; cuando se acabaron las reservas de divisas, hubo que ir por el agua y canjeársela por petróleo a los orientales, que pagaron fortunas. Eso fue suficiente para calmar a las fieras mientras el movimiento neoperonista ejecutaba su plan maestro de eternización: la resurrección del general.

No alcanzó con modificar la constitución dos veces, la primera para habilitar un tercer mandato presidencial consecutivo y la segunda, para ampliar el lapso en ejercicio del poder de 4 a 8 años. Hubo que clonar a Perón. Tuvieron que encarnizar la mística y darle cuerpo a la leyenda, apelando a la ciencia sin escrúpulos. Argentina vuelve a hacer historia y ante la mirada condenatoria del mundo —y la opiada del pueblo— resucita a su máximo prócer político a través de la manipulación genética. Ni el más morboso de los autores británicos victorianos podría haber imaginado semejante atrocidad.

Lo más curioso, sin embargo, es que la gente vaya a votarlo. Las encuestas diarias, realizadas por empresas privadas a través de terminales barriales electrónicas de sufragio simulado, arrojaban ayer un 55% de intención de voto, a pocos meses de las elecciones presidenciales. *Va a ganar,* sospecha José, quien a diferencia de la gran mayoría de los argentinos camina por las desoladas y tenebrosas calles de la ciudad sin miedo. La épica neoperonista está a punto de alcanzar su instancia más gloriosa mientras el pueblo duerme, anestesiado a partir de un combo tripartito: oportunismo, ideología e ignorancia. La santísima trinidad neoperonista: embrutecer, adoctrinar y pagar. La doctrina sin diezmo ya no existe. Quedan pocos románticos en Argentina dispuestos a defender lo indefendible a cambio de nada. Por eso, generalmente siempre hay un billete detrás de cada palabra de apoyo por parte de un formador de opinión, ya sea venga de un político, un periodista o un artista. Intelectuales ya no quedan en el País. La gran mayoría se han exiliado o

desintelectualizado, víctimas de un fenómeno antropológico que viene afectando a la sociedad en las últimas décadas. El intelecto es una capacidad en vías de extinción en todo el territorio nacional.

La razón también corre serio peligro de desaparecer en el ciudadano medio. Cuando se vive dentro de un relato, cada vez es más difícil distinguir la realidad de la ficción, sobre todo si se restringen las vías de comunicación con el exterior. El gobierno neoperonista ha invertido muchos recursos en controlar los influjos de datos, lo que ha llevado a que prácticamente apenas el 10% de la población tenga libre acceso a la información. El resto de la gente vive alienada. Los proveedores de datos son mayoritariamente estatales y, los que no, dependen de los satélites nacionales, por lo que poseen filtros en el origen. La irrealidad prolongada en el tiempo conduce a la locura, y eso José lo sabe bien por su padre, quien ahora lo acusa de ser un militante neoperonista. Justo a él, que desde las entrañas del servicio de inteligencia estatal conspira contra el partido, colaborando con los pocos jueces federales honestos que quedan en la República. No lo hace desinteresadamente, porque tampoco es imberbe. La justicia lo acoraza, brindándole garantías de supervivencia en el tiempo, al menos hasta que dure la independencia de poderes, lo que seguramente será un plazo breve. Tampoco pueden hacer mucho un espía y menos de una decena de jueces, cuando la corrupción se halla fuertemente arraigada hasta en la mismísima corte suprema desde hace años. De ninguna otra manera se podría haber alcanzado la modificación de la constitución que posteriormente diera paso a la promulgación de leyes como la de la clonación humana o la de derechos humanoides, que hipotéticamente permitiría a un robot ocupar cualquier cargo público, incluida la presidencia.

Futuro errante, presente errante. La flamante primera madrugada de 2055 revela un destino mezquino para José, quien termina sentado en la barra flotante de un bar de mala muerte en Congreso; un espacio prácticamente desolado, si no fuera por el robo-tender y un encargado en completo estado de embriaguez.

José oprime un botón y despliega la carta holográfica. No necesita debatir consigo mismo qué beber porque ya lo tiene decidido. Elige una medida de whisky sin hielo y aguarda. Los barman autómatas a veces se toman su tiempo en procesar los pedidos, dependiendo de la calidad del enlace. De cualquier manera, la espera se ve atenuada por una grata e inesperada distracción visual, no muy distante a un espejismo en el desierto: una morocha esbelta se adentra en el salón y se dirige hacia él a paso decidido. “Levántate, Juan Domingo. 100 años más tarde, levántate y

anda", escucha José e interrumpe aquella visión cuasi angelical para observar, por enésima vez, a Perón y Peroncito, esta vez en el campo holográfico proyectado a pocos centímetros de su nariz.

—¿Vas a votarlo? —escucha a su costado y cuando gira, la figura de la interlocutora impacta sus sentidos, despertando instintos básicos y sofisticados al mismo tiempo. La simetría de su rostro es perfecta; sus ojos son celestes y diáfanos y sus labios brillan en la penumbra.

—El voto es secreto —contesta José. Ella sonríe.

—Por ahora —replica.

El robo-tender irrumpe en la escena y despliega su brazo telescópico para posar la bebida sobre la barra. José apoya el dedo índice en el lector digital del androide y paga la cuenta.

—De haber sabido que iba a estar acompañado pedía dos —comenta, mientras envuelve el vaso con sus dedos.

—Está bien. No bebo alcohol.

—¿Con qué querés brindar, entonces?

—Con nada. No vine a brindar —responde, tajante, pero sin perder la expresión simpática de su rostro—. Vine a buscarte.

José liquida el whisky con un movimiento de muñeca certero. Traga, exhala y sonríe.

—A buscarme… —gira en la banqueta para apreciarla más detalladamente—.Y yo que creía que iba a empezar mal el año… ¿Cómo te llamás?

—Ingrid.

El nombre suena cual canto de sirena. Sus ojos cristalinos emiten destellos hipnóticos que penetran las córneas en busca de una respuesta neuronal positiva. Hay algo irresistible en su hablar, en su mirar, en su completo ser y actuar, que difícilmente está librado al azar. José sonríe nuevamente, porque le es inevitable. La seducción es inmediata. Los estímulos se cuelan por sus sentidos y atacan su sistema simpático, revolucionándolo químicamente. Es una sensación pre orgásmica, irresistible; una prisión sensorial de difícil escapatoria.

—Vení conmigo —sus labios se mueven sensualmente, casi en cámara lenta. Labios brillantes, húmedos y presumiblemente dulces—. Tengo algo que mostrarte.

Él asiente. Ingrid voltea con agilidad felina y marca el camino. José alcanza su tobillo, empuña la pistola biométrica y apunta. El láser atraviesa

el cráneo de la dama desde la nuca hasta la frente, entre chispazos y sonidos metálicos. El cuerpo no cede a la gravedad pero se detiene. El espía sabe, de cualquier manera, que la humanoide ha quedado disfuncional por el súbito fastidio que experimenta al detenerse la irradiación seductiva. Es, lisa y llanamente, la repentina interrupción de un coito.

Gira en su eje y localiza al robo-tender. Dispara de nuevo. Éste sí se desploma, porque su levitación depende de una dínamo anti-gravitacional, ahora fulminada. Dependiendo del modelo, José sabe que los robo-tender poseen sensores de calor que captan la diferencia de temperatura ambiental brusca que suscita un disparo láser. No tiene tiempo de chequear el modelo ni ganas de correr el riesgo de que un androide insensato alerte a la policía de un delito que atenta contra los derechos humanoides. También sabe que los borrachos son inofensivos, y que a duras penas el encargado, prácticamente en coma etílico, recuerde por la mañana lo sucedido.

Ingrid ya no luce tan atractiva. Está estática, despeinada y con un agujero humeante en la cabeza del que aún saltan chispas. José la rodea, la observa con atención y finalmente la enfrenta. Analiza rigurosamente su semblante. Es, tal vez, la humanoide más perfecta que ha visto en su vida, y aun así no dudó en volarle los circuitos de un flash. No ha sido creado todavía el autómata que logre engañarlo. Desengancha el escáner cilíndrico de su pulsera comando y lo proyecta sobre la retina de la víctima para leer su DNI. El visor advierte que se trata de una NN, una androide ilegal; algo infrecuente en un país donde a los robots se les otorga identidad, género y se les reconocen derechos igualitarios, independientemente de su origen. Vuelve a empuñar la pistola y le dispara en ambas rodillas. Las articulaciones ceden al impacto y el cadáver robótico finalmente cae boca abajo. Desde su posición aventajada en altura, continúa disparando, perforándole la nuca. Luego voltea el cuerpo y repite las detonaciones en el cuello, troquelando la unión entre el tronco y la cabeza. Se agacha, enfunda la pistola y se sienta en el piso, justo delante del rostro de Ingrid quien, inerte, lo mira con una elocuente expresión de tristeza. *Es curioso lo expresivo que puede resultar un androide disfuncional,* piensa el espía e incrusta los dedos en los orificios del cuello como si fueran garras. Después le apoya los pies sobre los hombros y tira con fuerza. Las conexiones ofrecen resistencia, pero José es testarudo. Se detiene, respira hondo y vuelve a tirar hasta comenzar a desgarrar la piel y los circuitos. Tres intentos son suficientes para decapitarla. Seguidamente sujeta la cabeza, la gira y la inspecciona; mete su mano y revuelve las vísceras metálicas hasta alcanzar el chip neurálgico, que cede rápidamente. Al retirarlo lo acerca a sus ojos: MADE IN JAPAN.

El encargado ronca, completamente ajeno a la realidad. José se levanta y mira alrededor. No sabe dónde están las cámaras, pero tampoco le importa. La misma Ingrid ha de poseer una grabación de video interna extraíble, pero que a duras penas lo pueda comprometer. Trabajar en el servicio secreto nacional tiene la ventaja de hacerlo invisible. Su rostro no figura en el banco de datos biométricos, y en la improbable eventualidad de ser reconocido por un tercero, su indemnidad se halla asegurada gracias al máximo atributo de su oficio: la impunidad.

Se dirige hacia la salida, pero arribando al umbral decide detenerse. Necesita darle un último vistazo a la escena. Poco queda de la llamativa autómata que intentó seducirlo; apenas un esqueleto de microlattice acéfalo y desarticulado. José presiente que esto será tema de debate con su terapeuta virtual. No es un problema personal con los humanoides, sino más bien un conflicto con el género femenino. No hay relación que le dure.

II

Es improbable que fuera una robo-prostituta. Un androide de ese calibre cuesta millones de bitcoins, y en el radio de Congreso no hay proxeneta que tuviera semejante cantidad de recursos para invertir en tan fina herramienta de trabajo. Se puede encontrar cierta oferta medianamente sofisticada en el centro de Buenos Aires, pero nada como Ingrid. Ésta poseía un magnetismo mucho más evolucionado del que suele hallarse en la calle. La seducción mediante el estímulo radial no es novedosa, si de hecho hace más de una década que ha reemplazado al sildenafilo en el tratamiento de la disfunción eréctil, para perjuicio de la industria farmacéutica, pero José jamás la había experimentado con tanta intensidad. Ingrid era una humanoide fuera de lo común, y todo lo que se mueve fuera de los márgenes de lo común a José lo incomoda. Un espía conspirador del poder de turno no puede dejar nada al azar, y menos cuando las circunstancias involucran a un rival muy superior, como es el caso de un humanoide. Si no le hubiera partido la cabeza de un rayo en el momento justo, quizás no habría tenido chances de sobrevivir. No se trata de una especulación, sino de apenas otra realidad en la historia autodestructiva del hombre y su creación: no existe sobre la faz de la tierra el ser humano que pueda enfrentar a un androide en igualdad de condiciones y salir airoso de la contienda.

Alguien lo busca. Ingrid era una escolta, una mandataria con cualidades de bruja. Los robots no tienen intereses, sino objetivos. Responden a algoritmos programados por personas, que son, en última instancia, los verdaderos interesados en la consecución de un logro. Las dos

grandes preguntas son quién y por qué, y el principio de la respuesta se halla cercada entre los circuitos y mini transistores del chip neurálgico, en forma de texto: MADE IN JAPAN. La procedencia de aquella delicada máquina es una pista de trazabilidad sagrada en un país como Argentina, en que el mercado está completamente cerrado a la importación de bienes y servicios. Alguien cualquiera, un ciudadano promedio, tal vez encontrara complicado rastrear la ruta de compra, pero un empleado del servicio de inteligencia con acceso al SUCI (servidor único y centralizado de información) la tiene bien fácil.

José evita dirigirse a su casa. No hace falta trabajar en el servicio secreto para darse cuenta de que si lo hallaron en un bar inhóspito del microcentro porteño, seguramente haya una guardia montada en la puerta de su hogar. También sabe que lo están observando y que lo siguen. No puede precisar quién ni cómo, pero lo presiente. Su estrategia es simple: moverse en una ruta monitoreada. No le garantiza nada, pero al menos mejora sus chances prevenir un ataque. Cualquiera sea su enemigo, tendría que ser muy poderoso para perseguirlo ante la exposición de múltiples cámaras; alguien con el mismo nivel de impunidad que él.

La red de subterráneos porteña es la vía de movimiento ideal. Funcional siete días de la semana, veinticuatro horas al día y vigilada de punta a punta, desde la primera hasta la última estación, vagón por vagón. No todos los robots gozan de derechos igualitarios, después de todo. Los *motorbots*, por ejemplo, que conducen los *metrocars*, no tienen feriados ni vacaciones, más allá de las pausas por mantenimiento.

Son 10 minutos del microcentro a Belgrano, donde José desciende sin advertir acecho. Su destino final es cuesta abajo, por calle Juramento, rumbo a Nuevas Barrancas. No necesita mucho tiempo, apenas unos minutos para consultar la base de datos y desenmascarar al prospecto. Conocer al enemigo es su máxima prioridad, una necesidad básica e imprescindible para equilibrar la disputa, sea cual fuere.

El barrio chino está atiborrado de gente, como bien había especulado. Es lo que precisa: mucho ruido, poco espacio. El caos es el mejor refugio de los fugitivos. Avanza por las calles entre la muchedumbre, trazando un vericueto innecesario para el pronto arribo, pero efectivo para el despiste. Pronto se difumina, desaparece en la multitud y se escabulle detrás de un cartel publicitario, por una grieta oscura, angosta e imperceptible, sin aparente salida. Se desliza con esfuerzo hacia el lado ciego y se detiene expectante.

—Nombre y número —se escucha entre los ladrillos.

—Santos Moreira, agente 7.179.

—Manténgase firmemente erguido, con los brazos pegados a ambos lados del cuerpo.

José adopta la posición exigida y enseguida siente la vibración en sus piernas. La plataforma desciende dos metros y medio, posicionándolo frente a un pasillo largo con una puerta blindada en el extremo opuesto. Ya conoce el procedimiento, no es la primera vez que visita un bunker de la agencia. Avanza y apoya los ojos en el visor junto a la puerta para que el láser lea sus retinas. La autorización de entrada es inmediata.

El SUCI es una base de datos hermética, desprovista de conexiones y actualizada diariamente en forma física, a la que sólo puede accederse mediante una TUA (terminal única de acceso). Cualquier consulta a la misma debe realizarse mediante el registro presencial de un agente de inteligencia, ya sea en el centro de cómputo de la casa matriz o en uno de los 187 bunkers dispuestos a lo largo y a lo ancho del territorio nacional. En la jerga de inteligencia lo denominan el sistema anti carpetazo, un mecanismo ideado por los neoperonistas para minimizar los riesgos de conspiración contra el poder del estado. Ninguna averiguación escapa al control del gobierno, a menos que se trate de información clase D, la cual es de rápida consulta y descargable vía servidores online, como ser los datos y antecedentes personales de los ciudadanos.

No es fácil conspirar en los tiempos que corren, pero tampoco imposible. La génesis de la información es incontrolable, a diferencia de su registro. Es verdad que el SUCI ha limitado el radio de acción, pero está lejos de evitar la sedición parcial de Santos, quien cuenta con una red de informantes en el origen. Posee ojos y oídos en todas partes, que ven y oyen datos en bruto, mucho antes de que éstos ingresen formalmente en el circuito de información.

Se sienta en una terminal y nuevamente se identifica mediante un escaneo de retina. El campo holográfico se proyecta ante sus ojos, comunicándole el número del acta de consulta. José toma el comando virtual y navega por la plataforma hasta ingresar en el registro de aduana. Filtra por producto, tipo y origen y genera una búsqueda de importaciones para los últimos cinco años. El resultado es obvio, sólo existe apenas una importación de androides desde Japón, por tres unidades, realizada en 2053. El importador tampoco sorprende: Enerpop, la empresa de energía atómica devenida en la máxima prestadora de servicios del gobierno nacional. La bestia de la energía, propiedad del magnate Mariano Mitos, concentra y monopoliza la producción, el transporte y la distribución de la electricidad

en todo el país, consagrándose como la máxima licenciataria del estado. Un amigo del poder, el señor Mitos, lo que le permite, entre muchas otras cosas, comprar en el extranjero robots humanoides prohibidos para la importación. Seguramente sea él, también, el dueño de varios de los pocos autos voladores que se ven en la ciudad.

El surgimiento de Enerpop es un escándalo excepcional en la historia de Argentina, no porque en el país falten escándalos, sino porque es el único caso en que la corrupción ha llegado a buen puerto. Mariano Mitos es un notable y multimillonario inmigrante, quien negoció con el estado la concesión absoluta de la electricidad, desde su producción y transformación hasta la prestación del servicio al usuario final, a cambio de una inversión que triplicó la capacidad de generación. También es uno de los máximos responsables de que el neoperonismo continúe en el poder, porque si no fuera por él, el déficit energético que acechaba al país dos décadas atrás ya habría destronado al eterno mandante. Nunca entendió, José, las motivaciones de Mitos para colaborar con el modelo. Tal vez, a falta de necesidades concretas, sus intenciones fueran meramente ideológicas. Es sabido que el dueño de la energía posee aspiraciones filantrópicas, pero es difícil imaginarlas sinceras. Su personalidad naufraga en una contradicción inaudita para la Argentina: una encrucijada de poder que combina la eficiencia y productividad con corrupción. Una alquimia nunca vista.

Mitos es un enigma difícil de resolver, y también lo son sus fines para con Santos Moreira. Nunca jamás han estado en contacto, ni directa ni indirectamente, y el agente no posee ninguna línea de investigación abierta que pudiera perjudicarlo. No hay razones aparentes para que el acaudalado titular de Enerpop intente acercarse a él. Pero entre tanta incertidumbre, hay una certeza: una persona tan vinculada al poder ejecutivo seguramente goce de vigilancia permanente en el SUCI, por lo que es muy probable que el acta de consulta generada haya disparado una alarma. Si Mariano Mitos no lo sabe ya, es sólo cuestión de tiempo hasta que sea advertido, y eso le da a José una ventana no muy holgada de tiempo para desaparecer y hacer los sondeos pertinentes desde la clandestinidad. En el espionaje se planifica a la distancia, nunca expuesto.

Desanda el camino hasta la plataforma. En el trayecto piensa rápido: tiene muchos bitcoins en una cuenta paralela y alguna que otra lente de identidad alternativa en un aguantadero a las afueras de la ciudad. Necesita, sin embargo, encontrar en la madrugada de año nuevo un maquillador que le ajuste el aspecto del rostro para sortear los filtros biométricos. Ya no está del todo seguro de que su identidad no figure en los registros, como la de cualquier otro ciudadano de a pie. Hay que minimizar los riesgos. El

objetivo es marcharse en las próximas horas, huir de inmediato al exterior, y desde afuera triangular averiguaciones acerca de los motivos por los cuales lo busca Mitos. Lo primordial es estar a salvo.

Se desliza por el estrecho pasadizo hasta la calle. La multitud festeja, baila y por supuesto suda a chorros. Imposible conservar la presencia con 40 grados de calor y 90% de humedad. José se abre paso entre los malolientes. Para contribuir a su incomodidad y fastidio aparecen los mosquitos. Lo pican. Una, dos, tres veces. Avanza con ademanes y huye de los insectos, pero la embestida es personal. Lo persiguen, lo acosan y vuelven a picarlo. Se marea, trastabilla y se detiene. Algo no está bien. Son considerablemente más ágiles que el común de los mosquitos, pero incluso así logra capturar a uno en su cuello. Lo sujeta entre el índice y el pulgar e intenta observarlo, pero la visión se le nubla. Siente que va a desvanecerse en cualquier momento. Se tambalea, como tantos otros a su alrededor. Antes de caer, dos extraños lo auxilian desde atrás, sosteniéndolo y abrazándolo como si se tratara de un amigo. *No son amigos,* piensa en su último instante de lucidez, en la génesis de la inconsciencia, pero nadie alrededor lo sabe. La verdad es que lo parecen: compañeros de juerga alcoholizados atravesando las masas sudorosas. Se alejan y se pierden, inadvertidamente.

III

Sueña que flota. Su cuerpo a la deriva, girando en el espacio, dando vueltas como un objeto inanimado y errante, de trayectoria azarosa. Rebota entre ondas, envuelto entre la penumbra y el silencio.

Abre los ojos. La luz se le cuela entre las pestañas, descascarando la oscuridad inconsciente.

No sueña, flota.

Se halla dentro de una cápsula microgravitatoria. Sabe que existen, pero jamás había estado en una. Hay que prestar especial atención para saberse encerrado, porque las paredes y el techo son transparentes e imposibles de advertir con la sola mirada. La apariencia de libertad es absoluta, pero al avanzar, las flexibles y diáfanas barreras lo impiden.

Afuera, dos caballeros de traje oscuro dialogan entre sí sin quitarle la vista de encima. Asienten y gesticulan. Uno de ellos voltea y se marcha; el otro permanece estático, con los ojos clavados en su figura. José hace una pirueta en el aire para alcanzar su tobillo; ya no lleva el arma consigo. Tampoco tiene su pulsera comando.

—José Daniel Santos Moreira —una voz en off rodea el ambiente—, a partir de este momento la gravedad recuperará su normalidad en forma gradual. Posteriormente, una de las paredes descenderá bajo el nivel del suelo y usted será escoltado al encuentro del señor Mitos. Cualquier intento de sublevación será reprimido de manera inmediata. Si está de acuerdo con las condiciones de su liberación, por favor asienta con la cabeza ante su escolta.

Santos se irgue en el aire y asiente. Su cuerpo, lentamente, recobra la sensación de peso habitual, al tiempo que aterriza sobre la base del habitáculo. Le lleva aproximadamente un minuto volver a poner los pies sobre la tierra y hallarse en completo dominio de su equilibrio. Luego, como fuera previamente advertido, la pared frente él desciende, liberándolo de su cautiverio.

—Sígame —ordena el guardia, quien a simple vista no pareciera estar armado.

Atraviesan un corredor largo. José cuenta los pasos por costumbre y por precaución. Siempre es bueno tener una idea métrica de la distancia recorrida en un sitio desconocido, y más aún si éste hace las veces de prisión. Dibuja en su cabeza un mapa por partes, que en el mejor de los casos no tendrá que utilizar, pero de necesitarlo, será de ayuda. En circunstancias de escape, la improvisación suele ser un factor de fracaso, y a veces de muerte. Al arribar a una bifurcación, toman el sentido derecho. El pasillo da una vuelta extensa, rodeando una estructura semicircular. El espía toma nota mental y sospecha de que seguramente se trate de un espacio cilíndrico en medio del edificio. Continúan por el sendero un tiempo más, el guía por delante y él por detrás, copiándole el ritmo. *Tiene que ser un humanoide*, piensa, ante el hecho de que le da la espalda con total tranquilidad. Ofrecer la retaguardia a un humano desarmado no presenta demasiados riesgos para un androide. Ingrid, por supuesto, no tuvo esa suerte. La sensual androide se confió demasiado de sus virtudes esotéricas y su algoritmo de cálculo de riesgo falló en el diagnóstico. La inteligencia artificial ha evolucionado hacia estándares escalofriantes, pero todavía no puede digerir la aleatoriedad en el accionar del hombre. La impredecibilidad humana es imposible de modelar, pero un simple mortal con las manos desnudas suele ser predecible. Santos no tiene chances y está advertido: si se subleva, lo reprimen. El alcance del último concepto queda a su criterio.

Arriban a una plataforma de ascenso. El escolta se detiene delante de él, voltea y le señala el rumbo. José sube a la plataforma, pero el supuesto humanoide aguarda en su posición. El viaje hacia arriba es en soledad, pero

efímero. El inmenso despacho de Mitos se abre ante sus ojos de inmediato y la plataforma se detiene. Duda en avanzar, pero el anfitrión lo anima.

—Adelante, Santos. Pase, por favor —invita el magnate al otro lado de la sala.

José se toma su tiempo, realiza un barrido visual de la habitación y emprende camino. A ambos lados, figuras robóticas decoran el trayecto; una vasta colección de prototipos humanoides que abarca distintas épocas y recuerda, a quien sea que comparezca, que el señor Mitos es intocable. Ya no genera interrogantes el hecho de que el custodio no haya subido a la plataforma.

—Siéntese, por favor —sugiere el empresario, cuando el espía alcanza el escritorio.

—El secuestro de un agente de inteligencia es un serio delito federal, señor Mitos —dice José, haciendo caso omiso a la indicación.

—Sí, por supuesto, también lo es asesinar a un humanoide.

Mariano Mitos se conserva en forma espléndida, aparentando un par de décadas menos de la edad bajo la cual figura en la base de datos de inteligencia.

—¿Se refiere a su humanoide no identificada? Reemplazar retinas biónicas también es un delito.

Mitos sonríe, cierra los ojos y suspira. Se toma su tiempo para reanudar.

—Será difícil convencerlo de todo lo que le diré hoy, empezando por esto —sus ojos se fijan en el objetivo—: yo también soy un conspirador.

El mensaje es de impacto instantáneo. A Santos se le detiene el corazón una fracción de segundo, acumula adrenalina y embiste las arterias con fuerza. La sangre fluye raudamente fosforesciéndole la piel.

—Tan sólo le pido que me escuche —continúa Mitos—, tengo pruebas de todo lo que voy a contarle. Las circunstancias por las que arribó aquí dan a desconfiar, y lo entiendo, pero usted también comprenda que mi intento de contactarlo por vías pacíficas fracasó inesperadamente y no me quedó más alternativa que improvisar.

—Una humanoide de ese calibre intentando seducirme en un bar de Congreso es un evento digno de sospecha, señor Mitos.

—Sobre todo siendo un espía conspirador —el interlocutor asiente—. Tiene usted toda la razón. Envié a mi mejor humanoide con la idea de atraerlo, sin necesidad de violencia. Creí, sinceramente, que usted cedería a

los estímulos hipnóticos sin oponer resistencia, pero evidentemente lo subestimé.

—Evidentemente —afirma José.

—Siéntese, Santos. Conspirar es demasiado agotador como para hacerlo de pie.

—No sé de qué habla.

—Le hablo de una posible confabulación. Una unión de esfuerzos que altere de una vez y para siempre el futuro de esta nación maldita.

La incredulidad en el rostro del espía es elocuente. Mariano Mitos asume que será difícil incentivar su sinceridad a base de diálogo, cuando el interlocutor ni siquiera se predispone a tomar asiento. Se levanta, dejando en manifiesto su altura. El millonario conserva una figura atlética envidiable, lo que magnifica aún más aquella percepción de juventud previamente observada por Santos.

—Sé que es difícil de creer lo que le digo —voltea hacia la pared y pierde su mirada en un gigantesco mapa nacional surcado por redes y nodos de energía—. A mí mismo me cuesta creer que ya llevo treinta años forjando una relación de poder falsa, meramente estratégica. Pero de eso se trata conspirar, ¿no? Hay que tener paciencia y construir confianza para vulnerar al enemigo. El tiempo ayuda a tolerar, generando defensas inconscientes, pero al principio, cada noche, antes de acostarme vomitaba. Y es que el solo hecho de saber que colaboraba con el enemigo me revolvía las tripas, pero no tenía más opción que hacerlo, hasta ahora —lo mira—. Ahora hay remedio, Santos. Existe una alternativa excepcional a este fenómeno enfermizo y eterno denominado neoperonismo y créame si le digo que no es tarde aún. Podría parecerlo, porque qué puede sonar peor que clonar a un prócer político y que éste gane las elecciones… Tendrá que confiar en mí cuando le digo que esto, que se siente como el final de un ciclo nefasto, es apenas el comienzo. Y la mía no es una especulación, sino una certeza. Aquí y ahora todavía no es tarde, pero en mi tiempo sí. Puede sonarle disparatado lo que voy a decirle, pero como le expliqué, tengo pruebas. A mí no me han contado nada, porque lo he visto todo. Yo, señor Santos, lo crea usted o no, vengo del futuro, más precisamente de 2092, y he visto el inicio del apocalipsis argentino.

José entorna los ojos. Duda, suda, calcula. Intenta arrancarle al magnate alguna evidencia gestual que lo delate. Él tiene experiencia en la lectura humana precisa e inmediata. Ha interrogado a cientos de personas y sabe desnudar personalidades en el acto, pero en el caso de Mitos, y muy a pesar de su apellido, su testimonio pareciera ser inexplicable y

absurdamente verosímil, al menos, a nivel perceptivo. Esa certeza lo abruma y lo fatiga mentalmente. Le vence las rodillas y le tuerce la espalda. Logra prevenir la caída sosteniéndose del respaldar de la silla. Cierra los ojos e inhala hondo, intentando recuperar la presión sanguínea. A veces la verdad es irremediablemente sofocante.

Los Santos conspiradores del tiempo: IV, V, VI, VII

Marcelo Artal

 **ARGENTINA**

IV

El mosquito aterriza sobre el escritorio.

—Hágame caso, tome asiento, por favor —insiste Mitos—. La noticia que le doy es fuerte, pero el mareo y la falta de aire se deben en realidad a que en su cuerpo aún circulan toxinas propias del somnífero —señala al insecto—. Si todavía no tuvo tiempo de preguntárselo, su desmayo anoche se debió a que fue atacado por éstos.

Santos se incorpora y recoge el minúsculo cadáver metálico.

—Robo-mosquitos —escucha, mientras lo analiza detenidamente—, desarrollados bajo los estándares más modernos de la nanotecnología. Por supuesto, los primeros prototipos no estarán disponibles hasta bien entrada la próxima década.

José levanta sus ojos para observar al empresario.

—¿Qué necesidad tiene alguien con acceso a tecnología del futuro de importar androides nipones? —pregunta, y arroja de vuelta el mosquito sobre el escritorio.

Mariano Mitos sonríe, aceptando el desafío que plantea el interrogante.

—Los materiales que preciso para diseñar robo-mosquitos puedo ingresarlos al país en un bolso de mano. En el caso de androides humanoides, sin embargo, es más complejo. No puedo importar los insumos necesarios para montar una línea de producción de humanoides sin despertar sospechas, por eso es mejor importarlos desde Japón y adaptarlos aquí. Seguramente habrá notado que Ingrid poseía cualidades excepcionales. Eso es porque su inteligencia artificial fue manipulada y reprogramada en mi laboratorio. Un envase del presente con talento del futuro.

José escruta. Revuelve su intelecto en busca de preguntas incisivas.

—Imagino que ya no tiene caso pedirle que se siente —menciona Mitos mientras se acomoda en su silla—. Haga lo que quiera. Sé que lo que le cuento requiere un tiempo de maduración. Yo, si usted me lo permite, seguiré hablando, de manera de facilitarle el proceso.

>>Usted es una persona informada y conoce mi enigmático comienzo en este negocio. Un extranjero surgido de la misma nada que de repente invierte cifras siderales para la revolución de la energía en el país. Ha sido parte del trato con el poder no indagar acerca de mis antecedentes. A mí no me conviene explicar la génesis de mi patrimonio y a ellos, siempre y cuando cumpla con mi compromiso, no les importa. La cultura neoperonista está desprovista de escrúpulos, como bien sabe. Sinceramente no se me ocurre qué piensan ellos de mi pasado. La base de mi riqueza proviene de inversiones extraordinariamente rentables, y si bien son lícitas, no hace falta ser actuario para saber que es imposible haber gozado de semejante suerte. Pero como dije, a la política no le interesa inmiscuirse. Podrá inferir a esta altura que el secreto de mi éxito no es una casualidad del destino, sino más bien una causalidad por el conocimiento del mismo. Venir del futuro tiene múltiples ventajas, y entre ellas, la fortuna. Saber a qué número apostar en la lotería y posteriormente en qué acciones invertir la ganancia es una virtud próspera, que genera rendimientos vertiginosamente exponenciales. No soy un empresario de instintos infalibles, soy un prodigio. En su tiempo —lo señala—, en este preciso instante, tengo 11 años y en algún lugar de Argentina estoy comenzando a descifrar el misterio de la multidimensionalidad. Me llevará otros 12 redondear mi tesis y 25 más llevarla a la práctica. No ahondaré en detalles de mi identidad de infante por precaución, pero ya debe usted sospechar que Mariano Mitos es apenas un nombre artístico.

—¿Y su retina?

—Borrada en el futuro vía métodos aún inexistentes y recodificada hace más de veinte años, como fue el caso de cualquier ciudadano. Arribé al pasado en 2024. Los registros retinales recién comenzaron en 2031, por lo que en aquel entonces sólo hizo falta declararme extranjero y tramitar un DNI de residente vía presentación de documentos falsificados que acreditaran mi identidad.

—Declaró entonces mayor edad de la que tenía —interrumpe Santos.

—No —Mitos vuelve a sonreír—, mi edad es certera. Tengo 79 años, pero en su tiempo aparento menos. La esperanza de vida en 2092 es de 104 años. En 2073 se descubrirá una proteína revolucionaria que, entre otras cosas, estimula la regeneración celular y previene el cáncer.

José arquea sus cejas.

—Sí, efectivamente. No todas son malas noticias de aquí en adelante, salvo que esté usted pensando en cambiar de profesión y dedicarse a la medicina. Los médicos no cobran bien en el futuro. A los futbolistas, en cambio, les va mejor. Juegan hasta los 45.

—Y asumo que usted sabe la forma de sintetizar esa proteína —dice el espía.

El magnate asiente con orgullo.

—Pero no tiene intenciones de compartirlo.

Mitos transmite dudas a través de una mueca.

—Soy partidario de pensar que no debe intervenirse en aquellas cosas que siguen su curso natural. Mínimas modificaciones producen alteraciones abismales en la realidad futura. El destino no necesita ser adelantado…

—Pero sí evitado —completa Santos.

El millonario se echa hacia atrás y afirma: —Sí, evitado sí, en ciertas circunstancias.

—¿Y cuáles son esas circunstancias?

La cara de Mitos se inmoviliza por completo. Su expresión se endurece; las pupilas se ensanchan e invaden el terreno ocular, ensombreciéndole la mirada.

—Imagine una eternidad neoperonista, en que la conducción política ya no está a cargo de seres humanos, sino de máquinas; inteligencia artificial diseñada para gobernar con despotismo y conservar el poder a toda costa y sin contemplaciones. Intente proyectar la peor de las culturas políticas en un chip, que desprovisto de todo rasgo de humanidad impone las reglas, una y otra vez, para siempre. ¿Cómo definiría usted esas circunstancias?

José se mantiene en silencio.

—El futuro es inhabitable en Argentina, Santos. Los mismos militantes que contribuyeron a la creación del aparato de inteligencia artificial estatal hoy son presos políticos o están muertos. La OTAN comienza a desplegar sus fuerzas en el territorio. La guerra, a instancias de mi huída, era inminente. Ésas son, para mí, circunstancias a evitar.

Santos Moreira se toma unos segundos para digerir las palabras del magnate. Luego se sienta y lo enfrenta: —Supongamos que estoy dispuesto a creerle, a pesar de que su historia suene a disparate; primero me gustaría saber cómo viaja en el tiempo.

—En ese caso, es tarde para sentarse —Mariano Mitos se levanta—. Sígame.

Atraviesan el despacho hacia la plataforma. Mitos, en movimiento, parece de 50. El agente secreto no descuida sus mañas y lo radiografía cuadro por cuadro. No lo pierde de vista. El multimillonario saca de su bolsillo un pequeño objeto que coloca en la yema de su dedo índice. Al montarse en la plataforma, lleva la mano a la sien y ésta despega en ascenso. José primero mira hacia abajo, por reflejo, y luego hacia arriba.

—¿Esta plataforma tiene acceso a más de dos niveles? —consulta.

—Sí.

—¿Y dónde está el tablero de control?

—Acá —muestra Mitos, exhibiendo su dedal—. Comando telekinético.

José observa el dispositivo con extrañeza.

—Sí, ya sé, no me diga nada. No estará disponible hasta dentro de tantos años…

—Precisamente.

La distancia vertical es amplia. Santos es bueno para los cálculos métricos mentales, siempre y cuando la velocidad no complique la ecuación. Le es difícil definir cuán rápido se mueven, y como no ha visto el edificio desde afuera, no puede ni siquiera estimar a qué altura se encuentran cuando la plataforma se detiene.

—Por acá —Mitos desciende en un hall inmenso y vacío, en cuyo extremo puede verse una doble puerta que a la distancia, y en perspectiva, pareciera ser pequeña—. Voy a serle sincero, no tengo el más mínimo interés en que comprenda lo que voy a explicarle. No porque no quiera compartir mi descubrimiento, sino porque sé que es imposible que lo entienda. —Se detiene a mirarlo—. No es una subestimación personal, es apenas una realidad. Mi secreto está resguardado por un escudo prácticamente impenetrable de complejidad, lo que garantiza que casi ningún ser humano pueda descifrarlo.

—Sea básico, Mitos. No me interesa convertirme en científico a esta altura de mi vida.

—Muy bien —el empresario asiente y reanuda su curso—. Lo fundamental es olvidarse del tiempo. Rompa el paradigma del reloj y piense, en cambio, en dimensiones en movimiento. Todo, en el universo, está en movimiento; espacios gravitacionales separados por distancias fijas

y variables, desplazándose a distintas velocidades. Eso es el universo: un espacio multidimensional infinito; y esto —señala la puerta a la que se aproximan—, un vehículo que atraviesa la insignificante distancia existente entre apenas dos dimensiones.

—Un portal —dice, Santos.

—Llámele como quiera. Técnicamente, lo que he descubierto es un agujero gravitacional de distancia invariable que une dos dimensiones, ambas moviéndose a exactamente la misma velocidad relativa.

José evita denotar sorpresa. Un espía posee mecanismos inconscientes de defensa que repelen la realidad observable y audible, por más reveladora que sea. Mariano Mitos se lleva la mano a la sien nuevamente y abre las puertas. Acortada la distancia y superada la perspectiva, las dos hojas metálicas macizas son inmensas. Atraviesan el umbral y penetran la penumbra. Las puertas vuelven a cerrarse. La completa oscuridad dura apenas segundos y luego es contrastada por un show de luces rítmico que ilumina gradualmente el perímetro circular que los envuelve. Santos reconoce el formato de la estructura: un inmenso cilindro vacío con medio puente cruzándolo, y en el centro, una isla sobre la cual descansa una bóveda esférica plateada.

—Le presento a Newton 2.0 —el magnate señala la isla.

—¿Dos punto cero?

—Sí, la segunda versión —Mitos avanza sobre el puente iluminado. José especula con que sería sencillo empujarlo al abismo debajo de ellos, pero también contraproducente—. Tanto el vehículo como la vía son completamente nuevos. La vía, por razones obvias: la primera quedó en el futuro.

Santos se asoma al precipicio.

—Ésta sería la vía… —comenta, calculando la infinidad del vacío.

—Sí, un cilindro nuclear que genera un campo electromagnético… —voltea para mirarlo—. Lo que usted llama portal.

—¿Y la pelota? —José cabecea hacia la esfera plateada.

—El vehículo que preserva las condiciones relativas de supervivencia del tripulante. El tejido humano no resiste la velocidad de traspaso de una dimensión a la otra —asegura el magnate, que al arribar a la nave la palpa con una clara expresión de nostalgia—. Ni siquiera la vía la tolera. La fuerza gravitacional es tanta, que inmediatamente absorbe toda partícula de energía y destruye el agujero.

—Eso, sospecho, quiere decir que no se puede regresar.

—Hm, no. En realidad, eso sugiere que el campo electromagnético no se puede volver a utilizar, al menos hasta refaccionar el cilindro nuclear. Lo que garantiza, sin embargo, que no se pueda regresar…

—Es la inexistencia de una vía en el pasado —interrumpe, el espía, acercándose. Mitos cierra los ojos y hace una pausa. Espera a que José descargue su verborragia. Cuando advierte que éste ya no tiene nada que decir, continúa.

—Incluso si existiera una vía en el pasado, no se podría regresar, porque la gravedad es unidireccional. Este agujero en particular comunica dos dimensiones en un solo sentido, que difieren en distancia y velocidad unos veinticuatro mil setecientos cuarenta y nueve días invariables. Casi sesenta y ocho años. Cuando viajé en 2092, arribé al 2024. Si viajara hoy, arribaría en 1987.

—Y esto —Santos vuelve a dirigir su mirada a la bóveda—… ¿aterriza?

—En coordenadas precisas.

—Pero, ¿aterriza o colisiona?

—Colisiona es una definición más atinada… Pero sin consecuencias drásticas. Las coordenadas están direccionadas al océano y el impacto no es percibido por el tripulante. Como le expliqué, la condiciones relativas de supervivencia están garantizadas dentro de la bóveda.

—¿En el mar?

—Sí, en el mar. A kilómetros y kilómetros de distancia de la costa argentina, por seguridad y también por precaución. Éste es un secreto que vale la pena resguardar.

—¿Y qué me va a decir, que nadó hasta la costa?

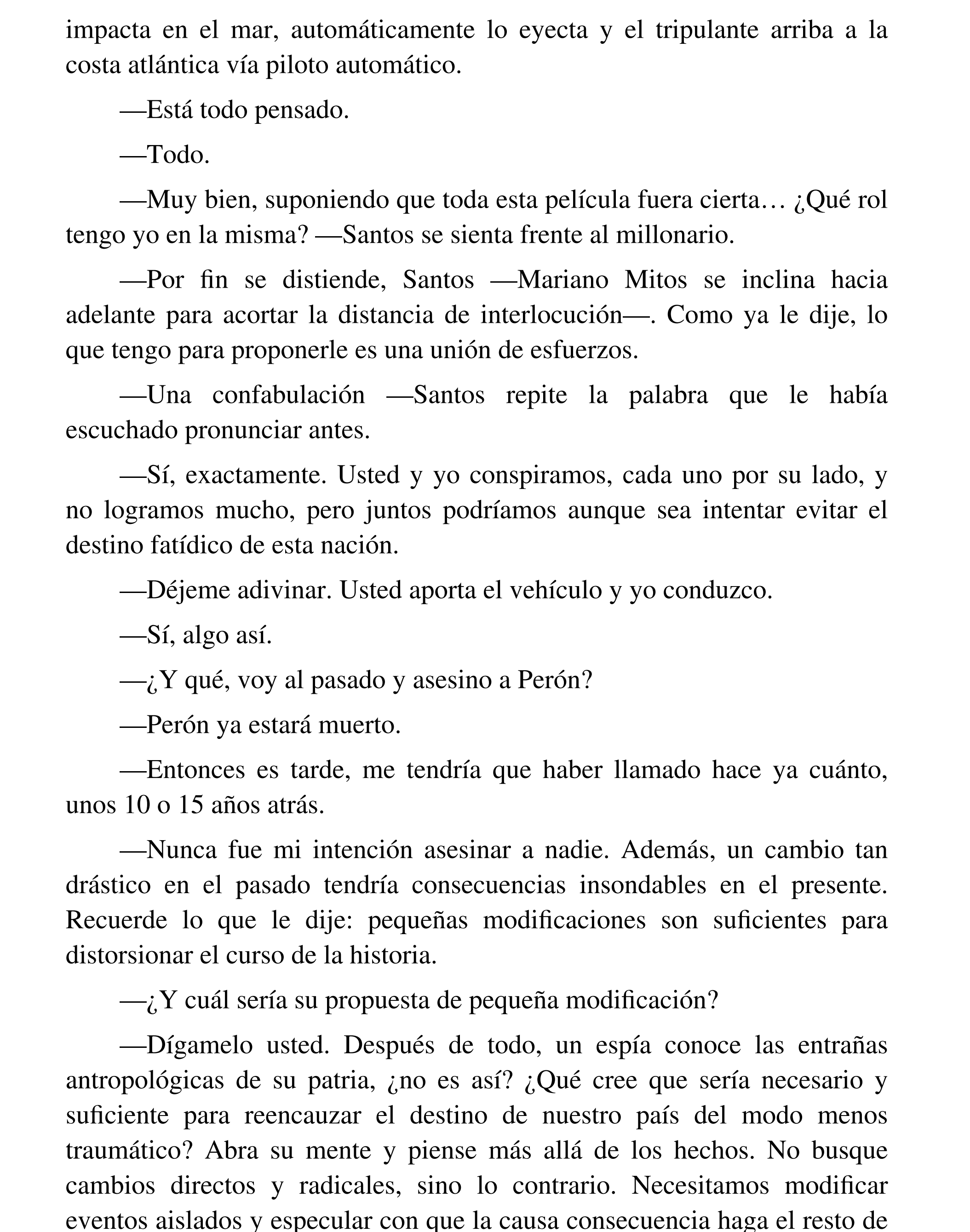
Mitos se toca la sien y destraba la escotilla de la bóveda.

—No creo haber podido sobrevivir a tal desafío. Venga, entre —propone, al tiempo que sube por la escalera. José lo sigue de cerca.

El interior de la bóveda se reduce a un habitáculo asfixiante en el que no cabe mucho más que la cápsula horizontal dispuesta en su centro. Su inventor desciende y se sienta junto a la misma.

—¿Una cápsula criogénica? —pregunta, Santos, al poner sus pies en el piso de la nave.

—No, el viaje es rápido. No es necesario congelar al tripulante. Es un submarino —aclara el magnate. El espía abre los ojos—. Cuando la bóveda



impacta en el mar, automáticamente lo eyecta y el tripulante arriba a la costa atlántica vía piloto automático.

—Está todo pensado.

—Todo.

—Muy bien, suponiendo que toda esta película fuera cierta… ¿Qué rol tengo yo en la misma? —Santos se sienta frente al millonario.

—Por fin se distiende, Santos —Mariano Mitos se inclina hacia adelante para acortar la distancia de interlocución—. Como ya le dije, lo que tengo para proponerle es una unión de esfuerzos.

—Una confabulación —Santos repite la palabra que le había escuchado pronunciar antes.

—Sí, exactamente. Usted y yo conspiramos, cada uno por su lado, y no logramos mucho, pero juntos podríamos aunque sea intentar evitar el destino fatídico de esta nación.

—Déjeme adivinar. Usted aporta el vehículo y yo conduzco.

—Sí, algo así.

—¿Y qué, voy al pasado y asesino a Perón?

—Perón ya estará muerto.

—Entonces es tarde, me tendría que haber llamado hace ya cuánto, unos 10 o 15 años atrás.

—Nunca fue mi intención asesinar a nadie. Además, un cambio tan drástico en el pasado tendría consecuencias insondables en el presente. Recuerde lo que le dije: pequeñas modificaciones son suficientes para distorsionar el curso de la historia.

—¿Y cuál sería su propuesta de pequeña modificación?

—Dígamelo usted. Después de todo, un espía conoce las entrañas antropológicas de su patria, ¿no es así? ¿Qué cree que sería necesario y suficiente para reencauzar el destino de nuestro país del modo menos traumático? Abra su mente y piense más allá de los hechos. No busque cambios directos y radicales, sino lo contrario. Necesitamos modificar eventos aislados y especular con que la causa consecuencia haga el resto de modo natural e imperceptible en el tiempo.

El agente se toma su tiempo, pero conoce la respuesta. La sabía mucho antes de enterarse de que se podía viajar en el tiempo.

—Hay que evitar la clonación de Perón —dice. Mitos sonríe. Comienza a percibir que se están entendiendo.

V

¿Dónde estás, papá?, se pregunta José, mientras intenta rescatar algún rasgo de identidad en los ojos de su padre. La mirada extraviada del viejo no ofrece la más mínima esperanza de respuesta. Permanece inmóvil, postrado en su silla anti-gravedad y mentalmente perdido en dios sabe qué limbo subconsciente. Donde sea que esté, hace mucho tiempo que no puede hallarlo.

—Estuvo así todo el día —comenta el enfermero—. Es normal.

José hace caso omiso. No le interesa en lo más mínimo su opinión.

—Mirale el lado positivo, José. Te imaginás si tu viejo supiera que lo clonaron a Perón y que va a ganar las elecciones. Se moriría de un infarto.

Santos prolonga el silencio, señal suficiente para que el enfermero soslaye la mirada y los deje solos.

—¿Qué hago, papá? —pregunta, sabiendo que no habrá respuesta.

¿Qué hace? Mitos redujo su espectro de alternativas a básicamente dos: intervenir o no. No hay mucho más que pensar. Tiene menos de tres meses para decidirse. Su fecha límite no es futura, sino pasada: junio de 1987; alguna noche de ese mes la tumba de Perón será profanada. *Una ventana de oportunidad única,* aseguró el magnate, porque la logística está garantizada. El cementerio de la Chacarita, en una imprecisa velada en particular, será zona liberada. Difícil saber cuándo exactamente, porque la historia no ha podido dilucidarlo, pero es sólo cuestión de vigilia averiguarlo. Para alguien como él, un espía del futuro, no significará un problema mayor reducir a los profanadores y apenas alterar las circunstancias de los hechos. Hay que hacer desaparecer las manos y todo rastro de ADN. Al general poco va a importarle, como a cualquier otro muerto. *De hecho,* se permitió especular Mitos, *me inclinaría por pensar que el general apoyaría sacrificar su cadáver por el futuro de la Nación.* Incomprobable. Perón era impredecible.

El sacrificio es inmenso. Santos lo sabe y Mitos no lo desmiente. El pasaje es sólo de ida y la misión, asumiendo que fuera exitosa, tendrá consecuencias que él desconocerá por completo. Viajar al pasado, incinerar a Perón y aspirar a que haya suerte. Se irá a la tumba sin saber si ha logrado salvar el futuro.

Las circunstancias, de cualquier manera, incluso siendo inciertas son más alentadoras que en la actualidad. El empresario fue claro: se trata de un intento nada más, pero uno que vale la pena. Una potencial incertidumbre

de salvación es mejor que una certeza apocalíptica, después de todo.

Tres meses pasan volando, pero ni siquiera eso tiene. Mariano Mitos le recomendó, de decidir partir, hacerlo cuanto antes: *adaptarse al pasado lleva su tiempo*. Mínimamente, debería arribar dos semanas antes de la misión, pero el magnate no se lo recomienda. No hay garantías en la manipulación inter temporal, pero la mejor manera de aproximar el éxito es siendo prudente. Los plazos urgen. Una decisión responsable debería ser de carácter inminente, por sí o por no. Si fuera lo segundo, al menos le daría tiempo a Mitos de buscar una alternativa. ¿Pecaría de cobarde si se negara a resignarlo todo sin siquiera pensarlo? Su vida, su presente, su futuro. Mira alrededor. *¿Qué es todo?,* se pregunta y por enésima vez rastrea la respuesta en las pupilas vacías de su padre. No puede contener las lágrimas. No es un llanto desconsolado, sino dos pequeños hilos húmedos colgando de sus párpados. Acaricia el rostro del viejo con ambas manos y se va, cabizbajo y taciturno. No le pesa tener que irse. Lo que duele es saber que a veces todo es nada.



Ilustración: Pedro Bel

Cuando entra en su casa, la decisión ya está tomada, pero de cualquier modo necesita hacerle la pregunta. Llama a Mitos a través del intercomunicador en su pulsera comando. Éste atiende de inmediato.

—Santos.

—¿Por qué yo? —pregunta—. Si me convence, mañana mismo parto.

—¿Quién más? —Para el millonario, la respuesta al interrogante es obvia—. Esta comunicación reúne a los únicos dos conspiradores subsistentes en el país, y yo no soy un hombre de acción. Usted sí lo es. No es que sea un cobarde, es que simplemente soy realista: la misión tiene muchas más chances de éxito con usted que conmigo.

—No somos las únicas dos alternativas. ¿Por qué no enviar a uno de sus poderosos androides?

—¿Acaso no es evidente? —Mitos ríe—. Envié a mi mejor androide a

por usted y duró menos de 5 minutos con la cabeza sobre los hombros…

Hay una pausa en el diálogo, un tiempo comunicacional muerto en que las partes especulan, cada uno desde su posición. Mitos se pregunta si ha sido lo suficientemente convincente con su escueto argumento y Santos procesa la información.

—¿De verdad viaja al pasado esa porquería? —el espía rompe el silencio.

—Sin temor a equivocarme, sí.

—Y no vuelve…

—No, no vuelve.

—¿Qué hay de verdad en eso que dicen que en el pasado las mujeres eran menos putas? Mi viejo siempre me contaba eso.

—No sabría decirle, Santos. Yo soy del futuro. Allí sólo se intercambian fluidos con androides, para prevenir enfermedades venéreas.

VI

—¿Tiene miedo?

—Todavía no.

Mitos voltea para mirarlo. La plataforma asciende a alta velocidad.

—¿Cómo sería eso? —indaga.

—En mi oficio, uno aprende a convivir con el miedo. Viene y va. Es un instinto, no una carga.

—El miedo es su amigo —bromea, el millonario.

—No tengo amigos. Si los tuviera, tarde o temprano tendría que matarlos.

—Difícilmente lograría matar al miedo —sentencia, el empresario. Luego vuelve a mirar hacia el frente—. Si yo fuera usted, en el pasado me empezaría a tomar las cosas con otra filosofía.

Arriban al hall. Allí los aguardan dos colaboradoras. Una de ellas sostiene una percha con indumentaria. Mitos la señala.

—Le hemos ajustado el vestuario a la época. La apariencia es fundamental.

El espía recoge la percha y la gira.

—Parecen harapos, pero están a la moda —asegura la colaboradora.

Santos no tiene amigos ni pudor. Deja el morral que lleva colgando en el piso, se despoja de su vestimenta y rápidamente se vuelve a vestir, según los estándares de 1987.

—¿Qué trae en el morral? —consulta, el empresario.

—El kit básico que todo espía lleva consigo de viaje…

Mitos mueve su cabeza en sentido al mismo y la colaboradora lo recoge. Luego pasa inventario: —Una pistola biométrica, dos explosivos plásticos no nucleares, un dispositivo hipnótico de ondas binaurales y un par de lentes.

—Muy bien —el magnate asiente y hace un gesto a su otra colaboradora—. Es una persona simple, Santos. Me gusta eso de usted.

—Por favor, autorice la conexión —solicita la dama.

José levanta el brazo y toca la pantalla de su pulsera comando. La transmisión es instantánea.

—Su base de datos ha sido actualizada.

Mitos apunta su dedo índice a la pulsera comando: —Series de precios de activos desde 1987 a la fecha. También incluimos todos los números ganadores de la lotería y otros cientos de miles de resultados de diversas actividades en las que se puede apostar. Mi recomendación es que sea moderado. Cuando uno tiene la certeza de hacerse millonario, la gradualidad es menos sospechosa.

—No es lo que hizo usted.

—Es cierto, pero yo tenía urgencias que usted no tendrá.

El empresario reanuda el trayecto hacia la puerta. Santos recupera el morral y le copia los pasos.

—Comience despacio y haga una progresión de recursos. Cambie de juegos de azar, varíe de estrategia. La verdad es que en 1987 la información es caos en estado puro y es imposible que lo descubran, pero siempre es mejor ser precavido. Cuando haya acumulado una masa crítica de dinero, conviértase en un inversor sofisticado y especule en la bolsa. No debería tener mayores inconvenientes.

La inmensa puerta obedece al estímulo telekinético, abriéndose de par en par. El cilindro, a diferencia de la vez anterior, ya se halla completamente iluminado.

—Acerca de esa proteína… —menciona, José.

—No —Mitos es cortante.

—No es para mí —aclara el espía y el magnate se detiene.

—Ya lo sé. Es para su padre.

Santos advierte no ser el único que está completamente informado acerca del otro. No le sorprende. Seguramente no exista información a la que el rey de la energía no tenga acceso, clasificada o no.

—No es viable —continúa, Mitos—. No tenemos forma de suministrarle los aminoácidos a su padre sin despertar sospecha. Usted entiende los riesgos.

José no responde.

—Deje que la vida siga su curso natural, Santos. Hay un orden en el universo que no debería alterarse.

—¿Y ese orden lo define usted? —reacciona, el agente.

Mitos cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Sea justo conmigo. Yo sólo intento reparar lo que destruye el hombre. En lo demás no interfiero. ¿Qué cree que sucedería si su padre fuera curado milagrosamente? Y no me refiero a los riesgos de que la proteína fuera descubierta antes de tiempo, sino a las implicancias emocionales que tal evento pudiera tener sobre alguien que, luego de años de naufragar en un limbo, despierta y no tiene a nadie a quien querer. Usted se va para siempre. ¿Qué favor le hace a un octogenario al que cura y abandona al mismo tiempo?

Santos Moreira deja caer los párpados. No dice nada. Sólo gira y vuelve a caminar en dirección a la nave.

—Confío en usted, Santos —afirma, Mitos, desde atrás—. Allí, en el pasado, hará lo que quiera, y no tengo forma de saber si eso es lo planeado, pero yo confío en que sí. —José detiene el paso—. Ayer me preguntó por qué lo elegía, y gran parte de esa respuesta se basa en el hecho de que tengo fe en usted… Le pido a cambio que usted también tenga fe en mí. Interferir en el orden natural de las cosas nunca termina bien.

El espía asiente sin voltear.

—Usted encienda esta lata —mira la esfera—, que yo me encargo del resto.

El resto será historia, literalmente.

Abordan el vehículo desde la escotilla. La cápsula se encuentra descubierta y lista para ser ocupada. Mitos mira hacia los cuatro costados, cerciorándose de que no haya ningún detalle librado al azar. Luego se dirige al pie del receptáculo.

—Oprima el botón verde del tablero —le pide a Santos. Éste se agacha, localiza el botón y lo presiona. Una tapa se abre en el extremo de la cápsula, revelando un compartimiento secreto.

—Me he tomado el atrevimiento de dejarle un par de cosas aquí. —Comienza por sacar un monedero—. Estas son las semillas de su fortuna: varias joyas, para que pueda hacerse rápidamente de efectivo. También hay una ruta segura para arribar a la civilización —despliega un pequeño mapa, se lo muestra y vuelve a plegarlo—, y finalmente, el vademécum del progreso —le enseña un libro ligero—. Todos los datos que necesita para sobrevivir económicamente también están acá.

—¿Los mismos que poseo en la base de datos? —José levanta el brazo y muestra su pulsera comando.

—Sí. La tecnología falla, el papel no. Hay que minimizar el margen de error. Deme el morral.

El agente hace entrega de sus pertenencias y el empresario las coloca en el compartimiento.

—Es muy importante que destruya la cápsula apenas arribe a la costa. Haga caso omiso a cualquier testigo, si es que lo hubiera. Simplemente active la función de autodestrucción y márchese de ahí cuanto antes —le enseña en el tablero un botón recubierto por una tapa plástica transparente.

—No se preocupe.

—No lo hago. Como le dije, todas mis esperanzas están puestas en usted —Mitos extiende su mano—. Esto es todo, Santos.

—Esto es todo, a menos que se le ocurra construir la tercera versión de Newton y aparecerse por el pasado…

—Improbable —cierra los ojos, como si hubiese estado a punto de olvidar algo—. Por favor, no intente contactarme en el pasado. Los seres humanos respondemos errática e impredeciblemente a las emociones fuertes, y siendo ambos dos protagonistas cruciales de un futuro paralelo, podría ser fatídico para la trayectoria normal de los hechos.

—No lo haré. Quédese tranquilo.

—Muy bien —el magnate asiente repetidamente con pequeños movimientos de cabeza—. Sólo tiene que recostarse en la cápsula y esperar. Se cerrará automáticamente minutos antes de la trasposición interdimensional.

Santos se introduce en el receptáculo y se recuesta. Es un espacio acotado, pero más cómodo de lo augurado. Mariano Mitos se asoma desde

arriba y le sonríe.

—Váyase de una buena vez, Mitos —dice el espía—. Antes de que me arrepienta…

Los últimos instantes del presente son silenciosos, hasta que el cilindro comienza a girar. El vidrio cubre la cápsula. Santos sabe que es cuestión de minutos, según las propias palabras del inventor de la máquina. No alcanzan un par de minutos para despedirse de una era, del tiempo que lo ha visto crecer, pero al espía no le importa. Su personalidad es impermeable, no por elección, sino por necesidad. La vida lo ha vuelto pragmático e insensible; dos cualidades antipáticas, pero que le facilitan la supervivencia.

La estructura tubular acelera exponencialmente las revoluciones. Rayos y centellas cruzan la convexidad de las paredes, iluminando el vacío amenazante. Las partículas energéticas se concatenan y dibujan un círculo concéntrico que incrementa su diámetro hacia los extremos del cilindro. Luego, un destello vence las barreras dimensionales que organizan el tiempo y da paso a un potente haz de luz. El agujero se ensancha simétricamente desde el centro del campo gravitacional. La plataforma de la isla cede en dos mitades, como si se tratara de la base de una horca. El vehículo cae a velocidades imposibles y atraviesa el umbral del tiempo de una vez y para siempre. Se lo devora el pasado, con una voracidad inaudita.

VII

9 de junio de 1987. Hipódromo de Palermo. Capital Federal.

Manuel Burgos sujeta los binoculares con entusiasmo. Su caballo aventaja por un cuerpo al segundo y se dirige a la meta con claras intenciones de ganar la carrera. Sonríe; la fortuna sigue de su lado. Hace ya un año que la suerte y él son inseparables, pero es ahora cuando más la necesita. Su momento decisivo está al llegar, el resultado final de muchos meses de trabajo. Las expectativas están puestas en que saldrá bien. No debería ser de otra manera, luego de tanta dedicación, esmero y recursos invertidos. Desea que la suerte siga acompañándolo sólo por superstición, pero lo cierto es que no ha dejado nada al azar. El plan está en su lugar y los contratados para ejecutarlo son, supuestamente, los mejores.

La pista ahora aguarda desolada el comienzo de la próxima carrera. Burgos toma asiento y aprovecha para pensar. Su nuevo trabajo requiere mucho de eso: pensar. Antes, en su no tan lejana época de guerrillero, tenía menos tiempo para elucubrar, planear y definir estrategias; todo era más improvisado e impulsivo, y también más adrenalínico. No lo extraña en

absoluto. Su compromiso para con la resistencia anti dictadura no devenía de una vocación revolucionaria, sino de la falta de alternativas: no le quedaba otra que luchar por la república. Ahora, en cambio, conspira desde las mismas entrañas de la democracia; manipula voluntades, especula y propone escenarios político-sociales que generen un alto impacto en la opinión pública. Ya no pierde tiempo en el trabajo sucio, otros lo hacen por él.

El destino es curioso. Manuel siempre creyó que sería un mártir, alguien predestinado a morir para convertirse en una inspiración trascendental para las generaciones futuras, y sin embargo, ahora hace y deshace desde un palco preferencial en el Hipódromo de Palermo. Más banal, pero también más saludable. Ya no tiene la necesidad ni de morir ni de matar por su causa, y eso es, para él, un cambio radical al que aún debe adaptarse. Nunca siquiera imaginó que podría vivir tranquilo y en libertad, sin imposiciones. Todavía hoy, cuando camina por la calle, debe esforzarse para no voltear a cada instante a sondear la retaguardia. No se ha acostumbrado a que no lo persigan, y menos aún, cuando sabe que existen motivos para ser perseguido.

El invitado llega a la reunión a la hora señalada. Puntualidad militar. Burgos lo escucha ingresar al palco, pero no voltea. Espera, en cambio, a que éste se le acerque.

—¿Tiene una alguna fija para mí, Burgos? —pregunta el sujeto.

Manuel lo mira. El siniestro rostro del invitado se oculta detrás de un bigote frondoso y un par de lentes espejados.

—Tengo —dice Burgos y señala el maletín en sus pies—. Una suma fija.

El bigotudo observa el maletín y asiente.

—¿Y usted qué tiene para mí?

—Se hace mañana. Ya tenemos todo armado.

—¿Consiguieron las llaves?

—No —mueve la cabeza hacia los lados—, eso no.

—¿Y cómo van a abrirlo?

—Tenemos un plan, no se preocupe. Conseguir las llaves implica comprar otra voluntad, y muchas voluntades juntas son difíciles de controlar, ¿entiende?

—Tiene miedo de que se le vaya de las manos.

—No es moco de pavo lo que vamos a hacer, y la presión va a ser

mucha una vez que esté hecho. Yo respondo por mi gente, pero los terceros… Más vale prevenir que matar.

—Entiendo…

—Va a salir bien, no se preocupe.

—No me preocupo. Mientras me traiga lo que le pido, la forma en que lo haga me es indiferente.

—Pasado mañana tendrá lo que pide.

—Recuerde bien: las dos manos.

—Sí. Lo tengo presente.

—Con lo demás haga lo que quiera. No sé, calculo que el general descansa rodeado de múltiples objetos de valor…

—Sí. Vamos a tener que llevarnos algo para el despiste posterior. Esto no es soplar y hacer botellas. Hay que armar todo un circo alrededor de la profanación; pedir una recompensa, hacerlo ver como una operación con fines onerosos. ¿Eso es lo que quiere, no?

—Sí. Quiero que parezca un robo.

—Bueno, lo vamos a laburar. Nos paga para eso.

—Sí. —Burgos se levanta y vuelve a observar la pista—. Les pago para eso y para que callen el resto de sus vidas.

—Eso está más que claro. Como le dije, yo respondo por mi gente.

Manuel asiente en silencio.

—¿Qué pudo averiguar de mí? —pregunta súbitamente.

—¿Perdón? —El invitado se endereza y sacude el cuerpo, tratando de superar la incomodidad que le genera el interrogante.

—No se haga el boludo, yo sé cómo trabajan ustedes. ¿Pudo averiguar algo o no?

—No —confiesa—. Usted es un misterio.

Burgos sonríe.

—¿Y usted qué especula?

—¿Qué especulo?

—Acerca de mí, ¿para qué piensa que quiero las manos?

—Usted no me paga por especular. No me importa para qué quiere las manos.

—Bueno, especule gratis, entonces. ¿Para qué piensa que quiero las


manos de Perón? No me diga que no se lo preguntó.

—No sé… Para venderlas a un tercero o para dar un mensaje.

—¿Dar un mensaje?

—Sí, a alguien. No sé a quién, pero quitarle las manos a Perón es un mensaje contundente.

—Eso es —confirma Manuel y gira para enfrentarlo—. Debo admitir que es muy bueno para especular. Efectivamente, soy un mensajero y para usted también tengo un mensaje contundente: no me falle. Yo cumplo con mi parte del trato y espero exactamente lo mismo de su lado, de principio a fin. Por eso le repito: le pago por su trabajo y también por su silencio. Si usted, que se dedica a esto, no puede averiguar quién soy, y siendo además tan buen especulador, se imaginará que provengo de círculos de poder que ni siquiera conoce. La ignorancia, en este caso en particular, es una virtud. Usted y los suyos, créame, no quieren saber de dónde vengo, porque eso sería, lisa y llanamente, una sentencia de muerte.

Los bigotes del escucha se mantienen estáticos. Continúa firme, con las manos enlazadas en la espalada y la expresión inmutable. No es, evidentemente, la primera amenaza que recibe en el ejercicio de su profesión. Quizás ya esté acostumbrado a las advertencias, sutiles o no, de quienes contratan sus servicios.

—¿Entiende lo que le digo?

—A la perfección.

—Bien. Por lo visto no es una persona sencilla de amedrentar. Eso puede sugerir dos cosas: seguridad o inconsciencia. Espero que sea lo primero.

—Cada uno sabe con qué bueyes ara, Burgos.

—¿Lo dice por mí o por sus colaboradores?

—Lo digo por todo. Sé lo que tengo que hacer, con quien y para quien. La situación está bajo control.

—Muy bien. —Manuel se acerca y recoge el maletín—. La mitad ahora, la otra mitad el jueves, según lo pactado. Usted conoce los bueyes, espero que aren bien.

—Confíe, Burgos. —El invitado toma el maletín.

—Cuéntelo.

—No hace falta.

—¿Confianza mutua?

—De eso se trata.

—Lo espero el jueves al mediodía en la suite diplomática del Alvear.

—De acuerdo. Ahí estaré con lo suyo.

—Espero que todo salga bien. —Burgos extiende su mano.

—Así será.

Estrechan manos y se despiden. El extraño del bigote desaparece y Burgos regresa su atención a la pista. La carrera está al comenzar y Manuel sabe bien dónde dirigir sus ojos. Algunos saben con qué bueyes arar; otros, a qué caballo apostar.

Los Santos conspiradores del tiempo: VIII, IX, X, XI

Marcelo Artal

 **ARGENTINA**

VIII

10 de junio de 1987. La Chacarita. Capital Federal.

Noche de bigotes y anteojos espejados en el cementerio de la Chacarita; de ruidos monstruosos inaudibles y ausencias alquiladas. Las rejas están abiertas; la zona, liberada. Los guardias descansan, los muertos no. La complicidad de los vivos deja a los difuntos a la suerte de quienes conspiran, perpetran y profanan. Entre tantos cadáveres subterráneos, sólo tres almas deambulan en la fría superficie, esquivando lápidas hacia su destino. La espesa oscuridad los encubre, aunque no sea necesario.

La bóveda está abierta, de acuerdo a lo negociado. No hacen falta expertos cerrajeros en esta misión, sino compradores de voluntades. Dos ingresan, uno permanece.

—Hacé campana —le ordenan, y éste obedece.

Las linternas contrastan la penumbra interior. Dos halos de luz recorren la cúpula, las paredes y el piso de la cripta. Los intrusos examinan el habitáculo que ya conocen milimétricamente gracias a los planos, por lo que saben, en última instancia, hacia dónde apuntar las linternas. El objetivo descansa en el subsuelo.

—Dejá la escalera y bajemos —susurra el que lleva el bolso—. Después rompemos todo acá.

El compañero acomoda la escalera portátil junto al altar. Luego dirige la linterna hacia la cúpula. —Vamos a tener que hacer cagar la reja y la claraboya, así se piensan que entramos por arriba.

El otro levanta los ojos y asiente: —Sí, no hay problema. Antes de rajar lo hacemos.

Abajo, el olor a encierro se acentúa. Descienden hasta el estrecho subsuelo, donde el general reposa acorazado dentro de su cápsula hermética. Las aureolas amarillas iluminan el féretro y descubren los

mecanismos de seguridad que resguardan el botín. No hay sorpresas: el ataúd está recubierto por un escudo de vidrio blindado de más de 7 centímetros de espesor; 8 capas de 9 milímetros cada una, separadas entre sí por una membrana y un polímero. Los profanadores observan el objetivo y ponen manos a la obra. Uno de ellos dispone el bolso en el suelo mientras el otro acaricia el vidrio de punta a punta. Se detiene y observa el marco de acero que engarza al cristal y las cuatro cerraduras, de tres llaves cada una, que lo protegen.

—Qué cagada no haber conseguido las llaves… —se lamenta.

—De cualquier manera hubiéramos tenido que agujerear el vidrio… —asegura quien hurgue, arrodillado, dentro del bolso—. ¿O vos te pensás que con las llaves abríamos y listo? Nadie nos iba a dar las llaves sin pedirnos que hiciéramos un boquete como distracción.

—No lo digo por eso…

—¿Y por qué lo decís? —pregunta, mientras retira del bolso la maza, una punta de albañil y varias velas.

—Va a ser un dolor de huevos cortarle las manos a través del vidrio.

—¿Cuánto vale que te duelan los huevos?

Silencio.

—Nos estamos forrando en guita, boludo. Hagamos el laburo y vayámonos a la mierda. ¿Cuánto le calculás?

—No menos de una hora —golpea el vidrio con los nudillos.

—Bueno, vamos por turnos. Hacemos cuatro placas cada uno, el otro alumbra.

—¿Y las manos?

—¿Qué pasa con las manos?

—¿Quién carajo las corta?

—Hacemos una y una si querés.

—¿Te molesta cortar las dos vos?

—¿A vos te molesta que me quede con la mitad de tu guita?

—Bueno, está bien. Vamos una y una.

—Tomá, cagón —le da las herramientas—. Empezá vos que yo te alumbro… Viva Perón.

Punta contra cristal y mazazo. Paciencia y pulso. Afuera de la bóveda pueden oírse los impactos, lo que pone al vigía nervioso. Saca un cigarrillo

y lo enciende. Calcula que será el primero de muchos esa noche, pero se equivoca. Apenas termina la segunda calada, el láser le atraviesa el cerebro. Cae redondo. Santos se le aproxima en cuclillas y lo revisa. Solamente encuentra cigarrillos, un encendedor y un revólver. Refunfuña. Le fastidia que en los 80´ identificar a alguien dependa exclusivamente de la suerte. En su tiempo apenas hace falta un scan de retina para saber a quién se acaba de matar.

Arrastra el cuerpo hasta la bóveda y lo mete dentro. Los potentes y rítmicos mazazos son más que suficientes para insonorizar sus movimientos. Hasta ahora lo está disfrutando. Hace ya diez noches que desde temprano viene haciendo guardia afuera del cementerio con la esperanza de que los forajidos por fin aparezcan. Hoy aparecieron.

Desciende despacio, siguiendo la luz que irradia del subsuelo. Es imposible que adviertan su presencia. Su figura se refugia en la sombra y sus pies apoyan cuando la maza golpea la punta. Tiene todo el tiempo del mundo para apuntar con precisión y enmarcar aquel cráneo entre ceja y ceja, pero sólo usará un segundo. Luego, un fugaz relámpago. La linterna cae y se apaga al impactar contra el piso. Al espía del futuro no le preocupa, porque los lentes que trae puestos tienen sensores infrarrojos. Al único profanador que sigue en pie, en cambio, la completa oscuridad le aterra. Estruje la espalda contra el féretro y se arrastra en forma lateral, mientras tantea el piso con la mano derecha en busca de su linterna; en la izquierda aún tiene la punta de albañil, que sujeta con recelo, sin darse cuenta de que en la cintura lleva enfundada una Browning 9mm. No usará ni una ni la otra. Santos le dispara en ambos pies, incapacitándolo. El dolor del láser pulverizándole los huesos se canaliza en un grito cuyo eco aturde entre tanto hermetismo. El espía deja que se desahogue y luego le dispara en las dos manos. Otro alarido insoportable, pero necesario. La víctima tiene que exteriorizar el sufrimiento y Santos debe asegurarse de que éste no pueda usar sus extremidades.

El forajido no irá a ninguna parte, eso José lo sabe a ciencia cierta. Se arrastra a ciegas con los codos y las rodillas por desesperación, pero no le llevará mucho darse cuenta de que no hay escapatoria. El agente se toma unos instantes y voltea para apreciar la tumba del general. Lamenta no haber arribado más tarde, para ver el ataúd descubierto.

—Escuchame. Tengo mucha guita para compartir, mucha —dice el herido desde el suelo.

—No busco guita. Busco información.

—Información también tengo. ¿Qué necesitás? Tengo información, la

que quieras. No hace falta que me tortures, yo te digo todo lo que quieras saber.

Los espías del futuro no necesitan torturar, ni confiar ni especular. Los interrogatorios, para Santos, son tan sólo un trámite administrativo. Desde que se descubrió la hipnosis binaural, todos los servicios de inteligencia del mundo han abandonado los métodos drásticos de obtención de información. Ya no es necesario quebrar psicológicamente a una persona con el fin de lograr averiguaciones, que dependiendo de la suerte, pueden ser veraces o no. Se ha eliminado el margen de error. José ni siquiera sabría cómo torturar a alguien, porque fue entrenado en un futuro en el que para lograr respuestas apenas hace falta un simple dispositivo que emite ondas sonoras hipnóticas, anulando la conciencia periférica del objetivo en forma inmediata. Sin mentiras, sin imprecisiones, sin resistencia. El espía pregunta, el interrogado responde.

No tiene necesidad de hacerlo. Su misión no incluía la investigación de la fuente, pero las mañas de un espía adulto son difíciles de erradicar. No le alcanza con la sola y definitiva desaparición del cuerpo del general; también quiere eliminar a quienquiera que esté detrás y arrancar el problema de raíz. Después de todo, el ADN de Perón es un instrumento funcional, pero inerte. No hay que temer a los muertos, sino a los vivos.

—No me mates —suplica el sujeto, cuando dos garras lo arrebatan en la oscuridad. Santos lo arrastra hasta la pared y lo sienta de espaldas. Luego saca del bolsillo los auriculares binaurales, los despliega y los coloca en el objetivo. Apenas gira la perilla, el llanto se detiene. Las ondas comienzan a cruzar la cabeza del interrogado de un hemisferio al otro. El espía aguarda unos segundos a que el hombre recupere el aliento y regularice su ritmo cardíaco. Luego se agacha para observarle detenidamente el rostro monocromático, filtrado en la penumbra a través de los sensores infrarrojos. Lleva la típica expresión soporífera que tantas veces ha visto en sus interrogados: los ojos abiertos, los párpados a medio caer y los músculos de la cara completamente relajados.

Preguntas concretas. Respuestas concretas.

—¿Para quién trabajás?

—Manuel Burgos.

—¿Quién es Manuel Burgos?

—Un extraño.

—¿Dónde trabaja Manuel Burgos?

—No sé.

—¿A qué se dedica Manuel Burgos?

—No sé.

—¿A qué creés que se dedica Manuel Burgos?

—Espía u operador político.

—¿Manuel Burgos encargó la profanación de la tumba de Perón?

—Sí.

—¿Manuel Burgos pidió explícitamente las manos de Perón?

—Sí.

—¿Cuándo se entregan las manos de Perón?

—Mañana.

—¿Mañana a qué hora se entregan las manos de Perón?

—Al mediodía.

—¿Dónde se entregan las manos de Perón?

—En la suite diplomática del hotel Alvear.

José se pone de pie. Tiene la delicadeza de fusilarlo sin quitarle los auriculares. La víctima no se entera de que un rayo fulminante le derrite las neuronas. Su cabeza rebota contra la pared y vuelve hacia adelante, dejando los auriculares al alcance de su ejecutor. El espía entonces recupera el dispositivo, lo pliega y vuelve a guardarlo en el bolsillo de su pantalón. Después voltea hacia el general. No necesita ni punta de albañil ni masa ni velas. Ni siquiera tiempo, necesita. 8 capas de vidrio blindado, sin importar su espesor, no son suficientes para detener un haz de luz extremadamente concentrado. Agujerea la caja de cristal con su pistola láser sin el más mínimo inconveniente. Se aproxima al féretro. De su saco retira dos explosivos pequeños, de los que no se consiguen en el presente; dos esferas plásticas, que coloca de a una por vez entre el vidrio y el ataúd. Eso será más que suficiente para pulverizar la materia orgánica y erradicar por los tiempos de los tiempos todo rastro genético del general.

—Levántate y anda, Juan Domingo… —dice el espía en voz alta, luego de colocar las cargas explosivas. Lo dice con alivio, sabiendo que no recibirá respuesta desde el interior de aquella caja de madera torneada. Ya nunca más tendrá que temer que los muertos cobren vida. A partir de esa noche, el destino de Argentina dependerá exclusivamente de los vivos.

El cementerio continúa desolado. Salir será tan fácil como lo fue entrar. Santos cierra la puerta de la bóveda y emprende la retirada. Mientras camina, configura los parámetros de detonación en su pulsera comando y

cuando considera que está lo suficientemente lejos, ejecuta. La cripta se sacude y los muertos aledaños vibran ante el temblor subterráneo. La ráfaga sonora alcanza a José, pero éste evita voltear. No necesita darse vuelta para mirar la estructura, que si bien ha soportado la violencia de la onda expansiva, termina reposando enclenque y humeante. Sabe que su misión ha finalizado con éxito, no hace falta que sus ojos lo acrediten. Dentro de aquella bóveda no ha quedado absolutamente nada.

—Levántate y anda, Juan Domingo —murmura al salir—. Levantate y andate a reconcha de tu puta madre…

IX

11 de junio de 1987. Alvear Palace Hotel. Capital Federal.

Algunos bueyes aran mejor que otros.



Ilustración: Pedro Bel

Manuel Burgos recorre el living de la suite de extremo a extremo mientras intenta calmarse. Los diarios y la radio lo han exaltado más de la cuenta, no sólo a él, sino también al resto de la opinión pública. La cripta de Perón, aquella bóveda pensada y diseñada para ser impenetrable, ha volado por los aires.

La crónica radial dramatiza el suceso: el general ha desaparecido para siempre. Su cuerpo se ha extinguido en un estallido fulminante e inexplicable. Los peritos confiesan no lograr descifrar las circunstancias en que toda materia orgánica desapareciera del habitáculo casi como por arte de magia. Ni las cenizas han quedado. *No existe sobre la faz de la tierra* —opina un experto— *un explosivo que no deje absolutamente ningún rastro.* Sobre la faz de este tiempo y espacio, debería haber dicho.

La conmoción sacude al partido peronista, y por añadidura, a todos sus suscriptores. Las calles porteñas de a poco se van llenando de iracundas almas en pena que exigen a Dios y al gobierno de turno impartir justicia.

Por ahora no hay violencia, pero se sabe que es cuestión de tiempo. El general no desaparecerá de los anales de la historia sin revolver el avispero político y social. De ninguna manera. Habrá caos e impunidad, como bien manda la costumbre argentina.

Se palpitan los bombos. El quilombo es una tormenta en el horizonte fácil de presagiar. Los peronchos resucitan; abandonan su letargo para recuperar el centro de la escena. Las circunstancias son terribles, pero es lo que necesitaba el partido: un golpe de efecto. Incluso después de muerto, el general es el máximo protagonista; una nueva categoría de héroe que excede al martirio. Habrá que buscar una nueva definición para quien no sólo muere, sino también desaparece materialmente por una causa popular. Hay mística de sobra para que suenen los bombos, y si no la hubiera, alguien se encargará de inventarla.

Las versiones comienzan a circular. Los simpatizantes del general hablan de robo mientras que en las antípodas aseguran que se trata de una operación intrapartidaria peronista para recuperar el protagonismo perdido. *Quieren sensibilizar al pueblo,* aventuró un legislador en una declaración radial. Nada mejor que recurrir a los muertos para victimizarse. Nadie mejor que Perón.

Ya es el mediodía, pero la intuición le advierte a Manuel Burgos que seguramente nadie venga a golpear la puerta. Se quedaron con el pan y con la torta: la guita y las manos. Lo que le produce náuseas no es la traición en sí misma, sino no haberla visto venir. Debería haber imaginado que aquella morsa pérfida elucubraba un plan alternativo.

Los golpes en la puerta detienen su corazón. Observa el reloj y corrobora la puntualidad del mandatario. Tal vez su intuición haya fallado, pero Manuel sabe por experiencia que no hay nada bueno detrás de aquella puerta. Recoge la pistola de la mesa y avanza despacio, al tiempo que pregunta quién llama.

—Traigo una encomienda para el señor Burgos.

La voz le suena familiar, pero no es de la morsa. Se aproxima a la puerta y espía por la mirilla. La familiaridad es confirmada por vía ocular al extremo de lo imposible. No debería abrir la puerta, pero lo hace impulsivamente, respondiendo a un reflejo inconsciente que supera su capacidad de control. Del otro lado, sin embargo, su otro e idéntico yo ha aprendido a dominar aquella característica impetuosa de su personalidad a fuerza de entrenamiento. Santos no duda ni contempla. Tampoco pregunta. Enfrentarse a una versión exacta de sí mismo no puede tener, según su calculadora cerebral, ninguna consecuencia afortunada. Por ese motivo lo

embiste, de abajo hacia arriba, impactándolo en la boca del estómago con el hombro. Burgos cede ante el inesperado y veloz ataque. La pistola vuela por los aires, sus pies se elevan del piso y su cuerpo va a parar de espaldas contra la durísima pared del corredor, que absorbe el golpe sin atenuantes. Le cuesta entender que debe defenderse de sí mismo, pero igual usa los codos. Impacta la espalda del atacante repetidas veces hasta lograr hacerlo retroceder. Santos, en realidad, se reposiciona en el combate. Lo que quería saber de su contrincante ya lo sabe: flaquea ante su potencia y golpea tan fuerte como cualquier mortal, por lo que no es un androide. Tiene chances en una batalla cuerpo a cuerpo.

Burgos intenta golpearle la cara, pero el espía esquiva la mano y aprovechando la indefensión del costado ciego, le asesta un terrible puñetazo en las costillas. Los huesos crujen. Manuel se retuerce y ahoga un grito con los dientes. José repite, primero en el estómago y luego en el rostro, combinando los golpes con habilidad pugilística. Burgos deja caer una rodilla en el piso. Santos, en el calor del combate, descarta una segunda opción: es imposible que su doble, peleando como pelea, sea un clon. Manuel simula caerse hacia adelante, gira en el piso y alcanza su pistola. Ya no vacila acerca de atacarse a sí mismo: dispara al blanco, pero el espía esquiva la detonación láser ágilmente y se arroja sobre él. Ruedan por el living, batallando por la posesión del arma. Burgos es testarudo, calculador y beligerante, lo que hace al agente repensar aquella especulación apresurada de su genética. Tal vez sí sea un clon enviado del futuro, ya que después de todo, empuña una pistola láser biométrica.

En el cuerpo a cuerpo próximo casi no se sacan diferencias. Santos sabe aprovechar las distancias en el combate, pero en un agónico tire y afloje al ras del suelo no encuentra el modo de aventajarse. Dirimen fuerzas y se revuelcan en el intento mutuo de posicionarse por encima del otro. La pared pareciera sentenciar la fortuna de Burgos, pero Santos aprovecha la inercia y cambia el eje de la fuerza que ejerce sobre los brazos de su adversario, acelerando la trayectoria de éste hacia el costado. El cráneo de Manuel impacta contra la pared y vuelve, ocasionándole un trauma efímero pero suficiente para que el espía retome las riendas de la situación. Santos aprovecha el envión del rebote y voltea al oponente hacia el otro costado. El arma vuelve a quedar a la deriva, lejos del alcance de ambos. José no la necesita; ni la de Burgos ni la suya, que trae enfundada en el tobillo. Rápidamente se incorpora e incrusta su rodilla en la boca del estómago de Manuel, quien pierde el hálito quedando al borde del desmayo. Esa es, de hecho, la intención última del agente, quien se arrodilla sobre el tórax de su doble y le rodea el cogote con las manos. Oprime con fuerza, obstruyendo

el flujo sanguíneo a ambos lados del cuello. Presiona sobre las arterias carótidas durante varios segundos, al tiempo que esquiva los manotazos de la víctima. El cerebro de Burgos pierde oxígeno gradualmente. Sus sentidos se apagan, sus párpados caen. Santos quita las manos y suspira, no por saberse a salvo, sino por haber logrado evitar matar a su oponente. Lo difícil en su oficio no es asesinar, sino neutralizar. Raramente debe hacer lo segundo. Rara vez, también, se encuentra consigo mismo en el pasado.

No tiene tiempo que perder. La inconsciencia de su otro yo es inestimable, por lo que de inmediato le coloca los auriculares binaurales y activa el dispositivo. Burgos abre los ojos de repente y permanece inmutable, boca arriba, observando el cielo raso. Santos se dirige hacia el corredor y se asegura de que no haya curiosos. Especula que es poco probable, porque la batalla fue efímera y apenas estrepitosa. El láser agujereó la pared, pero la detonación fue apenas audible, como todo disparo de pistola biométrica amplificadora de luz: el sonido es apenas una característica artificial para mejorar la experiencia.

Cierra la puerta y regresa hacia Burgos. Lo toma por debajo de los hombros y lo arrastra hacia la pared, donde lo apoya de espaldas. Luego se agacha y lo mira detenidamente. Es una rareza contemplarse a sí mismo tan de cerca. El rostro de Manuel evidencia su estado de hipnosis con signos característicos: la expresión impávida, la vista perdida y la boca a medio cerrar. Santos no necesita pensar la pregunta, la escupe por reflejo.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—José Daniel Santos Moreira.

—¿Cuál es tu profesión?

—Embajador del tiempo.

—¿Venís del futuro?

—Sí.

—¿Sos un clon?

—No.

—¿Para quién trabajás?

—Para Mariano Mitos.

José muerde sus labios y se deja caer en el piso. Necesita sentarse. Su intuición le advierte que está a punto de llevar a cabo el interrogatorio más largo de su vida.

X

6 de julio de 2053. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

No se halla en su reflejo. El trabajo está bien hecho. Gira el rostro hacia uno y otro costado, pero no encuentra la más mínima semejanza. Su verdadera e insondable identidad descansa segura detrás de una capa de piel sintética especialmente diseñada para modificarle la fisonomía. Lo que ve es un completo extraño, y detrás de él, en el fondo del espejo, su diezmado ejército reunido alrededor del campo holográfico. Escuchan con atención a Jorge Vidal, comandante en jefe de las fuerzas armadas y presidente de facto desde hace ya más de veinte años. El militar grita y gesticula, como es su costumbre, haciendo uso de la cadena nacional de transferencia digital. Asegura que no tendrá piedad con los traidores y conspiradores del régimen y garantiza, sin que le tiemble la voz, que la detención de José Daniel Santos Moreira, líder de la Resistencia Republicana y prófugo de la justicia, es inminente. Las declaraciones del dictador dan paso a un incómodo silencio. Algunos atinan a voltear para ver si ha escuchado, pero él simula estar distraído con su nuevo semblante.

Tienen motivos para vacilar. Vidal, por imbécil que sea, es un hombre de palabra. Ya son más de un millón los desaparecidos en el país en lo que va de la década y uno más es una promesa relativamente sencilla de cumplir. Viene a por él, aunque será difícil encontrarlo. Ya no se parece ni un poquito al guerrillero por el cual el régimen clama captura. La biometría no podría reconocerlo detrás de la máscara y sus retinas se hayan escudadas por dos lentes imperceptibles que acreditan, ante cualquier escaneo rutinario, que su nombre es Manuel Burgos, un ciudadano español de paseo por la fría e inhóspita Buenos Aires. Su único flanco débil es el acento, que ya ha estado practicando en sesiones de diálogo unipersonales con la ducha de fondo.

Las sirenas hacen vibrar los parlantes. El bunker subterráneo de la resistencia está oculto, pero no aislado. Desde seis metros bajo tierra pueden ver y oír todo lo que ocurre en el exterior a través del centro de monitoreo. El perímetro superficial de la guarida está minado de cámaras y micrófonos que, entre otras cosas, advierten del inicio del toque de queda. Los ciudadanos tienen apenas media hora para regresar a sus hogares y permanecer allí enclaustrados hasta bien entrada la mañana. El toque de queda en todo el territorio nacional es una característica distintiva de los atardeceres argentinos. Buenos Aires, a diferencia de tres décadas atrás, ya no vive de noche; y de día, apenas si sobrevive en cautiverio. Una realidad opresiva que todos perciben, pero pocos combaten. Desde 2031, año en que el pueblo salió masivamente a las calles a exigir un golpe de estado para detener la inmigración, no se ha vuelto a ver una manifestación popular. No

existen, en el país, mecanismos autorizados de expresión de ningún tipo, a excepción de aquellos provenientes de la clandestinidad; y ésta última, es una condición que raramente puede conservarse en el tiempo. Santos sabe por experiencia propia que, llegado el momento, la subversión corre dos destinos inexorables: la extinción o el exilio.

Será el exilio. Le cuesta tener que escapar, pero no le queda otra. Su ejército libertario ha sido despedazado en el lapso de cinco años. Demasiada sangre derramada en vano, o al menos, sin resultados concretos. La libertad es un símbolo abstracto, seductor y pérfido. Ya no puede pedirles a quienes quedan en pie que dejen sus vidas a cambio de nada. Su sola presencia in situ es una bomba de tiempo, una inspiración falaz y letal. Debe partir y buscar vías alternativas de resistencia, gestionar el asilo político en algún país civilizado que no haya cedido a la xenofobia y desde allí, liderar una embestida diplomática internacional contra la dictadura que azota a la nación. Argentina está muy podrida para intentar salvarla desde adentro.

Las sirenas por fin se detienen, pero el vacío sonoro es ocupado por una elocución igual de desagradable. Vidal continúa con su monólogo infinito, exultante y vehemente. Entre sus múltiples advertencias, incluye el anuncio de la incorporación de un nuevo cuerpo de diez mil centinelas robóticos de última generación, provistos bajo concesión por la Mitos Corporation, la más grande productora y exportadora de androides del mundo y máxima licenciataria del régimen militar. Otro fruto de una alianza estratégica que perdura en el tiempo. Sólo dios sabe qué hubiera sido de Vidal sin Mariano Mitos, el acaudalado empresario surgido de las dudosas e inescrutables entrañas de la Alemania neo-nazi. Fue él, después de todo, quien proyectó el ejército de robots que facilitó el proceso. De ninguna otra manera las fuerzas armadas podrían haberse mantenido en el poder durante tanto tiempo. Peón por peón es una estrategia suicida cuando al otro lado del tablero, la primera línea de batalla se reproduce indefinidamente. La Mitos Corporation asegura eso: continuidad en la estrategia de domino permanente. A cambio recibe, por supuesto, impunidad, fortuna y una variada gama de libertades excepcionales de las que ya prácticamente nadie goza. Mariano Mitos vehiculiza la represión y el exterminio para vivir en paz, por paradójico que suene.

El ruido de las turbinas alerta a los soldados, quienes rápidamente se aferran a sus fusiles y asumen posiciones de combate. Se desparraman en el bunker según fuera explicitado en el protocolo de defensa. José empuña su pistola y atraviesa la habitación hasta el centro de monitoreo. Allí ve aterrizar la aeronave sobre la base de la guarida subterránea.

—Es Ingrid —confirma el vigilante. Santos suspira. Quita su dedo del gatillo y desanda el camino.

—¡Es Ingrid! —grita. Los soldados abandonan sus puestos de resistencia y vuelven a reunirse alrededor de su líder.

—Es Ingrid… —repite en voz baja y los observa uno por uno. Le da escalofríos el hecho de poder mirar a los ojos a todos y cada uno de los integrantes de su ejército en tan sólo cuestión de segundos—. No sé cuánto tiempo me queda aquí, junto a ustedes, así que tal vez sea prudente decir lo que tengo para decir ahora, sin dilaciones…

>> Lo hemos dado casi todo y no fue suficiente. Tampoco será suficiente dar lo poco que nos queda… No digo que no haya valido la pena, pero es evidente que nuestra resistencia necesita cambiar de estrategia o afrontar el exterminio. Continuar así, diezmados y sin la más mínima expectativa racional de triunfo, es optar por lo segundo; es, aunque parezca lo contrario, la opción cobarde, la del abandono y la sumisión.

>>No voy a rendirme —aprieta sus dientes—. Removeré cielo y tierra en busca de una solución; recorreré el mundo entero, si es necesario, pero no voy a rendirme. Necesitamos reorganizarnos sobre bases sólidas, ampliar nuestros horizontes y replantear el terreno de batalla, como bien ha dicho Ingrid —señala hacia la escotilla del bunker—. Yo voy a llevar ese estandarte y ustedes —su dedo gira alrededor del círculo—, continuarán resistiendo, pero en silencio. Necesito que sigan conspirando contra esta dictadura, pero sin poner en riesgo sus vidas. No se trata de abandonar la batalla… Todo lo contrario. Se trata de replegarse y conservar las energías para levantarse cuando las condiciones estén dadas, cuando tengamos una esperanza, por mínima que sea, de éxito. Hoy no la tenemos, pero no voy a bajar los brazos. Voy a luchar, con todas mis fuerzas, para que en un futuro, lleve el tiempo que lleve, la tengamos.

La pausa que sigue al discurso despierta sensibilidades. Algunos lloran y otros sonríen; todos lo abrazan. Se le arrojan encima de a uno por vez y le estrujan el cuerpo en una clara señal de apoyo, y también de despedida. Él no llora porque no puede. Tanto llanto a lo largo de los años le ha secado el alma. La pérdida perpetua modifica el carácter de los duros al extremo de la neutralidad sensitiva. Los blandos, por otro lado, ni siquiera sobreviven. La insensibilidad es el destino natural de aquellos dispuestos a todo por sobrevivir.

Lo dejan tambaleándose en su eje y cambian de objeto de afecto. Ingrid desciende por la escalera tras cerrar la escotilla. Abre los brazos y los recibe con una sonrisa pacífica. Ella es tan merecedora como Santos del

reconocimiento, pues ha sido partícipe fundacional de la resistencia y una aliada incondicional del líder. Juntos, forman una dupla simbiótica insuperable. José inspira y ella apacigua. Los soldados se relajan inmediatamente ante su presencia, como si la guerrillera irradiara serenidad.

Santos siente el inexplicable magnetismo de su presencia. Ella, por su parte, no necesita desenmascarar su rostro para reconocerlo. La biometría de su postura es suficiente para saber que es él. Le sonríe a la distancia, mientras habla con los camaradas y les asegura que todo estará bien. Le lleva apenas unos segundos convencerlos. La persuasión es, José lo sabe bien, una cualidad característica de su persona.

La sonrisa permanece inmutable, ella no. Avanza hacia el líder revolucionario con su paso decidido y al llegar a su posición le acaricia el rostro con ambas manos.

—Estás irreconocible —asegura.

José asiente. —Espero que sea suficiente…

—Lo será —garantiza, ella—. Está difícil allá afuera, más difícil que nunca, pero tengo una ruta segura para sacarte de acá sano y salvo.

—¿Está todo listo?

—Todo. Deberíamos irnos cuanto antes. El toque de queda comenzará en breve.

José asiente. Por encima del hombro de Ingrid nota los restos vivos de su fuerza de choque: un escuadrón reducido y cansado, observándolo desde la penumbra. *Es la decisión correcta*, se dice a sí mismo y camina hacia ellos. Los saluda uno por uno, sin mediar palabra. No queda más nada para decir, pero sí mucho por hacer. En eso quiere enfocarse. Todavía no está a salvo. Confía plenamente en los instintos infalibles de su mano derecha, pero no ha sido la confianza, sino precisamente lo contrario, lo que le ha permitido sobrevivir todos estos años. Ahora, más que nunca, no es el momento de bajar la guardia.

—Tené un poco de fe, Santos —dice Ingrid al paso y sube la escalera, mostrándole el camino. Él, incluso luego de tantos años de estar a su lado, no deja de sorprenderse ante la capacidad perceptiva, casi sortílega, de su compañera.

Ingrid enciende las turbinas de la aeronave al tiempo que Santos vuelve a cubrir la escotilla con el falso arbusto. Por costumbre, antes de erguirse da un rápido vistazo de 360 grados. Su camarada ya había tanteado el terreno, asegurándose de que no hubiera moros en la costa, pero cuatro ojos ven más que dos. Corre hacia el vehículo y se escabulle dentro. El

cinturón de seguridad automático lo amarra a la butaca de inmediato. Ingrid inicia vuelo vertical y tras alcanzar una distancia prudente, gira en círculo e inclina la nave, induciendo al acompañante a mirar por la ventana.

—Despedite de la base —sugiere.

Santos voltea hacia la derecha y observa a través del vidrio. Le lleva más de un segundo advertir el pinchazo. Recién cuando siente la quemazón del líquido fluyendo en el interior del cuello, reacciona con un manotazo. Gira rápidamente, pero su compañera ya tiene ambas manos dispuestas sobre el comando de vuelo. El somnífero es tan potente, que el guerrillero no tiene tiempo siquiera de preguntarse qué pasó. Simplemente se desvanece, con la cabeza hacia adelante. La piloto se mantiene inmutable con los ojos al frente. No repara en apoyarle al acompañante la nuca sobre la butaca. Ingrid, al igual que él, pero por diferentes motivos, también es insensible. Ella tampoco puede llorar, a menos que sea estrictamente necesario.

XI

Una Argentina esplendorosa sólo se explica en sueños. Expresiones de deseo proyectadas en el inconsciente. Santos lo sabe, pero prefiere pasarlo por alto. Escoge flotar en paz, en Parque Patricios, y respirar el aire puro mientras pueda. Aun no siendo real, es reconfortante deambular por las calles de un barrio no amurallado y ver los rayos de sol escurrirse entre las hojas de los árboles. En un horizonte de distancia indescifrable sabe que hay una cancha de fútbol barrial; *un potrero*, diría su padre. Se escuchan sonidos característicos: arengas, fricciones e impactos, y de fondo, su nombre: *José*. Sacude la cabeza, busca localizar al interlocutor, que ahora vuelve a llamarlo, pero con más fuerza: *José*. Respira hondo. El oxígeno en su cerebro activa la vigilia.

—José —repite Ingrid. El guerrillero abre los ojos.

Despierta encapsulado, flotando en un envase tubular anti gravitacional. No reconoce tiempo ni espacio, y mucho menos las circunstancias. Su compañera le sonríe desde afuera. Él se palpa el cuerpo y mira alrededor; descubre sensibilidad en su rostro, algo imposible, si todavía llevara puesta la máscara.

—Ya no la necesitás —asegura, Ingrid.

—¿Dónde estamos? —Santos levanta los ojos hacia su camarada.

—Estamos en la Mitos Corporation.

La cara de José sufre una transformación demoníaca: —¿Dónde?

—En la Mitos Corporation —repite ella—, cuartel general de la resistencia anti dictadura.

—¿Qué pasó? —mira a su alrededor—. ¿Cómo llegamos acá?

—Te traje yo. Es parte del plan, José.

—El plan —murmura, el guerrillero, e intenta reconstruir su memoria —… ¿Qué hago acá adentro? ¿Qué quiere decir que me trajiste vos?

—El cuartel general de la resistencia es un punto obligado de tu viaje. Algo así como un aeropuerto.

—¿Qué cuartel general? —El guerrillero comienza a perder la paciencia—. ¿Qué mierda te pasa, Ingrid? ¿Dónde carajo estamos?

—Estamos en la Mitos Corporation, cuartel general de la resistencia anti dictadura.

—Sacame de acá.

—Sí, José, pero primero necesito que te calmes. Mis sensores detectan altos niveles de adrenalina en tu sistema biológico, lo que suele estar asociado con reacciones agresivas o irracionales en los seres humanos.

Santos frunce el ceño.

—¡Sacame de acá ya! —estalla sus manos contra la membrana.

—Entiendo que esto es difícil para vos, así que voy a liberarte como una señal de buena voluntad, pero te advierto que cualquier intento de agresión será reprimido.

El piso recupera su magnetismo habitual y José aterriza sobre la base de la cápsula. Luego la membrana se desplaza hacia arriba, dejándolo completamente libre. El guerrillero gira en su eje y examina la enorme sala. Sobre la pared derecha puede apreciar una hilera interminable de androides humanoides; múltiples modelos que datan de todas las épocas. Sólo una persona sobre la faz de la tierra puede poseer tan valiosa colección.

—Seguís segregando hormonas a ritmo acelerado —advierte, Ingrid.

—Traidora… —escupe, y avanza hacia ella con los ojos inyectados en sangre.

—José, te advierto…

Se le arroja encima, quizás con la intención de agarrarla del cuello, pero Ingrid anticipa el ataque y se desliza hacia un costado con un giro burlesco. Santos pasa de largo.

—La gran mayoría de los hechos violentos en la humanidad no son

producto de decisiones racionales, sino de súbitos desbalances químicos —comenta, Ingrid—. Otro rasgo impredecible de la misteriosa existencia del hombre.

El guerrillero respira hondo e intenta embestirla nuevamente, esta vez inclinando la cabeza y apuntando a su cintura, pero Ingrid vuelve a esquivarlo con un movimiento veloz. José, ante la repentina desaparición del objetivo, pierde el equilibrio y cae al suelo.

—Tenés suerte de que sea una androide —continúa, ella—. Si fuera la encantadora compañera que tanto admirás, dotada de una humanidad excepcional, en este momento me sentiría atacada y las consecuencias de mi reacción serían, muy probablemente, nefastas. No lo haría por maldad, sino por instinto. Las hormonas desactivan el intelecto en desmedro de una función básica: la supervivencia. La sangre abandona el cerebro y fluye hacia los músculos y los pulmones para abastecer de recursos a los órganos fundamentales en la preservación de la existencia. Defenderse, atacar, huir… Todo prima por encima de pensar. Un concepto interesante, el del instinto.

Santos no se despega del piso. La escucha acercarse, mientras recita su absurdo monólogo científico-antropológico. Aguarda encorvado, con los puños cerrados y los dientes apretados. Premedita el flanco de ataque y calcula el impacto, que debe ser súbito y violento, en la zona genital. Espera. Cierra los ojos y toma aire. Escucha su corazón galopar a ritmo intenso pero decreciente. Los pasos se aproximan. Los latidos reducen su frecuencia. Cuando el objetivo se halla en el radio de ataque, ejecuta. Ingrid le detiene el brazo y con fuerza bruta lo tuerce. El cuerpo de Santos da una pirueta en el aire y cae boca abajo. Ella lo levanta desde la espalda y lo sienta, como si fuera un muñeco de trapo. Luego le inmoviliza ambos brazos con un lazo magnético.

—Teniendo en cuenta tu anatomía y la postura, puedo calcular un millón de reacciones por segundo y estimar el rango de movimiento más probable —susurra en su oído—. El ser humano es impredecible pero lento.

José levanta el mentón y la observa sentarse frente a él. No existe sobre la tierra un ser de carne y hueso capaz de moverse a esa velocidad ni de hacerlo volar por el aire con apenas un movimiento de muñeca. Quienquiera que sea Ingrid, definitivamente no es humana.

—Estamos todos del mismo lado —dice, Ingrid, y coloca entre ambos un pequeño proyector holográfico—. Vos, yo y el señor Mitos.

La imagen le estalla en la cara. El holograma muestra a Vidal, eufórico, anunciando el deceso del líder de la resistencia, José Daniel

Santos Moreira.

—Este anuncio es de hace minutos atrás —agrega, la androide—. Estás oficialmente exterminado, según el reporte de un comando de centinelas: desintegrado en partículas volátiles.

—No entiendo…

—Los centinelas enviados a liquidarte responden a nosotros.

Santos encuentra los ojos de Ingrid a través de las imágenes traslúcidas: —¿Y el resto? Hay más de un millón de inocentes desaparecidos…

—Salvamos a los que podemos. Lamentablemente nos es imposible manipular los cerebros humanos y sólo tenemos injerencia sobre algunos robots. Intentamos infiltrar a nuestros robo-espías de modo estratégico para ampliar el horizonte de acción, pero debemos ser extremadamente cautos. Si fuéramos descubiertos, sería el fin de la resistencia.

—Robo-espías… —repite, José, incrédulo—. ¿Eso sos vos?

—No, yo soy una colaboradora de la resistencia —Ingrid se levanta y ayuda a José a incorporarse—. Mi misión es darte soporte logístico y estratégico.

—Soporte logístico y estratégico…

—Así es —confirma, la humanoide, y avanza hacia uno de los lados de la inmensa sala: un ventanal interminable de cristal polarizado—. Vení, seguime.

—¿Desde el principio? —El guerrillero hace caso omiso a la recomendación de su camarada robótica.

—Sí —afirma, ella, deteniéndose en el ventanal—, de principio a fin.

—Pero vos fuiste quien me convenció de organizar la resistencia…, la que reclutó a gran parte de los soldados…

—Eso es logística y estrategia, sí.

—¿Esa era tu misión? ¿Armar la resistencia para después destruirla?

—No, exactamente. La resistencia, sin la intervención del señor Mitos, hubiera sucedido de cualquier manera. Mi misión era modificar su destino.

La expresión de José se desdibuja en confusión. Ingrid vuelve a sugerirle que se acerque mediante un ademán, pero él no responde.

—Son demasiados interrogantes, José. Tenés mucho de qué hablar, no conmigo, sino con el señor Mitos. Vení, quiero mostrarte algo que va a ayudarte a entender un poco mejor las circunstancias —dice, y al voltear

hacia el ventanal éste se transparenta ampliando el horizonte de expectación.

La confusión de Santos cede paso a paso hacia el asombro. Frente a él, detrás del vidrio y hacia abajo, vislumbra una oficina interminable, dotada de cientos y cientos de empleados. Logra reconocer a la distancia a no menos de una docena. Ex integrantes de la resistencia desaparecidos, muchos de ellos reportados muertos por las autoridades dictatoriales. El guerrillero apoya su nariz en el cristal y permanece atónito.

—Éste, como dije antes, es el verdadero cuartel general de la resistencia anti dictadura —comenta, Ingrid—. Nuestra propia agencia de contrainteligencia. Salvamos a los que podemos.

—¿Están todos vivos? —murmura, José.

—Asumo que hablás de tus excompañeros de guerrilla… No todos, pero sí muchos.

—¿Y el resto quiénes son?

—El resto son refugiados que han sido identificados como recursos críticos para el éxito futuro la resistencia. Parte del trabajo de inteligencia es precisamente ése: perfilar y reclutar seres humanos excepcionales.

—¿Eso soy yo también? —voltea para mirarla—, ¿un recurso crítico?

La robot asiente: —Quizás el más crítico, luego del señor Mitos.

—El más crítico… —Santos murmura y ríe—. ¿Cómo hacen para saber que soy el recurso más crítico? ¿Mediante un cálculo probabilístico de esos que hacen ustedes y que nosotros los humanos no logramos entender?

—No hace falta el cálculo estocástico. Lo sabemos en concreto.

—Ah, lo saben en concreto… O sea que además de tener un ejército de humanoides súper inteligentes tienen también una bola de cristal.

—No, tenemos un líder del futuro.

José abre los ojos y arquea las cejas: —¿Mitos?

—Sí, el señor Mitos ha venido del futuro hace tres décadas para modificar el destino.

—Y veo que le ha ido muy bien…

—Detecto sarcasmo en tu comentario, Santos. Es propio del ser humano improvisar la burla cuando no comprende las circunstancias.

—Lo que yo no comprendo es cómo hizo Mitos para venir del futuro. ¿Se subió a un rayo?

—No creo que tenga sentido que te lo explique, porque no lo vas a entender. Va a ser mejor que lo veas con tus propios ojos —dice, Ingrid, y se aleja. José la sigue desde atrás, no porque se lo pidiera, sino por curiosidad.

—El tiempo, tal y como es concebido por la percepción humana, no existe —menciona, la androide, mientras ascienden en la plataforma—. En el universo hay masa dinámica, distancias e infinitas dimensiones.

El guerrillero la escucha atentamente mientras la observa. Su compañera ya no irradia aquel magnetismo que solía caracterizarla. La percibe fría, distante e insensible; tanto como cualquier otra máquina. Pero aún así, su humanidad es escalofriante. Sus rasgos, movimientos y expresiones son propios de una persona, al punto que cualquiera podría ser engañado al respecto por tiempo indeterminado. Ensaya el consuelo, Santos. Le cuesta digerir el hecho de que su compañera incondicional de tantos años, quien fuera su máxima confidente y cofundadora de la resistencia, sea en realidad una androide programada para estafarlo emocionalmente. Él, que enamorado de ella hasta la médula, estúpidamente le había propuesto una insoportable tregua amorosa por el bien de la resistencia, ahora descubre una realidad difícil de aceptar. Se enamoró, al fin y al cabo, de un vulgar pedazo de lata que ahora intenta aleccionarlo.

—El señor Mitos descubrió una vía —prosigue—, un pasaje gravitacional que une dos dimensiones paralelas, ambas en movimiento a exactamente la misma velocidad invariable.

—Un portal —añade, José, pero no recibe ningún tipo de confirmación por parte de su interlocutora.

La plataforma se detiene frente a un largo corredor con una puerta en su otro extremo. Ingrid avanza y marca el camino.

—Todo pasaje gravitacional, para ser atravesado por un ser humano, necesita de dos componentes básicos: una vía y un vehículo —continúa su disertación, al tiempo que acorta la distancia hacia la puerta—. La vía se logra por inducción, mediante la generación de un campo electromagnético que habilita la conexión interdimensional. El vehículo garantiza la preservación del tejido humano durante la trasposición, dado que ésta ocurre a velocidades intolerables por la materia celular.

La puerta se desliza hacia un costado, abriendo un agujero negro ante ellos. Ingrid penetra la oscuridad y desaparece por unos instantes hasta que una serie de destellos iluminan el interior. Santos, recién entonces, se decide a entrar.

—Newton 2.0 —dice, la robot, observando impávida hacia adelante.

José se toma un segundo para adaptarse a la relatividad existencial que le propone el ambiente. Se siente ínfimo dentro de aquel abismo desproporcionado. El vacío cilíndrico que domina el espacio es surcado por un puente que apenas cubre el radio de la circunferencia, conduciendo a una bóveda esférica y plateada.

—La máquina del tiempo… —menciona, José, al tiempo que escruta las distancias que lo rodean—. ¿Qué pasó con la primera?

—La primera fue utilizada hace 30 años por el señor Mitos. La trasposición interdimensional sólo transporta el vehículo, no la vía.

—Eso quiere decir que se no se puede volver del pasado, a menos que se construya una vía en la otra dimensión —el guerrillero razona en voz alta.

—No se puede volver del pasado y punto —Ingrid es terminante—. Con o sin vía del otro lado es imposible regresar, porque los pasajes gravitacionales son de magnetismo unidireccional, como cualquier otra fuerza gravitatoria.

Santos hace silencio y procesa el comentario. Luego se le acerca y señala la esfera plateada: —Aquél es el vehículo…

—Sí, la bóveda transportadora —afirma Ingrid y avanza sobre el puente. Se detiene en la cornisa y observa hacia abajo—. Ésta es la vía…—termina de responder en el aire.

La embestida de Santos es precisa y veloz. Ingrid, en vertiginoso descenso, calcula el desenlace del trayecto mediante una ecuación en la que incluye su peso, la aceleración de la caída y la distancia hasta el lejano fondo del abismo tubular. El resultado es fatal: su estructura de microlattice estallará en pedazos ante el impacto, desmembrándola por completo. No lo lamenta en absoluto. Su avanzada inteligencia artificial, dotada de complejos algoritmos diseñados por especialistas en neurociencia cognitiva, no sucumbe ante la certeza del fin de la existencia. No reza. No llora. No grita. En cambio, utiliza sus últimos instantes para actualizar su sistema neuro-conductual de aprendizaje evolutivo y perfeccionar así la emulación de la sinapsis. Acaba de aprender, aunque en forma extremadamente tardía, que algunas reacciones humanas son tan impredecibles que ni siquiera dan tiempo a que el sistema endocrino segregue hormonas.

Los Santos conspiradores del tiempo: XII, XIV, XV, Epílogo

Marcelo Artal

 **ARGENTINA**

XII

Santos espera sentado en el puente. No sabe quiénes ni cuántos, pero está seguro de que vienen a buscarlo. Está más tranquilo. Deshacerse de la farsante ha significado un alivio. La verdadera Ingrid le generaba una incomodidad difícil de explicar, una sensación intolerable que imposibilitaba la mutua existencia. El guerrillero agradece que ésta haya terminado siendo una simple robot, porque de no haber sido así, matarla le hubiera traído aparejado algún tipo de remordimiento.

Su intuición no falla: vienen a buscarlo. Dos individuos vistiendo traje aparecen en la puerta y se posicionan como estatuas a uno y otro lado de la misma. Al igual que la flamante difunta, parecen personas, pero no lo son. Son perfectos humanoides del futuro que vienen a escoltarlo.

—José Daniel Santos Moreira, el señor Mitos lo recibirá ahora —advierte el de la derecha—. Cualquier intento de sublevación será severamente reprimido. ¿Entiende?

José se recuesta en el piso, gira y se arrodilla. Ponerse de pie maniatado desde la espalda, descubre, no es tan sencillo como sentarse.

—Confirme que entiende los términos explicitados —reclama, el androide.

Santos finalmente logra incorporarse frente a ellos. Los examina de a uno por vez. Luego asiente: —Sí, entiendo.

—Síganos, por favor.

Atraviesan el pasillo hacia la plataforma y ascienden. Para el guerrillero, es un misterio el modo en que se comanda el elevador, dado que nadie ha activado ningún tipo de mecanismo. El viaje es efímero, apenas dura unas fracciones de segundo.

—El señor Mitos espera por usted —afirma uno de los escoltas al detenerse la plataforma.

Santos da un paso hacia adelante esperando a ser secundado por los guardias, pero la puerta detrás de él cae en forma abrupta, hermetizando la habitación. No está solo. En el otro extremo, incrustado en la pared, un cuerpo inanimado flota detrás de un cristal, como si se tratara de un cuadro vivo. Se acerca con cautela, manteniendo sus sentidos en máxima alerta periférica. El paciente empotrado es un anciano en aparente estado terminal, la ciencia sabrá de qué patología, pero a priori, a los ojos de cualquier espectador pareciera evidente que jamás volverá a despertar. Es un esqueleto envasado al vacío en piel. Levita con su decrépito torso desnudo, minado de electrodos y enredado en sondas transparentes. José investiga la fisonomía vegetativa del viejo y especula acerca de su identidad. Si éste fuera Mariano Mitos, será verdaderamente difícil entablar un diálogo conducente. Nota que una serie de cables le perforan el cráneo, como si el cerebro estuviera conectado con algún tipo de dispositivo externo. Seguramente lo esté, con el objetivo de explorar la actividad sináptica inconsciente. A un lado del paciente, también sobre la pared, una gran consola monitorea sus signos vitales.

—Está usted apreciando el futuro. —Un rejuvenecido Mitos abandona la penumbra y entra en escena. José recula por reflejo—. Sé que le cuesta entender toda esta historia de que soy del futuro, pero créame cuando le digo: ése es el futuro —señala al anciano.

José vuelve a mirar al paciente con el ceño fruncido.

—Ése, de más está decirlo, soy yo. Este cuerpo agraciado que se mueve y parla es tan sólo un envase subrogante. Soy, si quiere, un androide del futuro con inteligencia natural —golpea su cabeza.

—¿Cómo es posible?

—Ah, ¿cómo es posible? En el presente no lo es. En el futuro sí —estrecha la distancia entre ambos y se coloca justo frente al cristal. Se mira a sí mismo—. ¿Ve esos cables que cruzan mi cabeza? Son conectores telekinéticos. Comando este envase desde el completo ostracismo desde hace casi treinta años… Una vida encerrado entre estas cuatro paredes… Ése es el precio de subsistir en movimiento, después de todo. Estoy trabajando en un proyecto para amplificar la onda telekinética y así expandir el radio de movimiento; pensé en construir nodos repetidores en ciertos puntos del edificio, pero por ahora no logro tener resultados estables. Tampoco puedo, en este momento, dedicarle mucho tiempo a eso. Como imaginará, estoy atareado con temas más urgentes, como ser usted.

—Yo…

—Sí —lo mira—, usted ha sido mi prioridad durante mucho tiempo.

Lo sigue siendo.

—¿Y a qué debo semejante honor?

—A que está predestinado a cambiar el presente.

—Ah —José improvisa una morisqueta—, yo pensé que el presente lo estaba modificando usted…

—En parte sí, aunque usted no lo considere así. Es difícil juzgar el presente cuando se desconoce el futuro. La Mitos Corporation es, a los ojos del país, un monstruo, el verdugo privado del gobierno de facto, y está bien que sea así, porque es parte del plan. Créame si le digo que no hay nada librado al azar.

>>Ser el máximo licenciatario de la dictadura en materia armamentista no ha sido una casualidad, sino un objetivo. El brazo armado robótico de este gobierno está infestado de espías propios, lo que nos ha permitido, entre otras cosas, rescatar a muchos de los integrantes de la resistencia que en otras circunstancias hubieran desaparecido. Estamos al tanto de gran parte de los planes estratégicos de Vidal.

—Y aun así…

—Sí, ya sé lo que me va a decir: aun así hay muertos y desaparecidos. Por supuesto que los hay. Nosotros salvamos a los que podemos, y quizás no sea suficiente, pero es un cambio sustancial en comparación con mi tiempo. Déjeme que le cuente de dónde vengo yo y luego emita su juicio de valor. Es una propuesta razonable, ¿no le parece?

José asiente sin demasiado entusiasmo.

—En mi tiempo, a esta misma altura, la dictadura no poseía un ejército de androides. No tenía los recursos y tampoco existía la tecnología para que fuera posible. A priori, esta revelación podría sonar esperanzadora, pero no lo es, porque lo que caracteriza a estos energúmenos es el pensamiento, no los instrumentos que utilizan, y esto último, con o sin mi intervención en el tiempo, ha sido invariable. Vidal, tanto en mi tiempo como en el suyo, se ha aferrado a un deseo obsesivo de exterminio. Si usted cree que un ejército de robots le ha facilitado la tarea, se equivoca. En ausencia de éste, el comandante general de las fuerzas armadas tuvo la formidable idea de desarrollar un arma biológica con el fin de erradicar del país a todos los insurgentes y, lamentablemente, luego de una década de investigación y ensayos, su empresa tuvo éxito… Demasiado éxito. El virus, después de todo, no reconoce disidencias políticas… La epidemia se propagó en toda la población argentina, fueran los contagiados sediciosos o no. En 2080, con Vidal ya muerto, el índice de contagio alcanzó el 53% de la población y la

OMS recomendó aislar al país del resto del mundo ante la imposibilidad de desarrollar un tratamiento de cura eficaz. La OTAN encapsuló a la Argentina en un perímetro de custodia absoluta con la orden expresa de sellar las fronteras y evitar así la propagación de la epidemia a toda costa. La gente ya no sólo moría por enfermedad, sino también en el vano intento de escapar de ella. Mi vía de escape, sin embargo, no era convencional como la del resto. Huí con éxito, en 2087, apenas terminé de construir Newton. Aterricé en 2019. Ése es el agujero interdimensional que logré descubrir: casi 68 años de distancia moviéndose a velocidad invariable. —Mitos voltea hacia el paciente flotante—. Creí que no estaba infectado, pero me equivoqué. Los síntomas fueron evidentes al tiempo que llegué. La razón por la cual estoy amurado a la pared es en parte para prevenir la propagación del virus.

—Pero luego de treinta años, si no está muerto, significa que descubrió una cura.

—No, no lo hice y tampoco sabría cómo, pero he logrado desacelerar la degeneración celular a partir del suministro de una proteína sintética muy poderosa. De cualquier manera estoy muriendo lentamente. Mi cuerpo está en completo estado vegetativo y mi cerebro es estimulado mediante electromagnetismo. Honestamente, no sé cuánto me quede de vida.

—Pero, si usted ha estado confinado en una habitación treinta años, ¿cómo construyó su imperio?

—Bueno, ser del futuro acelera el proceso de generación de riqueza. Me llevó sólo un año volverme multimillonario. Ya sabe, mucha suerte en la bolsa. Historias de esas que se escuchan esporádicamente en los mercados. A partir de allí, todo fue sencillo. Con recursos ilimitados, las cosas suelen darse rápido. Para el tiempo en que descubrí estar enfermo ya tenía mi imperio listo para arrancar.

—¿Y su figura pública? Lo he visto mil veces asistir a reuniones, hablar en los medios…

—Duplicados —señala su cuerpo cibernético—. Lo mismo que esto, pero con inteligencia artificial. Sólo usted y los miembros de la resistencia conocen al verdadero Mariano Mitos.

José vuelve los ojos a la pared y observa al anciano apenas errante en su acotado espacio de flotación.

—El ejército de androides es parte de una estrategia —continúa, Mitos—, un placebo y una alternativa para mantener a Vidal distraído. Los robots no se reproducen como un virus y muchos de ellos responden a mí, lo que es doblemente funcional: evita una tragedia mayor y me mantiene al tanto

de lo que sucede en el corazón de la dictadura. Necesitaba una idea poderosa para cambiar el destino, algo lo suficientemente atractivo como para cautivar a Vidal, y no se me ocurrió nada mejor que ofrecerle un suministro ininterrumpido de androides de última generación, provistos de una tecnología inexistente en cualquier otro lugar del planeta. Un ejército del futuro.

—Irresistible.

—Sí, irresistible, pero notablemente menos efectivo que su arma biológica, aunque él nunca lo sabrá.

El guerrillero permanece inmóvil, sumido en un desconcierto perceptible a los ojos de su interlocutor.

—No necesito que procese todo esto de inmediato. Tenemos tiempo.

—Tiempo y la máquina que lo atraviesa…

—Sí, en realidad no es tan así —Mitos sonríe—. No podemos alterar la velocidad a la que transcurren los eventos, lo que significa que las posibilidades de viajar en el tiempo son limitadas. Más precisamente, sólo podemos movernos unos veinticuatro mil seiscientos cuarenta y nueve días hacia atrás de la fecha actual. Tanto esta dimensión como la otra se mueven a exactamente la misma velocidad.

—Si usted lo dice… —José vuelve a mirarlo.

—Imagino que todavía no logra entenderlo del todo, pero ya lo hará. —Señala las manos maniatadas—. Sepa disculpar los recaudos, pero por lo visto son necesarios, aunque no suficientes.

Santos sonríe vilmente por toda respuesta.

—Ingrid era mi mejor androide.

—No lo tome personal, es un tema que tengo con el género femenino.

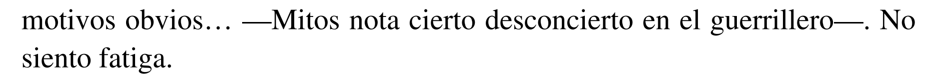
—No se haga problema. Usted seguramente va a extrañarla más que yo. —Mitos le quita el brazalete magnético—. Le advierto que no poseo sensores de adrenalina ni emito ondas binaurales de baja frecuencia, por lo que nuestra relación deberá basarse en la confianza mutua.

—Ése es el tipo de relación que suelo tener con los míos. —José se acaricia las muñecas.

—Ya lo sé. Aunque yo sea un perfecto extraño para usted, usted no lo es para mí. Lo conozco mejor de lo que cree.

—Así parece.

—Quizás quiera sentarse. Yo he perdido la costumbre de hacerlo por



motivos obvios… —Mitos nota cierto desconcierto en el guerrillero—. No siento fatiga.

—Ya veo.

—Pero tal vez usted necesite descansar un poco. —El androide se abre paso hacia un costado de la habitación no explorado por los ojos de José. Desaparece en la penumbra—. Es un día agotador, después de todo.

Santos descubre la verdadera dimensión del lugar cuando la luz natural vence a la oscuridad. La persiana elíptica se despliega por completo y los rayos del sol penetran el ambiente a través de la cúpula cristalina. Las cuatro paredes a las que hace mención Mariano Mitos encierran un espacio incalculable e insospechado: un frondoso oasis artificial. El subrogante se detiene sobre una plataforma en la orilla del lago y aguarda por el invitado.

—No es la peor de las prisiones —comenta, José, y monta sobre la plataforma.

—No, no lo es.

Avanzan sobre el agua. En el trayecto, el guerrillero descubre que aquel microhábitat también está provisto de fauna. Pájaros, peces y distintos tipos de mamíferos comparten el encierro con su dueño.

—Si se está preguntando si son reales, la respuesta es no.

—No me diga nada, animales robóticos del futuro.

—Sí. No es necesario alimentarlos, no ensucian y sobre todo, no se matan entre ellos.

—¿También tiene una novia humanoide?

Mitos lo mira: —¿De qué sirve una novia cuando uno no tiene erecciones?

El resto del trayecto lo transitan en silencio. El lago serpentea alrededor del pequeño bosque y desemboca en un estanque de aguas diáfanas rodeado de playa. Arriban a una isla circular con un inmenso escritorio y tres butacas. Por encima del escritorio, múltiples campos holográficos transmiten noticias de todo el planeta.

—Calculo que esta es su oficina. —José da un giro de 360 grados para admirar la belleza circundante.

—Sí. Paso mucho tiempo acá —Mitos da la vuelta al escritorio y toma asiento—, aunque rara vez me siento… La butaca es para recordarme que soy humano, pero la realidad es que si no tengo un interlocutor de carne y hueso del otro lado no siento la necesidad de hacerlo.

José se sienta frente a él.

—No es fácil estar envasado. A excepción de la vista y el oído, la forma en que los androides perciben los sentidos humanos es verdaderamente abstracta. Por eso toda esta parafernalia —mira hacia arriba y abre los brazos—. Sólo puedo encontrar placer en lo que veo y escucho.

—O sea que sus androides del futuro constan de los cinco sentidos.

—Seis. Recuerde que poseen sensores hormonales.

—Salvo en su caso.

—Bueno, técnicamente, mi subrogante consta de receptores hormonales, pero no tiene forma de transmitir el mensaje a mi sistema nervioso central. La corteza cerebral humana carece de la capacidad de procesamiento de ese tipo de estímulos.

—¿Y sienten dolor?

—No, como le dije, el sentido del tacto es extremadamente abstracto en un humanoide, en parte, para neutralizar el dolor. —Hace una pausa y reanuda—. ¿Usted pregunta por Ingrid?

—Pregunto por curiosidad…

—Entonces, en el afán de desasnarlo, le voy a transmitir una enseñanza fundamental acerca de los humanoides: no sienten ni aman.

José asiente, confirmando su sospecha. —Pero saben simular ambos —agrega.

Mitos concuerda. —Sí, son eximios simuladores. Para eso han sido creados, para convivir entre nosotros sin incomodarnos. La psicología humana es contradictoria: nos da miedo que un robot sienta, pero por otro lado nos molesta que no lo haga.

A Santos se le cuela una sonrisa en la expresión. —Ni muy frío ni tan caliente…

—Tibios —confirma, el subrogante—, así los queremos. Máquinas que nos inspiren confianza y nos hagan sentir acompañados, pero que en el fondo sepamos que no pueden reemplazarnos.

—Un amor al que podamos matar sin remordimientos…

—Esa es la esencia del hombre… Necesita amar y destruir, en ese orden.

El guerrillero endurece su expresión. —¿Lo dice por mí?

—No, Santos. No soy de los que tiran indirectas. Lo digo por la raza humana en general. Lo que usted hizo, de cualquier manera, estaba dentro

de las expectativas.

—¿Qué quiere decir? ¿Usted ya sabía que iba a matar a Ingrid? ¿Es algo que hice ya en el futuro?

—En realidad, no. Esto es radicalmente nuevo. Ingrid no existía en mi tiempo a esta misma altura, pero usted no ha cambiado en nada. No voy a decirle que esperaba que la matase, pero sí tenía mis sospechas de que lo haría.

—Ah, sí —José cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás—. Cierto que usted me conoce muy bien… Mejor de lo que yo creo, ¿no?

—Así es. Mi conocimiento de su persona es bidimensional. En algún grado, no sólo lo conozco mejor de lo que usted cree, sino mejor de lo que usted mismo se conoce.

Santos vuelve a mirarlo con escepticismo, los párpados caídos y un cuarto de sonrisa inclinada hacia la derecha.

—No es casualidad que esté aquí en este momento. Verá, algunos estamos signados por el destino sin importar el tiempo y sus modificaciones. Hay un orden inexplicable en el universo que va más allá de la ciencia; factores inmutables en medio del movimiento absoluto… Prácticamente todo fluye, pero algunas cosas mínimas permanecen. Usted y yo, por ejemplo, permanecemos. Podríamos atravesar múltiples dimensiones paralelas y nuestra esencia, sin importar el tiempo, sería exactamente la misma: yo he nacido siendo un genio y usted un sobreviviente. Pero no cualquier genio y tampoco cualquier sobreviviente… Yo soy el único genio que ha descubierto la máquina del tiempo y usted, quizás el único sobreviviente que con las manos atadas puede vencer a un androide de última generación… Y no sólo eso…

Mitos levanta los ojos hacia el campo holográfico por encima de ellos. El título no demora en publicarse. No es cualquier noticia, sino una del futuro; un descarnado anuncio de último momento que eriza los pelos del guerrillero: “El general Vidal ha sido brutalmente asesinado”.

—Eso es en 2078 —el subrogante contextualiza la noticia—, un atentado suicida súbito e inesperado acaba con la vida del comandante en jefe de las fuerzas armadas y también con la del líder de la resistencia anti dictadura. Se inmola por la libertad, Santos.

—Y a eso llama usted supervivencia…

—Los designios del destino son inescrutables. Usted muere en el futuro para sobrevivir en este tiempo, sin saberlo.

—Usted viene a salvarme, en otras palabras.

—Yo vengo a completar una ecuación irresoluta. Su iniciativa es fundamental, pero no detiene la extinción de nuestro pueblo. Yo, por mi parte, poseo un recurso invaluable, pero carezco de su espíritu excepcional. Juntos, sin embargo, logramos una simbiosis que puede modificar el tiempo.

—Señor Mitos, usted posee un ejército infinito de androides. Puede acabar con esta dictadura cuando le plazca, sin necesidad de que yo me suicide en el intento.

—No es tan sencillo, y tampoco pretendo que usted se inmole.

—¿Y entonces qué es lo que quiere de mí?

—Vamos por partes. Permítame primero que le explique la complejidad antropológica que supone todo proceso histórico. Nada bueno se construye a partir de la violencia en una sociedad, jamás. El ser humano necesita paz, no caos. Paz y tiempo para entender. ¿De qué serviría que yo liquidara a un dictador? ¿Qué legitimidad me daría ante la sociedad? Lo invito a que piense en cualquier proceso histórico dictatorial que haya culminado violentamente… ¿Qué ha venido después?

José no responde. Su silencio, interpreta Mariano Mitos, le concede el beneficio de la duda.

—La respuesta es más caos… Mitigar el fuego con fuego no tiene sentido. Todo proceso injusto y violento necesita una reacción diametralmente opuesta. Los shocks sociales no funcionan… La civilización se construye en forma gradual a partir de eventos históricos que repercuten, directa o indirectamente, en la cultura social. Intentar rescatar a la Argentina de un plumazo es imposible. Si es que existe esperanza, ésta radica en una estrategia considerablemente más compleja y sutil.

—Como ser…

—Como ser una cruzada diplomática y conspirativa intertemporal.

—Suena sofisticado. ¿Cómo encajo yo ahí?

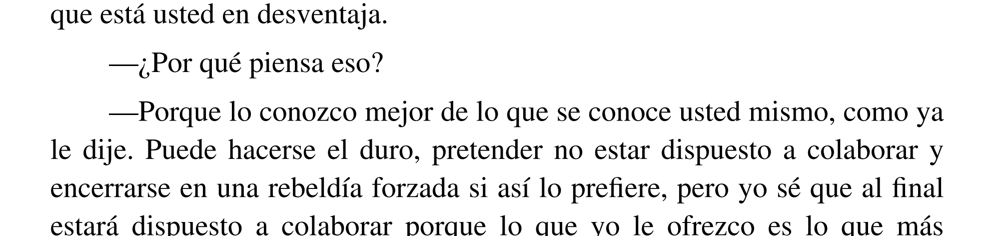
—Usted encaja del mismo modo que hasta ahora. Hace apenas unas horas estaba dispuesto a huir para iniciar una cruzada similar, ¿o no?

—Eso fue hasta descubrir que quien me había convencido de ello era en realidad una robot insensible…

—El que lo convenció de ello fui yo, no Ingrid.

—Puede ser, pero a través de ella. Usted no posee el atractivo de Ingrid.

—No, es cierto. Yo debo convencerlo con la palabra, pero le advierto



que está usted en desventaja.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque lo conozco mejor de lo que se conoce usted mismo, como ya le dije. Puede hacerse el duro, pretender no estar dispuesto a colaborar y encerrarse en una rebeldía forzada si así lo prefiere, pero yo sé que al final estará dispuesto a colaborar porque lo que yo le ofrezco es lo que más anhela.

El guerrillero hace silencio.

—Las cartas están echadas sobre la mesa, Santos. Yo soy testigo de que usted está dispuesto a todo para acabar con Vidal. Lo que le ofrezco es una alternativa superadora. No es necesario ni efectivo que muera por su causa.

—Lo que quiere que haga es que viaje al pasado y asesine a Vidal antes de que éste se convierta en lo que es hoy, ¿no es así?

—No, eso no sería ni complejo ni sutil.

—Entonces va a tener que iluminarme, porque sinceramente no veo cómo podría ser de ayuda.

—Es comprensible. —El subrogante se echa hacia adelante apoyando los codos sobre el escritorio—. ¿Qué reacción tendría usted si yo le confesara que soy peronista?

—Diría que, en vez de venir del futuro, viene del pasado.

—Exactamente. —Mitos lo señala—. Ésa es la percepción histórica de debemos modificar.

XIV

Resucitar el peronismo es sin dudas una estrategia compleja y sutil. Jamás se le hubiera ocurrido, a Santos, que su misión en la vida, o al menos en una de las infinitas dimensiones que la conforman, sería convertirse en el custodio de los genes del general.



Ilustración: Pedro Bel

—Perón ha sido el gran pacificador de este país —asegura, Mitos—. Sin él, los argentinos no sabemos vivir. Retrotráigase a los últimos setenta y cinco años y haga un balance; el mío alcanza un siglo, pero prescindamos de mi tiempo, para poder razonar juntos. ¿Qué ha sido de Argentina sin Perón?

—Digamos que no le fue bien —dice, el guerrillero.

—Ha sido caos —refuerza, el subrogante—. Caos perpetuo. La sociedad no ha sabido reponerse a la muerte del general y todo ha ido en declive. Los argentinos no podemos convivir entre nosotros sin un líder que establezca las reglas. Perón es la reivindicación de Dios para con un pueblo concebido imperfecto. Porque eso es lo que somos: naturalmente imperfectos.

—¿No es esa una característica común de la humanidad?

—Sí, lo es, pero el resto de las civilizaciones aprenden de sus errores. Nosotros no. Nosotros necesitamos un guía.

—Un Perón.

—¿Quién mejor que él?

Santos sonríe y se acomoda en el asiento. —Debo confesarle que no tengo la menor idea de hacia dónde se dirige.

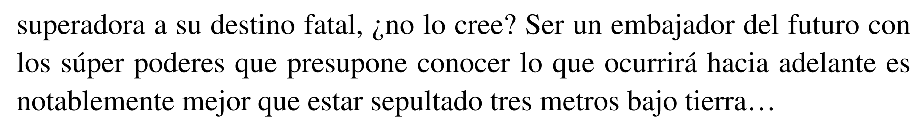
—Una cruzada diplomática intertemporal, dijimos, ¿no? Eso es lo que pretendo, generar un pequeño impacto político-social en el pasado que tenga grandes implicancias en el presente y el futuro. Un leve movimiento de timón, imperceptible para la tripulación, pero que cambie radicalmente la trayectoria de la nave.

—O sea que efectivamente debo viajar al pasado.

—Sí.

—Y no regresar…

—No, regresar no es posible, pero como le dije, es una alternativa


superadora a su destino fatal, ¿no lo cree? Ser un embajador del futuro con los súper poderes que presupone conocer lo que ocurrirá hacia adelante es notablemente mejor que estar sepultado tres metros bajo tierra…

—Un embajador del futuro…

—Sí, eso mismo.

—¿Y a qué llama usted un pequeño impacto político-social?

—A un evento puntual que por un lado sensibilice a la opinión pública y por otro nos brinde un recurso fundamental de cara al futuro. Quizás al principio le parezca una idea delirante, pero tengo mis sospechas de que será infalible.

—Delirante es haber compartido mi vida con una androide durante años sin darme cuenta… Pruébeme. Creo que a esta altura estoy preparado para escuchar cualquier cosa.

—Hay que profanar la tumba del general —dice, Mitos, y aguarda a ver la reacción del revolucionario. Santos abre los ojos con sorpresa y cierra la boca con determinación—… Y cortarle las manos.

—¿Cortarle las manos?

—Sí. Hay que sacudir la opinión pública y avivar sensibilidades; cachetear al peronismo para despertarlo. Profanar la tumba del general será una herida brutal para la clase política peronista y sus adeptos; una inyección de adrenalina.

—¿Pero eso es posible? Se supone que la cripta de Perón está custodiada…

—Santos, en la Argentina de los 80´ todo es posible. Newton puede conducirlo a principios de 1986. Conociendo el futuro inmediato, tendrá todo el tiempo del mundo para dotarse de recursos ilimitados y diagramar un plan. Es una época de transición en el país, lo que nos ofrece una gran ventaja: todo es caos. Por un precio exuberante, no tendrá problemas de encontrar a quienes hagan el trabajo por usted. No hay nada que el dinero no pueda comprar.

—¿Quién va a querer cortarle las manos a Perón?

—Quiénes, querrá decir. Se me ocurren unos cientos de agentes de inteligencia… Gente a la que le incomoda la democracia y están dispuestos a herirla por el sólo hecho de exponer su fragilidad; personajes siniestros que saben cómo salir impunes de un hecho así.

—¿Y por qué las manos?

—Porque representan un símbolo. “Las manos del hacedor…” —

Mitos se torna solemne.

—Complejo, pero no sutil… —afirma, José.

—La sutileza no radica en el método, sino en el plan. De cualquier manera, ésta no es la parte más sutil del mismo, sino lo que sigue.

—O sea que no termina ahí.

—No, ahí comienza. Como embajador del futuro, su misión incluirá la custodia de los genes del general y el apoyo indirecto al partido peronista.

El guerrillero digiere las palabras de Mitos. —Quiere que sea un operador político.

—Sí, pero desde las sombras. Algo parecido a lo que hago yo en este tiempo con la resistencia. Financiar, facilitar, influenciar… Sea el ángel invisible del partido. Guíelos en forma imperceptible. Conspire a favor del peronismo en el tiempo.

—Pero yo no tengo cualidades de político…

—¿Y yo? —El subrogante señala su envase artificial—. Yo soy un científico. Se aprende, Santos. Todo se aprende.

José se ensaliva los labios con la lengua y pestañea. —Bien, supongamos que puedo aprender, como usted dice. ¿Qué es lo que exactamente pretende hacer con la custodia de los genes?

—Es un último recurso, y lo dejaré a su criterio. Suponga que toda esta compleja estrategia intertemporal, plagada de especulaciones políticas y sociales, de repente fracasa. Yo le tengo una fe ciega, pero supongamos que fracasa. La reencarnación de un prócer político es una última carta ganadora.

—Clonar a Perón. —Santos suena parco.

—Sé que es controvertido —admite, Mitos—, pero quizás sea la última esperanza de encaminar la civilización. Dependerá de usted, y sinceramente es mi gran deseo que no tenga que utilizarlo, pero es un recurso del que no prescindiría si fuera usted. Preserve esas manos como un tesoro y planifique su trascendencia más allá de su propia existencia. Rodéese de colaboradores secretos, como yo lo he hecho. En alguien tendrá que confiar en vistas al futuro, Santos, como yo lo hago en usted.

—La forma en que me habla… —Santos se ríe—. Usted ya ha asumido que voy a hacerlo.

—Estoy bastante convencido de que así será.

—Así como así, me subo en su esfera mágica y aparezco en 1986.

—Algo así, primero tenemos que definir algunos asuntos importantes para que la trasposición intertemporal sea lo más exitosa posible. Viajar al pasado tiene sus secretos, pero yo los conozco todos.

José pierde la mirada en la playa y suspira. Luego eterniza un silencio que incomoda a Mitos.

—¿En qué piensa? —pregunta el androide.

—En mis opciones.

—Tome todo el tiempo que necesite, no tenemos ningún apuro. —Mitos se levanta y se dirige hacia la plataforma—. No son más que dos sus alternativas, de cualquier manera, por lo que no le llevará mucho. Morir o sobrevivir por la resistencia, esa es la cuestión.

Mariano Mitos desaparece en la espesura selvática y Santos queda solo en aquella pequeña isla paradisíaca. —1986… —piensa el guerrillero en voz alta. Siempre fantaseó con ser un agente del servicio secreto, pero las circunstancias de la vida conspiraron contra su destino. Terminó siendo lo opuesto: un insurgente revolucionario dispuesto a todo por lograr su cometido, como bien dice Mitos. 1986 es parte de ese todo, porque también está dispuesto a eso: dejar su presente combativo y viajar al pasado para transformar su destino y el del resto de los argentinos. Mitos habla de una misión diplomática, pero él la vive como una operación de inteligencia intertemporal. Quizás las diferencias entre uno y otro perfil sean exiguas; tal vez un embajador del futuro apenas diste de un espía en cuanto a lo funcional. Él será un espía, como siempre quiso, aunque jamás lo imaginó así. “Manuel Burgos” le gusta como pseudónimo, ya se acostumbró a cómo suena, luego de repetirlo infinidad de veces frente al espejo. Será un espía autárquico, independiente del poder y libre de limitaciones. Responderá al destino y a nadie más que éste. Mitos tiene razón cuando asevera que sus opciones no resisten análisis, pero incluso conociéndolo como él afirma conocerlo, no tiene ni idea de sus aspiraciones personales.

Por supuesto que se irá al pasado, si es verdad que esa bola plateada puede transportarlo. No hay absolutamente nada en el presente que consiga retenerlo. Su padre murió hace ya mucho tiempo y su único reemplazo afectivo desde entonces ha resultado ser un placebo artificial que respondía a algoritmos complejos. No tiene nada que pensar, aunque finja lo contrario. La vida clandestina le ha enseñado a no tomar decisiones apresuradas ni a decir que sí de inmediato. Como un perro callejero, Santos huele e inspecciona la comida que le arrojan antes de tragar. No es un síntoma de su desconfianza, sino precisamente un rasgo de su personalidad. José, después de todo, es un sobreviviente, y como tal, responde a su

instinto.

Su instinto le dice que se vaya.

XV

11 de junio de 1987. Alvear Palace Hotel. Capital Federal.

Santos permanece sentado frente a su otro yo. Está exhausto. Como supo pronosticar, acaba de culminar el interrogatorio más largo que le tocó hacer en su vida. Horas enteras de preguntas y respuestas para reconstruir un futuro alternativo del cual él también fue parte sin siquiera saberlo. 68 años en el tiempo tuvo que viajar para descubrir dos cosas: la verdad y su límite. La verdad es absurda y abrumadora; su límite es él mismo. No puede asesinar a sangre fría a su otro yo. La conciencia espía le sugiere lo contrario, pero el instinto de supervivencia ha hecho aflorar escrúpulos que hasta el momento no creía poseer. Las trampas perceptivas propias de su esquema mental conspiran para convencerlo, pero él resiste la tentación de apretar el gatillo. La salida más fácil es creer que el otro es su versión alternativa de un tiempo aparte, pero la realidad es más compleja. El otro es él y él es el otro, y ambos son parte de lo mismo: una conspiración interdimensional que excede la noción convencional del tiempo y el espacio. No existe un tiempo aparte. Existe un universo de causas y efectos en el que él es un protagonista inesperado.

José Daniel Santos Moreira, el espía, no es más que una consecuencia de José Daniel Santos Moreira, el revolucionario. Su tiempo, que lo condicionó circunstancialmente, no es una dimensión aislada en el cosmos, sino el producto de su propio accionar. Lo que él consideraba un pasado heredado no lo es. No hay casualidad. El neoperonismo de su tiempo es un daño colateral de un curso de acción obligado y ahora corregido. Aquellas manos escindidas, causantes de lo que antes fuera su presente maldito, lo tuvieron como cómplice absoluto sin siquiera sospecharlo. Ahora descubre, para su sorpresa, que no arribó al pasado para deshacerse del peronismo, sino para perfeccionar su inevitable resurrección.

Mitos estaba en lo cierto: pequeñas modificaciones circunstanciales en el eje del tiempo tienen secuelas inescrutables en el curso de la historia. Las manos de Perón, sin ir más lejos, fueron más que suficientes para cambiar drásticamente el futuro. Sólo eso alcanzó para despertar la sensibilidad del pueblo argentino de una vez y para siempre. Conservarlas, sin embargo, fue un exceso de caras consecuencias; un intento desmedido de perpetuar la conservación del poder. Prueba y error, quizás de eso se trate. Mariano Mitos también acertó al considerar que sin importar el contexto, los Santos

siguen siendo Santos y los Mitos siguen siendo Mitos. No importa cuáles ni cuántos sean los errores, quienes los cometen y luego los enmiendan fueron, son y serán siempre los mismos.

Santos se pone de pie y recorre la suite mientras piensa. Incluso luego de haber acabado con éxito su misión, no logra resistir la tentación de inspeccionar el lugar. Encuentra un portafolio repleto de dólares y supone que ése era el inmenso precio a pagar por las extremidades del general. No hará falta el desembolso. Esa plata, en cambio, puede utilizarla su otro yo para vivir cómodamente el resto de su vida. En condiciones normales no la necesitaría, porque conocer el futuro tiene un valor actual monetario que tiende a infinito, pero eso está al cambiar. Del pequeño escritorio donde descansa el portafolio recoge un bolígrafo y escribe sobre el anotador a su lado. Mira y sonríe. Siente paz de conciencia, por haber encontrado una alternativa para salvar su vida y también por haber enderezado el curso de los hechos. Su intervención en el tiempo renueva las chances de que la sociedad argentina evolucione hacia un tercer escenario que diste de los extremos. Ha garantizado el golpe de efecto necesario para sensibilizar la opinión pública y poner el peronismo en pie, pero limitando su capacidad de avanzar sobre la atrocidad de la clonación. Ha conspirado, después de todo, para formar una república. Poder y límites, de eso se trata. Y si acaso no funcionara, como sucediera anteriormente, tiene la tranquilidad de saber que los Mitos encontrarán Santos, la cantidad de veces que sean necesarias, por los tiempos de los tiempos.

—Amén —dice José y mira a Burgos, su otro e hipnotizado yo, perdido en un limbo de tonos binaurales. *Ni siquiera se va a dar cuenta,* piensa el espía y recoge el maletín. Luego se acerca y se agacha. Le apoya el portafolio en las piernas y coloca la nota en su mano derecha. Lo observa unos instantes. No hay retorno de la decisión que está a punto de tomar. El espionaje moderno en el cual se ha instruido a veces ofrece alternativas superadoras a la muerte, aunque sólo en contadas ocasiones. La gran mayoría del tiempo el diagnóstico de riesgo no depende de un individuo en sí, sino de su medio ambiente. Es fácil controlar a un testigo, pero es imposible vislumbrar todas las variables alrededor de él. El caso de Burgos, sin embargo, es particular. Nadie lo conoce en este tiempo y los pocos que han tenido contacto con él están muertos, por lo que la única amenaza cierta proviene de sí mismo, algo que para Santos es relativamente sencillo de solucionar. Las ondas binaurales son capaces, en una frecuencia adecuada, de borrar por completo la memoria del objetivo vía un virulento barrido neuronal; un terremoto cerebral altamente efectivo que garantiza el total desconcierto del sujeto en cuestión. Tal vez no sea la salida más feliz para

su otro yo, pero dadas las circunstancias, es la menos dolorosa. Incluso si el Santos guerrillero llegara a convencerse de que la intervención del espía es una instancia superadora en una compleja dinámica de evolución interdimensional, no habría lugar en la dimensión presente para albergar a dos conspiradores del futuro. Su instinto le advierte que esa no es una convivencia factible. Las personalidades del espía y el revolucionario han sido contorneadas por realidades dispares; ambas malas, pero completamente distintas. No existe una dimensión neutral de comunión. Ambos llevan mandatos contrapuestos, conspirando uno contra otro pero, paradójicamente, a favor de una misma causa. Santos, el revolucionario, debe sacrificar su memoria en aras del futuro. El agente se pregunta si en realidad ése es un sacrificio o un privilegio. Saberse un conspirador del tiempo y protagonista fundamental de aquí hacia adelante es una carga pesada que él cargará por los dos. Gira la perilla que rodea al auricular hacia el punto deseado. La frecuencia demora unas milésimas de segundo en cambiar. Las vibraciones van incrementando su ritmo e intensidad; Santos, el revolucionario, levanta las pupilas y deja caer los párpados como un reflejo inevitable al sacudón neuronal. El proceso concluye rápidamente. El guerrillero pierde el conocimiento y deja caer los párpados por completo. Perder la memoria es una experiencia extenuante. El espía recoge el dispositivo binaural y lo pliega. Luego se levanta sin perder de vista esa extraña, casi surrealista imagen de su persona. Sabe que estará bien, porque después de todo, se conoce a sí mismo. Es un sobreviviente.

El Santos espía se esfuma. Se escabulle, primero por los pasillos del hotel, luego por las calles atiborradas de la ciudad. Huye de sí mismo, de las masas y también de su pasado maldito, confía que para siempre.

El Santos revolucionario despierta. Sin saberlo, él también ha huido de su pasado. Su cabeza acusa una fuerte cefalea y mucha confusión. No reconoce el lugar ni las circunstancias. Tampoco puede recordar el origen del dinero que reposa sobre sus piernas. Apenas sabe su nombre, y no por mérito propio, sino porque en sus manos lleva una nota que le ha servido como carta de presentación: “Tu nombre es Manuel Burgos y el dinero es tuyo”.

Epílogo

Verde paz.

Parque Patricios es como José imaginaba: árboles, oxígeno y espacio, tal vez por poco tiempo, pero sólo tal vez. Ya no existen las certezas de cara al futuro. Para bien o para mal, la trayectoria de los hechos es ahora una

gratificante incógnita, al igual que su vida.

Deambula por el barrio como si fuera suyo. Así lo siente. Hay una sensación de correspondencia inevitable entre su existencia y las calles de Parque Patricios. Su memoria rebalsa de repetitivas historias acerca de cómo su padre pasaba gran parte del día fuera de su casa jugando al fútbol en un terreno baldío lindero. Todas y cada una de las tardes de su infancia, a menos que diluviara.

Hoy está soleado.

Los árboles apenas se mueven. Se escuchan los pájaros y el ruido de las hojas rozarse. La leve brisa no logra ahuyentar a los peatones, que caminan bajo el abrigo de un sol otoñal brillante y benévolo. Clima ideal para jugar fútbol.

José encuentra el camino. No precisa de ninguna sofisticación para hallar el domicilio de sus abuelos, sino apenas hurgar en la memoria y recordar aquella dirección tantas veces escuchada. Con eso alcanza. El resto es perderse y encontrarse; cruzar el barrio de punta a punta y trazar un recorrido aleatorio hasta que la suerte lo intercepte en una esquina. No tiene nada mejor que hacer.

Es cuestión de tiempo hasta que el azar y él convergen; justo lo que le sobra. A partir de allí, tres cuadras hacia la derecha para dar con la fachada de un hogar que nunca antes había visto en persona, pero que reconoce por fotos. Allí comenzó su historia, su ascendencia. Si no fuera por esas cuatro paredes bien constituidas, Argentina estaría dirigiéndose hacia la extinción, por una u otra vía.

Se escuchan pelotazos contra la pared, gritos y risas. Justo al lado, unos pasos hacia la izquierda, la cuadra sufre un notable accidente: un cráter de enormes dimensiones surca el mapa urbano y delimita un espacio ilegítimamente apropiado por la comunidad vecinal infantil. Para cualquiera, un terreno baldío; para los niños, un oasis futbolístico. Para él, el famoso potrero del que tanto escuchó en su juventud.

Su precariedad es verdaderamente emocionante. Es una extensión de tierra irregular, pisoteada y desprovista de todo verde, donde rueda una pelota en el vano intento de escapar de una horda de niños ávidos por patearla. Con más entusiasmo que técnica, los infantes se aglutinan y pujan por lograr la posesión del balón. Arremeten, gimen y patean. Uno de ellos, quizás el más aguerrido, logra huir del tumulto con la pelota en los pies y abrirse camino hacia el objetivo delimitado en la pared con trazos de tiza. Corre hacia el arco dibujado, que es custodiado por un arquero receloso y motivado por el desafío. En el barrio le dicen mano a mano, aunque en

realidad sea un mano a pie. Son instantes agónicos, desesperados, que pesan sobre la psiquis del delantero de modo insospechado. Es mucha la responsabilidad del gol, una carga difícil de llevar por un solo jugador. El arquero lo sabe, puede leerlo en la expresión de espanto de su contrincante. Sale a cerrar el ángulo con los brazos extendidos hacia los costados. El portador del balón siente la asfixia repentina y decide quemar las naves; baja la cabeza e intenta el impacto, pero falla. Embiste la pelota muy abajo y ésta se eleva muy por encima del improvisado travesaño. Otra vez el estruendo contra la pared y un rebote de trayectoria dudosamente aleatoria. Tal vez no existan las casualidades en el universo. Quizás la pelota busque al jugador, así como el destino a su protagonista. El esférico rueda y sale de los límites imaginarios del campo de juego, siguiendo un recorrido magnético e inevitable. José la detiene con su pie. La acaricia con la suela de su zapato, hacia atrás y hacia adelante, y luego la levanta de un leve puntapié. Pie, pie, rodilla, rodilla, pie y manos, para finalmente sujetarla.

—Señor —escucha—, esa pelota es mía.

Un mocoso insolente con cara de pocos amigos y mirada desafiante lo enfrenta sin vacilar. José hace girar la pelota en sus manos hasta dar con el rótulo buscado. En color negro indeleble, el cuero acusa el título de propiedad: “Santos Moreira”. El espía sonríe y levanta la vista. Aquellos ojos atrevidos no están presos de ningún extravío; son dos esferas libres que provocan a voluntad, estimulando una reconfortante reminiscencia. Ya no tiene que seguir buscando en los ojos de un anciano maltrecho. Su padre está ahí, mirándolo y también exigiéndole, como de costumbre.

—La pelota, señor. Es mía.

José se agacha y se la ofrece: —¿Puedo quedarme a ver el partido?

—Haga lo que quiera —contesta el niño, que patea hacia el centro y retorna al partido de inmediato.

El agente vuelve a erguirse. No recuerda la última vez que una sonrisa le duró tanto tiempo en el rostro. No se la puede quitar. Tampoco quiere. Las palabras de su padre denotan la inocencia típica de un imberbe: que haga lo que quiera. Ojala pudiera. En la Argentina que él conoce, por lo general, uno hace lo que puede.

Marcelo Artal nació en 1979 en Rosario, Argentina. Es magíster en finanzas de la UTDT y especialista en economía y mercados de capitales. Residió durante 6 años en Capital Federal y otros 7 en Ginebra, Suiza, donde se especializó en trading de derivados financieros en el sector privado internacional. Repatriado en 2015, actualmente reside en Rosario y es portfolio manager en una empresa del sector financiero. Además de

artículos de tema económico publicados en El Cronista Comercial, ha publicado el cuento "Anoche fue hace un rato" (Ed. Letra Turbia) y el microrrelato "Vérsela más grande", y en su blog http://www.laletraindomita.com publica críticas literarias, cinematográficas y columnas de opinión.

Lo que mueve al cuerpo

Arturo Serrano

COLOMBIA

Desde que cruzábamos la puerta de una clínica yo sabía que me tocaba quedarme callado. Mi mamá se presentaba con el celador, con la recepcionista, con la gente de geriatría; y yo no tenía permiso de explicarles que mi mamá no se llamaba así, que por hacer eso mismo nos habían echado de otras clínicas, y que la señora que íbamos a visitar nunca era mi abuela.

Yo la había dejado de acompañar un mes porque me mandaron ir a clases remediales, pero el mismo día que se acabaron mi mamá me recogió del colegio, me agarró del brazo y no me lo soltó hasta que pasamos por la recepción de otra clínica, subimos seis pisos y llegamos a la cafetería donde pasaban las tardes los viejos. Durante el camino estuve tan pendiente de caminar rápido para que no me torciera el brazo que solo cuando estuve parado en esa cafetería me di cuenta del bulto que mi mamá llevaba en el bolso.

—¿A quién le vas a mostrar el álbum? —pregunté con fastidio.

—Es esa que está allá —me susurró, y señaló una mesa donde estaba sola una mujer arrugadísima, que parecía enojada con su puré de papas porque no quería caber entero en su cuchara.

—¿Otra?

—Ya no me dejan ir al hogar de reposo. Luego te explico qué pasó —pero yo no recordaba un hogar de reposo; quizás eso había pasado durante el mes que no la acompañé a las visitas. El último lugar al que habíamos ido juntos era una fundación de caridad donde mi mamá mostró una carta de presentación escrita por ella misma, que decía que éramos voluntarios de algo. Esa vez no alcanzamos a hablar ni dos minutos con la anciana porque una secretaria se puso a verificar los teléfonos y nos mandó sacar.

—¿Aquí qué les dijiste? —acabábamos de entrar, pero yo no había prestado atención a cuál fue la excusa.

—Aquí somos parientes —y me llevó hasta la mesa con una decisión que no admitía más preguntas. Se detuvo a un par de pasos de la señora y sacó del bolso la carpeta que llevaba escondida. Era el momento en que había que tener cuidado, porque no siempre sabíamos si ya tenían toda la

cabeza desocupada. Si les quedaba algo de memoria, mi abuela no iba a aparecer.

Con un movimiento delicado, que ya la había visto practicar en suficientes ancianatos y hospitales y hasta en un convento, mi mamá apartó el plato de puré e inclinó la cabeza de manera que la atención de la señora se desplazara hacia esa sonrisa tan bien ensayada. Por la espalda me pasó el plato, que puse en otra mesa. La señora quería seguir discutiendo con su cuchara, que mi mamá no perdió tiempo en retirar también. Cuando calculó que ya se le había olvidado el puré, procedió a sentarse, sin retirarle la vista, que la señora le sostenía sin entender nada, y por debajo de la mesa abrió la carpeta y sacó el álbum con tapas de cuero que siempre llevábamos.

Giró el álbum de manera que al abrirlo quedara a la vista de la señora y se lo puso en las manos. Y esperó.

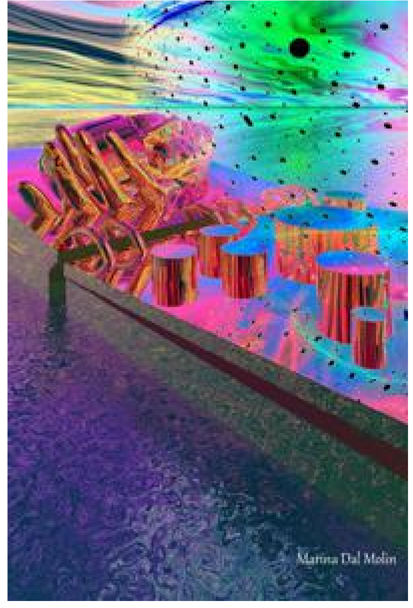


Ilustración: Marina Dal Molin

Era la colección de monedas de mi abuela, armada a pedazos con lo que traía de sus viajes. La había empezado ya viuda y jubilada, y nunca había sido un pasatiempo muy importante. Pero eso fue antes de que se enfermara. Cuando dejó de hablar y de vestirse sola, no quiso separarse de ese álbum. En especial su última semana estuvo ordenando y reordenando esas monedas, como si tuviera alguna obligación urgente que cumplir, hasta que el cerebro ya no le dio para más y quedó quieta en una silla del comedor, con los ojos fijos en las hojas laminadas, hasta que nos dimos cuenta de que no respiraba.

Así parecía esta señora, que estaba examinando la colección hoja por hoja. Cuando acabó el álbum, mi mamá esperó un rato más. Parecía que estaba reaccionando bien. Mi mamá dejó la postura tensa que tenía, respiró con alivio y empezó a hablar en confianza.

—Hola, mamá. Soy yo, Matilde —ese sí era su nombre.

Siempre que terminaban de mirar el álbum miraban a mi mamá confundidas, como si se acabaran de despertar. Pero ese estado duraba poco. La señora se devolvió unas hojas, cambió de posición dos monedas y me miró a mí. Mi mamá me dio un codazo.

—Saluda, Justino.

Las dos se quedaron mirándome. Yo odiaba esa parte. Odiaba tener que hablar con ancianas desconocidas y fingir que cada una de ellas era mi abuela. Conmigo hablaban poco, pero las cosas que decían eran incómodas.

—No has venido a verme —dijo en una voz pequeña, como lejana. Mi mamá me dio otro codazo para que dijera algo, pero viendo que a mí no se me ocurría nada, respondió:

—Tuvo que asistir a clases remediales.

—Sí, sí, sí —dijo la señora, acomodando otra lámina—. Porque se copió en el examen.

La miré con susto y se me salió una pregunta:

—¿Eso cómo lo sabe? —y en voz más baja, a mi mamá—: Eso fue el mes pasado.

—Pues ese tiempo hace que no consigo hablar con ella —se apresuró a decirme.

—Igual, ¿qué provecho le hace verme, si luego se olvida de que me vio?

Mi mamá me ignoró y siguió hablando:

—¿Te acuerdas de tu amiga Beatriz? —la señora siguió mirando hoja tras hoja hasta que dijo que sí—. Anteayer se casó otra vez. Me envió las fotos. ¿Las quieres ver? —dijo que sí otra vez, y con cada imagen que mi mamá le mostraba, se lanzaba sobre el álbum a cambiar de posición unas monedas con otras, a veces redistribuyendo páginas enteras. Señaló una cara en una foto, miró el álbum y luego a mi mamá:

—¿Este no es el señor Aguilera?

—Sí, ya se quedó sin pelo —otro cambio de monedas—. El año pasado se divorció, ¿no te dije? —otro cambio más—. Y ahora imagínate que Beatriz me lo quiere recomendar —mi mamá agregó riéndose. Hubo un

nuevo movimiento de monedas, y la señora se rio un momento después que mi mamá.

Yo no quería seguir oyendo la conversación, pero tampoco me sentía capaz de irme. Por costumbre miré a los enfermeros, que a veces nos vigilaban de más. Todavía nadie había visto el plato de puré sin acabar. Pasé la vista por el reloj de la pared y el tablero del menú y las bandejas de la cocina y me espanté cuando vi salir del consultorio de nutrición a una doctora a la que le habíamos mentido hacía tres meses en alguna otra parte.

Volví la cara enseguida para mirar a mi mamá, pero temí que ya estábamos descubiertos. Me pareció oír que alguien pasaba por detrás de mí con prisa, y luego se cerró una puerta. Quise mirar si había doctores cerca hablando de nosotros, pero me daba miedo que ese gesto nos pudiera delatar sin necesidad. Me atormentaba no saber si ya nos habían visto, y que si estábamos a salvo mi cara de temor pudiera llamar la atención. La idea me mantuvo paralizado y no supe cuándo apareció un celador junto a mi mamá.

—Señora, tiene que acabar la visita.

Mi mamá no pareció molesta. Las primeras veces que eso nos pasó sí quiso insistir en decir unas cosas más, pero luego de que averiguó cómo ubicar a pacientes con Alzheimer dejó de protestar. Decía que siempre podía continuar la conversación en otra parte.

—Mamá, yo siempre te extraño mucho.

Esperó a que la señora volteara una moneda y la pusiera de nuevo en su lámina, y cerró el álbum de golpe. Ahora teníamos enfrente a una mujer en blanco, como estaba cuando llegamos.

El celador metió a mi mamá en una sala y me dijo a mí que lo siguiera hasta una oficina en un piso más arriba. Eso no había pasado antes. Quise preguntarle a mi mamá, pero lo que vi de su cara antes de que el celador cerrara la puerta fue una tranquilidad que me preocupó. Me dejé llevar a una oficina con un letrero que decía Seguridad y me senté porque estaba demasiado asustado para decir que no. Estuve solo como diez minutos hasta que entró gente con bata y gente sin bata y nadie me dijo quién era quién.

—¿Tú cuántos años tienes? —dijo alguien que tenía un traje negro y un radio en el cinturón.

—Catorce.

Una mujer se sentó en la silla que estaba detrás del escritorio y pensó con cara de mucho esfuerzo por un rato antes de preguntarme:

—¿Tú eres consciente de lo que está haciendo tu mamá?

—Sí.

—Yo no creo. Tengo una doctora que reconoció a tu mamá de otro sitio donde contó la misma historia, y cuando los llamamos nos dijeron que los hijos de una paciente ya la habían denunciado. En apenas esta última, ¿qué, media hora?, nos han hablado de todas partes sobre tu mamá y las cosas que se ha inventado para meterse a donde están los pacientes. Nosotros ya llamamos a la policía. ¿Tú sabes lo que le puede pasar a tu mamá?

—A mi mamá le preocupa que no pueda hablar con mi abuela.

La mujer del escritorio apretó las manos, como obligándose a no pegarme.

—La paciente que vinieron a visitar no es tu abuela. A ella nadie la visita.

—Yo sé.

Eso le encendió más los ojos.

—Mira, lo que está haciendo tu mamá es muy grave. Yo quiero que tú lo entiendas. Aquí estamos hablando de… de suplantación de identidad… falsificación de documentos, quién sabe que más, y por lo que me están diciendo ha sido muchas veces. ¿Ella siempre te trae a ti para eso?

—Sí, siempre que puede.

—¿Tú me puedes explicar para qué tu mamá se mete a hablar con pacientes que no conoce? ¡Y encima de eso pacientes con Alzheimer! ¿Qué es lo que quiere?

Pensé decirle que no me iba a creer nada, pero hacía tiempo que quería la oportunidad de desahogarme y, si iba a venir la policía, tenían que saber que mi mamá no estaba intentando nada malo.

—¿Ustedes vieron el álbum que ella carga? —uno de los que llevaban bata dijo que sí—. Mi mamá cree que mi abuela está en ese álbum.

—¿Qué, como el fantasma de tu abuela?

—No, el cerebro.

Todos se quedaron mirándome y seguí:

—A mi abuela también le dio el Alzheimer. Pero ella se entretenía con la colección de monedas. Hasta puede que valgan algo, porque son muchísimas. Ustedes vieron que el álbum es grande.

—¿Ese álbum qué tiene que ver con lo que está haciendo tu mamá?

—Ella dice que es la memoria de mi abuela.

—Pues obviamente es una reliquia de la familia, ¿pero eso qué…

—No, una memoria, una memoria como un disco duro.

—¿Tú de qué estás hablando?



Ilustración: Marina Dal Molin

—Mi mamá dice que mi abuela guardó sus recuerdos en el patrón con que están ordenadas las monedas. En qué página está cada una, qué otras monedas tiene al lado, qué cara están mostrando, todo eso es como un código donde está la mente de mi abuela. Es como si usted tuviera una tabla con todas las preguntas que le pueden hacer y todas las cosas que usted sabe y puede contestar. Mi mamá cree que, si con eso se puede tener una conversación, es lo mismo que estar hablando con mi abuela. Por eso se dedica a buscar señoras que ya no tengan memoria, para que lean el álbum, porque ella cree que así puede seguir hablando con mi abuela.

Todos estuvieron callados, como juzgando si debían tomarme en serio. Uno de los que tenían bata dijo:

—No sé si es peor que tu mamá esté trastornada o que tenga razón. Porque en ningún caso tiene derecho a hacer lo que está haciendo.

Llamaron a la puerta para avisar que había llegado la policía. Todos bajamos a buscar a mi mamá y cuando abrieron la puerta de esa sala se me cayó el estómago al piso. Tenía la vista vacía y murmuraba incoherencias, e hicieron falta cuatro camilleros para obligarla a ponerse de pie. En el suelo, abierto en la última hoja, estaba el álbum. Nadie de la clínica ni de la policía se molestó en recogerlo mientras se llevaban a mi mamá.

Si acaso es verdad que el alma mueve al cuerpo, el alma de mi abuela está en ese álbum, y las cosas que están registradas en él aguardan a quien les sepa hacer preguntas. Es una conversación que mi mamá quiso tener con otras mujeres, pero al final decidió continuarla en su propia cabeza. No sé si logró dejar algo de sí misma en la colección, algún mensaje para mí. Algo tendría que haber dejado para mí antes de encerrarse en su cabeza para siempre.

Voy a empezar a leer.

Arturo Serrano nació en Barranquilla, pero vive en Bogotá. Fue premiado entre los 35 ganadores del Tercer Concurso Nacional de Cuento de RCN y el Ministerio de Educación de Colombia en 2009. Ocupó el tercer lugar en la categoría Novela del Concurso Barranquilla Capital Americana de la Cultura en 2013. Es autor de la novela *Ignoramus*. En 2017 su cuento "En el Vacío No Hay Eco" apareció en la antología *Cronómetros para el Fin de los Tiempos*. Sus textos han sido publicados en las revistas digitales *Antimatter* y *Hypable*.

1256

Julián Reyna

 **COLOMBIA**

Para Diva, Maravilla.

Fremen despertó sin saber en dónde se encontraba. La noche anterior —si es que no habían pasado más días—, una patrulla de la Compañía irrumpió en su multibloque, lo tiraron al suelo y le inyectaron un líquido amarillo viscoso en una de sus nalgas. Quiso gritar y explicarles que cometían un error. Antes de eso, su boca se hizo puré ahogando las palabras en saliva.

Tendido en una litera, desnudo, su primer impulso fue recogerse contra la pared y soltar un grito. *Dónde diablos se encontraba*. Una habitación rectangular de paredes metálicas. Una silla y una terminal de conexión. Al fondo, una puerta deslizable. Un leve temblor lo invadió con la certeza de su encierro.

Algo había salido mal. Su mujer se encargaba del balance mensual y le informaba si debían comprar otra holopantalla, cambiar la turbolavadora o invertir en una terminal de última generación para mantener el gasto mensual por encima de la cuota. Antes de despedirse con un beso que a Fremen le pareció frío y distante —pero no fuera de lo cotidiano—, Margaret le informó que se dirigía a la megaestructura comercial. Acababan de elevar los precios y no podían desaprovecharlo.

Se levantó y se dirigió a la puerta deslizable. Sobre el marco una luz verde parpadeó y la puerta se abrió enseguida. El brillo del sol lo cegó obligándolo a retroceder. Frente a él, un pasillo angosto de color blanco y más adelante, separado por un ventanal translúcido, el vacío. Las piernas se le aflojaron y estuvo a punto de tirarse para atrás. Entre el velo de nubes divisó múltiples manchones de lo que solo podían ser árboles, formas difusas que cubrían el suelo hasta solaparse con el horizonte. Quedó sorprendido. Aunque la altura lo impresionó su atención se fijó en la vegetación. En las ciudadelas los árboles habían desaparecido a medida que los multibloques se configuraban invadiendo el espacio disponible. Solo en los más costosos se podía disfrutar de cubículos con jardines privados o

parques públicos.

Se asomó a uno y otro lado del pasillo. Este se alargaba combándose en los extremos. A unos metros de él, un individuo observaba por el ventanal.

—Es bueno ver otro rostro —dijo el desconocido sin mirarlo. Sonreía. Llevaba un pantalón de sudadera, el torso desnudo, descalzo.

Fremen retrocedió volviendo a su habitación. Seguía desnudo. En la pared frente a la terminal encontró un compartimiento con ropa. Un pantalón y una chaqueta de sudadera, un par de tenis. Se vistió y regresó al pasillo. Al llegar al punto donde había visto al desconocido leyó con aprensión el número *1257* grabado en la puerta. *Debe ser su habitación*, pensó. Continuó caminando, pegado a la pared, hasta dar toda la vuelta. *Así que soy 1256*. Se quedó allí, mirando su puerta, dándole la espalda al vacío y al mar de nubes que rodeaba la estructura, una torre que sobresalía de la vegetación y se erguía más arriba de las nubes, mucho más que los multibloques donde Fremen había vivido, o cualquier otra megaestructura de las ciudadelas.

—Nos vemos de nuevo —dijo el desconocido.

La voz lo hizo saltar. Se giró para enfrentarlo. Tenía el cabello largo y sucio, formando mechones que le cubrían parte de la cara.

—Me llamo Fremen —se apresuró a decir.

—1257 —dijo el desconocido. Soltó una carcajada y le estrechó la mano—. Somos compañeros de piso —Señaló con el pulgar la habitación a sus espaldas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Fremen con voz entrecortada.

—Quién puede saberlo —dijo 1257 alzando los hombros.

—Cuánto tiempo…

—Unos meses, tal vez más —1257 miró hacia afuera—, perdí la cuenta.

—¿Estamos encerrados?

—Podría decirse que sí —dio unos pasos acercándose al ventanal.

Fremen se quedó en el mismo sitio, sin moverse. El vació frente a él le producía pavor.

—No te preocupes —1257 le dio unos golpecitos al ventanal—, ya se te pasará. Por lo pronto vamos a tu habitación. Mi despensa está vacía.

Caminó hasta la puerta de Fremen. Esta no se abrió.

—¡Muévete, amigo, no sabes el tiempo que llevo sin comer!

Fremen se acercó a la puerta. La luz verde superior parpadeó. 1257 saltó al interior y junto al compartimiento de ropa presionó un recuadro del tamaño de su mano. Murmuró “despensa”. El recuadro parpadeó con luz roja. 1257 soltó una palabrota.

—Amigo, te necesito.



Ilustración: Pedro Bel

Fremen repitió las mismas acciones que 1257. Al instante se escuchó un sonido de compartimientos deslizándose. Se abrió un espacio rectangular frente a él. 1257 lo apartó y tomó uno de los paquetes de color blanco que se apilaban en un costado. Sacó el polvo, lo colocó en un plato hondo y lo mezcló con agua de un dispensador. Finalmente lo pasó por el proteinizador y se dejó caer al suelo con el plato entre las manos.

—Esto me sabía a mierda hace unos días —1257 masticó y se llevó otra cucharada a la boca—. Ahora podría comerlo hasta vomitar y tragarme todo de nuevo.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó Fremen desde la entrada de la despensa. 1257 comía con avidez.

—Igual que tú, supongo —1257 lo señaló con la cuchara—. Me quedé sin trabajo y mi crédito se evaporó —tosió llevándose la mano a la boca—. Llevaba varios días escondiéndome de las patrullas. Me cansé de esa mierda. Me metí en el primer bar que encontré y bebí sin parar hasta que me pasaron la cuenta —se tocó la nariz repasando el lugar donde la tenía torcida—. Lo último que recuerdo es estar tirado en la calle y luego ¡plaf!, aquí estoy, la vista de lujo pero termina uno por aburrirse.

—No sé qué sucedió —Fremen bajó el rostro—. Hasta el día de ayer las patrullas no me preocupaban. Pago mis facturas a tiempo, mi crédito está por encima de la media —se pasó la mano por los ojos—, debe ser un error, tiene que ser eso, a menos que…

—¿Qué?

—Mi mujer, Margaret, ella se encarga de los gastos, vigila que cumplamos con la cuota.

—¡Ohhhh, amigo, la maldita zorra te vendió! —1257 gritó y la comida saltó de su boca. Reía atragantándose, contento con lo que decía Fremen. Lo señaló de nuevo con la cuchara—. Eso te pasa por confiar en tu mujer.

—No, no, no es más que un error —Fremen intentó sonreír—, lo puedo arreglar fácilmente si me comunico con alguien de la Compañía.

1257 dejó de reír.

—No te hagas ilusiones, amigo, no hay forma de salir o comunicarse con el exterior —volvió a su plato de comida.

—¿Probaste con la terminal?

—Fue lo primero que hice. Me sacó varias veces y al final la volví pedazos.

—¿Te sacó?

—Me pidió mi ID para entrar al sistema.

—¿Probaste con tu nombre?

—Claro que sí, amigo, no soy tan estúpido.

Fremen le dio la espalda y se acercó a la terminal.

>>Identificación:

—“Fremen Campbell”

>>Comando de voz inválido. Identificación:

—“Residente Multibloque 221, megaestructura 522”

>> Comando de voz inválido. Identificación:

—¿Dijiste que probaste con tu nombre?

—Amigo, ¿acaso estás sordo? —1257 alzó la voz.

Fremen continuó.

—“1256”.

>> Comando de voz inválido. Identificación:

Estuvo a punto de golpear la terminal.

—Tenías razón, esto no sirve.

—Te lo dije, estamos jodidos —1257 salió de la despensa y se colocó detrás de Fremen.

>>Identificación:

El comando tintineó en la pantalla.

—Cero, somos un puto cero —dijo 1257 señalando la pantalla.

>>Comando valido, cargando el sistema.

Fremen saltó de la silla.

—¡Funcionó!

—¿Un puto cero? —dijo 1257 sorprendido.

—¡Cero, cero, ese es el comando!

>>Bienvenido 1256. Se procederán a cargar los programas de educación y trabajo en aislamiento. ¿Desea empezar ahora mismo?

—No, déjalo para después. ¿Dónde me encuentro?

>>Unidad Autónoma de Aislamiento para Individuos Sin Crédito —respondió el sistema.

—Eeeehhh, sí, pero… ¿Exactamente dónde?

>>Información desconocida.

Fremen miró a 1257. Este sonreía.

—Deja de perder el tiempo. Esa máquina no te va a resolver la vida.

—No quiero esperar a quedarme sin alimento para decidir qué hacer —giró el rostro de nuevo hacia la terminal—. Comunícame con la Compañía.

>>Comando de voz inválido.

—Maldita máquina…

>>Comando de voz inválido.

—¡Sistema Off! —gritó Fremen. Se dejó caer sobre la silla.

—Te lo dije, amigo, estamos jodidos —1257 le palmeó el hombro—. Voy a dormir un rato.

Al llegar a la puerta se detuvo. Fremen caminó hasta allí.

—Te veo en la noche —dijo 1257 y le giñó un ojo.

Fremen pasó frente a la terminal y se tiró en la litera. Se sentía frustrado y 1257 no le era de mucha ayuda. *Sí las cosas siguen así…*, se dijo Fremen. Cerró los ojos pensando en su mujer. Se giró hacia la pared. *No estábamos tan mal*, pensó. Las luces se apagaron cuando su cuerpo se relajó lo suficiente para dormir.

Los golpes de 1257 lo despertaron.

—¡Apúrate, amigo, tengo que mostrarte algo!

La habitación permanecía en penumbra salvo por una luz blanquecina sobre la puerta. Al salir no encontró a 1257. Se detuvo varias veces dejando que sus ojos vagaran en la oscuridad que rodeaba el ventanal. Cientos de puntos de luz brillaban en el firmamento, solitarios como faros minúsculos y distantes, o formando nubes de gas difusas y resplandecientes. *Cómo brillan*, pensó asombrado. *Y este silencio… en la ciudadela todo es tan…* interrumpió su cavilar. Se encontró a 1257 en el suelo, las rodillas recogidas, la espalda contra el muro interior.

—Mira —1257 señaló un panel sobre su cabeza—. Lo acabo de descubrir.

Fremen se acercó. En el panel se veía un recuadro negro, nada más.

—Ya intenté de todo y esta maldita cosa no funciona —1257 se paró junto a Fremen.

Se colocaron a la altura del panel. Al momento se dispararon varios flashes de luz roja que los cogieron por sorpresa. Fremen se tiró hacia atrás y 1257 a un lado.

>>Escaneo completo —la frase se proyectó en el recuadro.

En el suelo y sobándose un codo, Fremen supo de qué se trataba. 1257 soltó una carcajada que resonó por el pasillo. Justo en el medio del panel se dibujó una línea que se proyectó hacia arriba y hacia abajo, seguida de un sonido neumático. Se formaron dos compuertas que al instante se deslizaron. Dentro parpadeó una luz blanquecina.

—¿Pero… y esto qué es? —dijo 1257.

—Un salón… —Fremen titubeó—, un salón de ejercicios.

—Eso lo puedo ver, 1256, lo que no entiendo es qué diablos hace todo esto acá.

Fremen se sintió extraño. No le gustó que lo llamara “1256” y mucho menos sentirse identificado.

—Estamos recluidos, ¿no? —Fremen miró a 1257—, si vamos a permanecer encerrados es normal que… —se calló antes de terminar—. Si ayuda en algo, me esperaba otra cosa.

—Están jugando con nosotros —dijo 1257 con los puños apretados—, los malditos están jugando con nosotros —Sus ojos brillaron con una capa translúcida de humedad.

Esta por reventar, pensó Fremen. Se levantó y le tendió una mano a 1257; este chasqueó con la lengua sobre el paladar y le apartó la mano. Con

la luz artificial se veía más delgado, las costillas formando promontorios bajo la piel. Entraron al salón y luego de observar una a una las máquinas terminaron por probarlas. 1257 caminaba en una esfera que le permitía cambiar de dirección como si se desplazara en un lugar abierto. Llevaba un visor y parecía disfrutarlo.

—amigo, tienes que ver esto, se siente muy real.

—Esto no se queda atrás —dijo Fremen. Sobre una camilla, cinco brazos robot le daban un masaje en la espalda con movimientos rápidos y precisos.

1257 dejó de caminar.

—En unos días esto no será más que una distracción inútil. Tenemos que salir de aquí, amigo, o pronto vas a saber lo que es pasar hambre y estar encerrado.

Fremen no respondió. Las despensas tenían que ser surtidas de alguna manera. La clave estaba allí, en el cuarto multifuncional, esperando a que él la descubriera.

—Creo que tengo una idea —dijo Fremen.

—Eso es bueno, amigo, necesitamos más de eso —1257 se bajó de la esfera.

—Tenemos que hacer creer al sistema que vamos a ejecutar los programas de trabajo.

—No pienso perder el tiempo con eso —dijo 1257—, además mi terminal está hecha pedazos.

—Ya veremos cómo lo resolvemos.

Fremen cerró los ojos y dejó que la sensación de placer que le producía el masaje lo inundara. No estaba mal relajarse después de tanta zozobra. Antes de eso se había fijado en el tamaño de la unidad de masajes, un bloque de metal donde se articulaban los brazos robóticos y que cubría con precisión una de las losas plásticas del suelo.

Al volver a su habitación y después de comer con 1257, en vez de acostarse, probó otra combinación en el panel. “Baño”, murmuró. El espacio se configuró y al desplazarse la pared, un baño pequeño pero totalmente funcional apareció frente a él. Después de asearse y vestirse activó la terminal. Esta presentó tres opciones:

>>Capacitación general sobre las instalaciones y programas asociados.

>>Trabajos en aislamiento.

>>Educación en aislamiento.

La primera duraba cuarenta minutos. La segunda y tercera, estaban desactivadas. Inició con la capacitación. Cuando terminó confirmó lo que ya sabía: las instalaciones parecían inexpugnables y su localización era incierta. Además de la despensa y el baño, el cuarto multifuncional servía también como aula de educación y zona de trabajos virtual. Para recibir alimentos debía trabajar, realizar ejercicio físico y llevar una conducta aceptable. Las instalaciones funcionaban de forma autónoma, producían su propia energía y el manejo de residuos se autogestionaba internamente. En cuanto a los programas de educación, se referían a la reinserción en comunidad con títulos como "la economía se fortalece a través del consumo" o "la felicidad al alcance de su mano", y una que le pareció mucho más sugerente que las otras: "consumo, luego existo". Esto no le decía nada nuevo, desde pequeño había recibido este tipo de educación y más bien lo exasperaba. *Soy un ciudadano ejemplar, pagó mis facturas y cumplo con mi cuota de consumo. Me parto el alma trabajando para encajar.* Corrieron lágrimas por sus ojos pero en vez de sentirse triste la rabia lo inundó. Se levantó y se fue en busca de 1257.

—¿Qué es lo que quieres, 1256? —dijo 1257 cuando la puerta se deslizó—. Déjame dormir, lo que sea puede esperar hasta mañana.

—No me llames así.

1257 se dio la vuelta para volver a su litera. Fremen se coló en la habitación y la puerta se cerró. Se tapó la nariz. Paquetes de comida y residuos malolientes cubrían el suelo. La ropa de 1257 estaba tirada en cualquier lado. *No quiero llegar a este punto*, se dijo. La terminal estaba hecha pedazos en el suelo, tal como le había dicho 1257.

—¿No nos obligan a limpiar? —le preguntó.

—Ya puedes empezar si no te gusta.

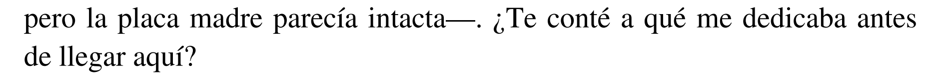
—Lo que quiero saber es si recibes algún tipo de notificación o disminuyen tus raciones —se acercó a la terminal y agachándose rebuscó entre sus partes.

—Amigo, me enviaron otra terminal por el multifuncional y la estrellé contra el ventanal, así que no sé de qué hablas —1257 se sentó en la litera recostándose contra la pared—. Eso sí, lo que quedaba de la terminal de repuesto desapareció.

—Deben tener bots para los mantenimientos.

—Eres una lumbrera, 1256 —1257 le sonrió. Se veía triste.

—Ya te dije que no me llames así —Fremen rebuscó entre las placas de la unidad y los circuitos de acoplamiento, algunos se veían estropeados



pero la placa madre parecía intacta—. ¿Te conté a qué me dedicaba antes de llegar aquí?

—No tuve el placer —1257 bostezó.

Fremen tomó la placa madre y se dirigió a la salida.

—Espera, amigo, ¿qué vas a hacer con eso? —lo alcanzó y al abrirse la puerta lo siguió.

Entraron a la habitación de Fremen y mientras este desarmaba la terminal 1257 lo observaba. Fremen conectó la placa madre sobrante he inició el sistema. Como supuso, se generó un error cíclico, un bucle que obligó a la terminal a reiniciarse varias veces. Por último se ejecutó un programa de depuración.

—Me estoy empezando a aburrir —dijo 1257—. ¿Se supone que vas a lograr algo con eso?

—Se supone —Fremen continuó mirando la pantalla sin pestañear.

—Pero todavía no sabes qué, ¿cierto?

—Cierto.

De pronto la terminal se apagó al igual que las luces y los demás sistemas.

—¡Tenemos menos de diez minutos! —dijo Fremen.

1257 lo miró sin comprender.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Querías salir, ¿no?, empieza a correr y ayúdame con la puerta.

Ambos tiraron de la puerta hasta que se abrió lo suficiente para que pasaran. Corrieron hasta el salón de ejercicios.

—¡Empuja con todas tus fuerzas! —gritó Fremen.

Desplazaron la unidad de masajes lo suficiente para que en el suelo quedara un recuadro del mismo tamaño que la unidad. En uno de los ángulos, un compartimiento disimulado. Fremen levantó la protección utilizando una cuchara y luego digitó uno de los códigos que emitió la terminal en el programa de depuración antes de apagarse.

—¡Oh oh oh! —soltó 1257 excitado, señalaba el recuadro y no paraba de moverse—. ¡Eres brillante, amigo!

El panel se deslizó dejando ver una palanca. Fremen tiró de esta y en seguida el recuadro en el suelo comenzó a elevarse. Un ascensor de emergencia se posicionó frente a ellos.

—No sé cómo diablos lo lograste, 1256, pero te estoy mortalmente agradecido.

—Todavía no salimos.

—Tenemos una posibilidad —dijo 1257 y se metió en el ascensor. Fremen hizo lo mismo.

Un minuto después el ascensor seguía en su sitio. Desde donde estaban podían ver cómo la oscuridad se retraía en el ventanal. Amanecía.

—No pasa nada —dijo 1257 palmeando las paredes.

—El programa de depuración debe rein… —Fremen no terminó la frase. El ascensor inició el descenso.

—Voy a estar en deuda contigo el resto de mi vida.

—Comienza por no llamarme 1256.

—De acuerdo, 1256 —1257 lo saludó de forma militar.

Fremen intentó sonreír. El ascensor continuó descendiendo.

—El sistema no sabe que escapamos —dijo Fremen—. Abajo puede ser distinto, sensores de movimiento o bots de contención, guardias armados, cualquier otra cosa dispuesta a impedirnos la salida.

—Cualquier otra cosa es mejor que seguir encerrado —1257 apretó los puños—. Pero debiste avisarme, amigo, no llevamos nada encima.

Tenía razón. Ambos iban descalzos y 1257 llevaba solo el pantalón.

El sonido del ascensor disminuyó al tiempo que se detenía. Un salón con equipo médico, camillas, tubos de cirugía y otros menesteres médicos. 1257 se acuclilló como si fuera a saltar sobre una presa.

—No hay nadie —dijo Fremen.

En efecto, el salón estaba vacío. Rebuscaron entre los equipos hasta que encontraron una bata para 1257. En un estante se veían medicamentos y gasas, desinfectantes, tapabocas, guantes y jeringas de diferentes tamaños.

—Nos pueden servir —1257 tomó varios frascos y los guardó en su bata.

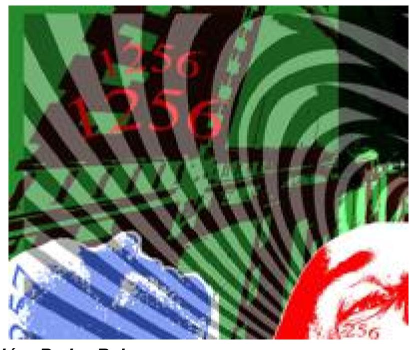


Ilustración: Pedro Bel

Dieron a un pasillo circular sin ventanas. Halógenos en el techo alumbraban en ambas direcciones. Lo siguieron al azar hasta dar con una bifurcación que formaba una línea recta. Tomaron por esta y después de caminar un trecho sin hacer ruido, salieron a una galería con puertas trampa que conectaban con otras áreas.

—Esto está muerto —dijo 1257 empujando una de las puertas.

Unidad autónoma de aislamiento, pensó Fremen. *Demasiado fácil.*

—Vamos por allí —Fremen señaló las escaleras que descendían a un nivel inferior.

Ventanales de gran tamaño dejaban pasar la luz del exterior. Esto los hizo moverse más rápido.

—Algo pasa —murmuró Fremen—. El sistema debería alertar de nuestra presencia.

—Te lo cargaste, ¿no?

—Aproveché una falla en los protocolos de seguridad, nada más. Me parece muy extraño que podamos movernos sin ser detectados.

—Pues alégrate, amigo —dijo 1257—, parece como si fuéramos invisibles.

—Lo dudo —Fremen saludó un ojo visor que desde uno de los flancos seguía sus movimientos.

La lógica de 1257 le gustaba. Parecía tomarse las cosas con calma y sin darle importancia a la situación. O más bien estaba desesperado por salir.

Llegaron a otra galería de un blanco impoluto con techos altos y poco mobiliario.

—Allá está —dijo 1257 apuntando con la barbilla.

—Sí —Fremen se detuvo.

Puertas translúcidas de batientes los separaban del exterior. El viento soplaba con fuerza pues se escuchaba el ruido de los árboles. Se movieron despacio, acercándose a las puertas con sigilo, esperando que cualquier cosa sucediera.

—Deben estar cerradas —dijo Fremen volviendo a su habitual miedo y desconfianza. Sudaba frío.

—No te preocupes por eso, amigo —los ojos de 1257 brillaban con las pupilas dilatadas—. Me tomé dos estimulantes de acción rápida.

Sin siquiera pensarlo 1257 empezó a trotar y tomó velocidad. Parecía un minisub de la línea aérea, la cabeza al frente como un ariete.

—¡Qué haces! —le gritó Fremen tratando de alcanzarlo. Cerró los ojos al ver que 1257 iba a chocar contra las puertas.

El ruido se sofocó cuando el cristal explotó y se hizo polvo. 1257 continuó corriendo otro tramo y al perder el impulso se detuvo. Fremen trotó hasta su posición.

—¿Cómo sabías que eran vidrios de seguridad?

1257 jadeaba con las manos en las rodillas.

—Yo también tengo mis ideas —señaló a Fremen con el índice. Luego se dejó caer al suelo—. El vidrio de seguridad no se rompe a menos que la velocidad de impacto sea la adecuada como para volverte papilla.

Fremen negó con la cabeza y se giró para observar la torre. Aún seguían bajo la estructura pero ahora estaban fuera de esta. Le extendió una mano a 1257 y lo ayudó a levantarse.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Fremen.

—Conseguir la mayor distancia posible entre eso y nosotros —1257 miró por última vez la torre y comenzó a caminar en dirección opuesta.

Fremen titubeó pero enseguida lo siguió. Al principio caminaron por el descampado que rodeaba la estructura pero luego se fueron internando en el bosque. Pronto la vegetación les impidió ver la torre.

—Fremen… —dijo 1257 deteniéndose.

—¿Sí?

—Me puedes llamar Mark —asintió sin volver el rostro—. Es mejor que 1257.

—Claro que sí, 1257.

Ambos rieron y sin volver atrás, continuaron la marcha.

Julián Reyna nació en Bogotá (Colombia) en 1982. Biólogo. Lector. Escritor

tardío. El primer libro de corte fantástico que recuerda haber leído fue "Los viajes de Gulliver", un regalo de su madre que le generó gran afición por el género fantástico (incluyendo el cine), decantándose luego por la ciencia ficción. ¿Por qué le interesa este género? Su gran amplitud y capacidad infinita de generar deslumbramiento, conciencia, reconocimiento a través de lo extraño o lo desconocido, lo cotidiano visto desde otras facetas; es un género que se reinventa y transforma constantemente y con este, el lector. Ha publicado dos cuentos en la Revista Sinestesia (en línea) y su cuento "La caída", fue escogido dentro de los 100 mejores relatos breves en el concurso *Bogotá en 100 palabras* (2017).

En el principio fue el verbo

Felipe Alonso Pampín

 **ESPAÑA**

El crucigrama le dio la primera pista.

No fue nada dramático; no encontró un mensaje oculto en las palabras cruzadas, ni una amenaza explícita al estilo de «hoy empieza el fin». La advertencia llegó en forma mucho más sutil. Durante la pausa para el café — reducida a diez minutos por culpa de ese bohemio de Ed—, Martin prescindió de los titulares del periódico y se zambulló en el crucigrama, su única pasión ahora que la temperatura de sus amores con Lena rondaba el cero absoluto. Había completado más o menos la mitad de las casillas cuando se detuvo, perplejo.

Había algo extraño en aquel crucigrama.



Ilustración: Pedro Bel

Repasó la definición del 7 horizontal: «Junta de los cardenales de la iglesia católica para elegir papa». Solo podía ser «cónclave». Además, la primera ce de «cónclave» era la ce de la segunda palabra de la cinco vertical, «encurtido», y la uve coincidía con la de la once vertical, «desvanecerse».

¿Dónde estaba el error?

Más tarde comparó aquella sensación en la boca del estómago con la de morder una ciruela y descubrir que una parte de la fruta está más madura que el resto, momento en el cual se esfuman tus esperanzas de poder comértela sin que el jugo se escurra por la comisura de tu boca y te manche la camisa.

Desdeñó sus temores con un gesto de cabeza y completó el crucigrama. Atribuyó al agotamiento su extraña reacción. La inexplicable baja de Eddie —el muy cerdo ni se ponía al teléfono y nadie en la oficina parecía haberse hecho digno de conocer sus señas— les había dejado con un hombre menos en plena fase de alegaciones del Expediente Villamil, así que ahora había trabajo extra para todos, las horas de descanso se habían reducido a la mitad y el cansancio comenzaba a jugarle malas pasadas a su mente.

Un par de días más tarde, concluida la tramitación de alegaciones, el jefe de departamento les restituyó a todos sus galeotes cinco de los diez minutos para el café confiscados y el crucigrama proporcionó a Martin una segunda pista.

La palabra era «repulsión», y, ya antes de terminar de escribirla, identificó la naturaleza del problema.

Aquella no era su letra.

Se detuvo. Releyó la palabra, enjaulada en nueve casilleros, y la definición: «rechazo, aversión». Repulsión.

No era su letra.

Intentó escribir la palabra, con su letra de siempre, en un margen del periódico, despacio. Le costó más de lo esperado y abominó del resultado. Su mano le estorbó, acuchilló los trazos de cada signo y produjo solo una versión tullida, corrupta de su caligrafía. Sin embargo, cuando dejó de esforzarse y permitió a las líneas fluir sin tutoría, escribió otra «repulsión» casi idéntica a la que había enjaulado en el crucigrama.

«Repugnancia, aversión».

«Repulsión».

Dejó el bolígrafo y tomó aire.

¿Qué estaba pasando?

Descartó un infarto o un derrame cerebral. No tenía el menor síntoma físico, más allá de aquel peso en el estómago que no era sino una reacción al estrés, la respuesta de su cuerpo a un fenómeno incomprensible.

¿O estaba exagerando la transformación de su letra? Rescató de su cartapacio algunas notas manuscritas sobre el expediente Villamil. Las copió en un folio en blanco y las comparó con las originales: parecían obra de dos manos diferentes. Intentó de nuevo forzar su antigua caligrafía y otra vez obtuvo garabatos alienígenas, un híbrido grosero casi ilegible.

Se pasó la mano por el pelo.

En el nombre de Dios, ¿qué demonios estaba pasando?

Se tomó el resto de la mañana libre y acudió a la consulta de su médico de cabecera, que abrió unos ojos de batracio al oír sus explicaciones.

—No tiene sentido —dijo—. En mi vida había oído nada semejante.

El galeno le hizo un chequeo completo, le tomó muestras de sangre y encargó una batería de pruebas clínicas.

—Si tuviera que deducirlo de tu reconocimiento, diría que nunca has estado más sano. Veremos qué opina el laboratorio.

Mientras Martin se vestía, el doctor se dispuso a actualizar la historia clínica, y frunció el ceño, perplejo.

—¿Cuándo viniste por última vez?

Martin hizo memoria: debió de ser en las Navidades pasadas, justo antes de la discusión con Lena. Había ido a buscar tratamiento para una erupción en las ingles resistente a todos los remedios caseros; ¿por qué?

—Olvidé anotarlo. No hay nada en tu historia desde hace dos años.

Martin observó la estilográfica del médico arañando su expediente y sintió de nuevo un puño de hielo en el estómago.

—Vuelve en cinco días y tendré listos tus resultados. Hasta entonces procura no fatigarte y pasea un poco. El ejercicio físico siempre es beneficioso.

De regreso a casa, Martin se zambulló en el silencio de una relación fracturada. Le habría gustado desahogar sus preocupaciones con Lena llevaba días sin verla siquiera. Además, ella había dejado de escucharle. No recordaba cuándo habían canjeado las últimas palabras. Evocó la discusión de Nochebuena, el paladar afrutado de aquella última botella de vino que jamás debieron abrir y que había roto los puentes entre ellos. Lena no mostraba ningún entusiasmo ante el desafío de reconstruir el vínculo arruinado. Se había mudado al cuarto de invitados el mismo día de Navidad y dormía con la llave echada por dentro. Si por casualidad se cruzaba con Martin en el pasillo o en el cuarto de baño, no le miraba ni respondía a su voz, pero rechazaba su contacto si él intentaba tocarla.

Martin se sentó en la cocina vacía, en su apartamento silencioso e intentó descifrar el comportamiento de su pareja. Eso alejó de su pensamiento todo lo referente a su letra alienígena y su visita al médico. ¿Qué pretendía Lena? Si todo se había acabado ¿por qué seguían compartiendo piso? ¿Por qué imponerle la tortura del ostracismo si no

quedaba posibilidad alguna de reparar lo que la lengua de Martin, embrutecida por aquella última botella de Shiraz, había roto? Lena había dejado pasar todas sus tentativas de hacerse perdonar. Ni las flores, ni los regalos, ni las notas de mortificado arrepentimiento la habían conmovido. La recompensa a todos sus esfuerzos era un muro de desprecio. Ya ni se molestaba en informarle cuando había acabado un determinado comestible o un artículo de higiene. Martin se había marchado más de una vez en ayunas al Ministerio porque no quedaban té ni tostadas y recordaba con dolido rencor todos los episodios en los cuales se descubrió, a traición, sin agua caliente para la ducha o privado de papel higiénico.

La noche de su visita al médico, Martin cenó solo, como siempre, se acostó temprano, se durmió tarde, espiando sin éxito la llegada de Lena al apartamento, y no tuvo sueños.

A la mañana siguiente, fue incapaz de encontrar nada con lo que vestirse. Las perneras de los pantalones le quedaban largas y la cintura holgada. Los calzoncillos se le deslizaban hasta los tobillos. Sus calcetines bailaban alrededor de sus pies. Las camisetas le asfixiaban y abotonar las camisas exigía un triunfo de esfuerzo que una simple inspiración profunda amenazaba con malograr. Furioso, llegó a considerar la posibilidad de que, en una escalada de sadismo, Lena hubiese saboteado su guardarropa. Pero no. Conocía bien todas y cada una de aquellas prendas, algunas de las cuales acusaban el desgaste de años de uso. Y sin embargo ya no le servían. Una mirada al espejo le devolvió la estampa de un fantoche: inflado por encima de la cintura, exprimido por debajo del ombligo. Volvió a desnudarse y estudió su cuerpo, pero no detectó ninguna transformación en él. No se había convertido durante el sueño en un Sansón de piernecitas entecas. Seguía teniendo la misma apariencia, mas ya no encajaba en su ropa de siempre.

Llegó a la oficina vestido de carnaval y torturado por unos zapatos que le rozaban con saña, susceptible a las burlas de sus compañeros. Le sorprendió que ninguno de ellos, ni siquiera el siempre inoportuno Fran, hiciese un chiste de su atavío. El ujier que le llevó una providencia del expediente Villamil le dedicó una mirada harto curiosa mientras Martin firmaba el recibo, pero no despegó los labios.

Aquel día no tuvo tiempo que dedicar al crucigrama. Consagró la pausa del mediodía a procurarse un vestuario digno. En el colmo de la fatalidad, el datáfono de la tienda no reconocía su tarjeta de crédito. Martin tuvo que acudir a un cajero automático, que solo aceptó su clave al segundo intento, y expoliar su espartana cuenta corriente, ya quebrantada a quince días del fin de mes, pero al menos abandonó la *boutique* llevando puestos

un traje, una camisa y unos calcetines de su talla. Paró en una zapatería y reemplazó sus botas malayas por unos cómodos mocasines.

Al volver a casa oyó música saliendo del dormitorio de Lena, pero por más que llamó a la puerta nadie acudió a abrir, y cuando probó el pestillo descubrió que estaba cerrado por dentro.

Antes de salir en dirección al trabajo, Martin había dejado un filete descongelándose en el fregadero. El filete había desaparecido. Supuso que Lena lo habría cenado. Encargó comida china y se acostó temprano.

Al día siguiente, Martin no pudo completar ni la mitad del crucigrama. Las definiciones parecían escritas en chino y los términos permanecían sumergidos en su mente. Desengañado, dedicó el resto de la pausa a elaborar un estudio sobre su nueva caligrafía. Comparó los caracteres encasillados en el crucigrama de aquella mañana con sus viejas anotaciones manuscritas. Sus enes y emes («inane», «macilento») eran antes como arcos románicos y ahora parecían horquillas y tridentes. Los ojos de sus pes («peligro», «pantano») ya no estaban cerrados, sus erres, que siempre recordaban sillas de montar («caletre», «traslación»), se habían transformado en zapapicos, y sus eses («asíntota», «diéresis»), antaño afiladas aletas de tiburón, se alzaban ahora como sinuosas cobras preñadas de veneno.

Martin sospechaba un misterio tras la evolución de su letra. Se convenció de que, si comprendía por qué sus trazos habían cambiado en aquella forma, y no en alguna otra, descifraría el origen y propósito de aquel fenómeno y sería capaz de revertirlo. Dibujó en su cartapacio la posible genealogía de cada símbolo, con creciente esfuerzo a medida que retrocedía hasta el trazado original, e intentó descodificar el mecanismo responsable de su metamorfosis. Embebido en su tarea, perdió la noción del tiempo y acabó alzando la cabeza de su mesa, alarmado: el teléfono, que siempre interrumpía sus tareas, había enmudecido. También, en toda la mañana, un colega se había aproximado a su mesa con alguna reclamación. Espió las inmediaciones de su cubículo: todos sus compañeros trabajaban concentrados en sus respectivas tareas. Nadie miraba en su dirección ni se daba por enterado de su presencia. Se había formado un pequeño grupo junto a la fotocopiadora y otro alrededor de la máquina del café. Sus ojos se cruzaron con los de Fran, que, taza en mano, despotricaba contra los aires de diva de cierto delantero de determinado equipo de fútbol, desvelados en una entrevista reciente —¿por qué demonios permitían a los futbolistas conceder entrevistas?—. Martin le saludó, pero Fran no aparentó verle ni le devolvió el gesto.

Al término de la jornada, Martin sintió miedo por primera vez desde que el escepticismo de la adolescencia decapitó el terror a las sombras, los monstruos de cuento y los ruidos nocturnos.

No encontró el camino a casa.

Estaba seguro de haberse apeado del autobús en la parada correcta, pero recorrió ambas aceras, calle arriba y abajo, sin reconocer su bloque. Presa del pánico, se sentó en el banco de la marquesina y luchó contra su respiración desbocada. Apretó sus llaves, convertidas en amuleto.

Pero ¿cómo no iba a recordar el camino a su propio apartamento, por el amor de Dios? Llevaba diez años viviendo en aquel barrio. Logró poner riendas a su inquietud mediante varias inspiraciones profundas y, sin soltar las llaves, confió en que su cuerpo encontrarse la ruta correcta y se dejó guiar por él.

Dio con su edificio y su puerta, pero todo parecía distinto. Miró largo rato la llave antes de atreverse a introducirla en la cerradura y descubrir, estupefacto, que hacía girar el cilindro. Se detuvo en el umbral, todavía con una pierna en el rellano, y estudió largo rato su propio zaguán con ojos del explorador atónito que se asoma a las ruinas de una cultura desconocida. El reconocimiento de las otras dependencias no le reportó seguridad alguna. El contenido de sus propios cajones y alacenas le resultaba extraño, y lo olvidaba tan pronto como volvía a cerrarlos. La cocina, corazón del apartamento y escenario de la discusión con Lena, le inspiró el rechazo de una morgue. No lograba imaginar a ningún ser vivo vigilando aquellos fogones. Y sin embargo Lena había encendido llamas de sal y afilado guadañas de especias en aquellos mismos hornillos.

Lena.

Maldita sea, necesitaba hablar con alguien, contarle a otra persona lo confuso y asustado que se sentía. Corrió al dormitorio de invitados. Llamó con los nudillos. Pronunció el nombre de Lena y cayó en la cuenta, espantado, de que ya no recordaba su rostro ni el sonido de su voz. Con mano trémula, probó el pomo.

Giró sin resistencia. Martin empujó la puerta y se asomó a una habitación vacía y oscura.

La cama estaba desnuda, el colchón expuesto, el armario abierto, otoñadas las perchas y colgadores. La lámpara, el despertador y cualquier otro rastro de Lena había sido erradicado del dormitorio.

Eso fue más de lo que su organismo, socavado por la tensión, podía gestionar. Martin se tendió en la cama, boca abajo, y cayó en un sueño

semejante a la muerte.

A la mañana siguiente, le sorprendió no amanecer en su propio cuarto. Registró las alacenas de aquella cocina desconocida hasta encontrar lo necesario para prepararse el desayuno. Dedicó casi diez minutos a intentar descifrar qué cita con qué doctor era ésa que había anotado en el calendario y no salió de dudas hasta encontrar una tarjeta de visita del médico en su billetera.

Entonces pudo concentrarse en sugerir razones por las cuales tendría aquella tarjeta de acceso del Ministerio y cómo habría entrado en posesión de ella.

Antes de salir del apartamento, dejó un billete de cinco para el propietario, por el café y las magdalenas que había consumido. Luego averiguó qué autobús le dejaba cerca del Ministerio, se presentó allí e intentó usar la tarjeta en la cerradura electrónica, pero lo único que consiguió fue un mensaje de error en la pantalla. Repitió el intento y obtuvo el mismo resultado. Tras él se formó una cola de personas impacientes, encabezada por Fran, que le miró sin reconocerle. Él musitó una disculpa, se hizo a un lado, y Fran desbloqueó el torno empleando su propia tarjeta. Al otro lado del control de seguridad, esperó a un compañero.

—¿Este tío trabaja aquí? —les oyó susurrar.

—No le había visto en mi vida.

Le echó un último vistazo a su falsa tarjeta de acceso —¿quién le habría gastado aquella broma estúpida?— y la tiró en la papelera más cercana.

Le quedaba una hora hasta su cita con el médico. Se metió en un café y entretuvo el aburrimiento leyendo la sección de deportes del periódico. Su equipo seguía cayendo en picado hacia las categorías inferiores y eso merecía un análisis de de ocho páginas a seis columnas.

En la consulta del médico, tuvo otra experiencia misteriosa. La recepcionista no le había anotado en su agenda. Tampoco halló su historia en el archivo. El doctor en persona salió a atenderle y le dirigió una mirada dubitativa, como si tratase de entender por qué debería rememorar su cara.

—¿Para qué era la cita?

—Algo sobre unos análisis.

—¿Seguro que era para esta clínica?

—Creo que conozco mi propia letra.

El médico negó con la cabeza.

—Me temo que no es usted paciente nuestro. Tiene que haber algún malentendido.

Él se disculpó y abandonó la consulta.

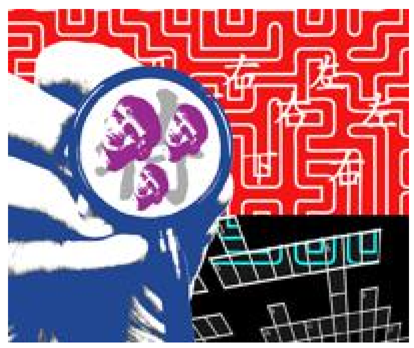


Ilustración: Pedro Bel

Puesto que el día se había ido al infierno, decidió volver a casa. Nada más entrar por la puerta le dio un cachete a Maura en sus orondas nalgas —mira que se había abandonado, desde el último embarazo— y esquivó con gesto entrenado la camisa húmeda que ella estaba refregando en el lavadero. Vio un poco la televisión —si tan solo los puñeteros críos aprendiesen a estarse callados cinco cochinos minutos—, acostó a la pequeña Alicia —su favorita— y se metió en la cama temprano.

Amaneció el primero, como cada mañana. Tomó un café bien cargado, se puso la faena azul, moteada de grasa, y tomó la caja de herramientas. Rubén ya le esperaba en la calle, al volante de la camioneta. Salía por la puerta cuando Maura, todavía pitañosa, apareció en el corredor. La besó y se fue al trabajo.

A mediodía encargaron unos bocadillos y unas cervezas frías en el establecimiento de costumbre. Pidió el periódico en la barra, con idea de hojearlo mientras esperaba, y le dijeron que otro cliente lo había cogido. Al fondo, sentado en una mesa, donde tal vez tenía esperanzas de no marearse con el tufo a proletario transpirado, sorbía su amariconado té con limón un alfeñique de gafitas redondas y suaves manos de pianista.

El muy imbécil estaba haciendo el crucigrama. Como todos los gilipollas.

Nos cuenta Felipe Alonso Pampín: "En cuanto a la pequeña reseña biográfica, baste decir que soy licenciado en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y biblioadicto desde que tengo uso de razón. He colaborado en el pasado con pequeños fanzines de más bien escasa notoriedad y desempeñado diversas actividades profesionales mientras dedico, en mis horas muertas, a perpetrar relatos como el que les ofrezco y novelas que reciben casi tantos elogios como rechazos editoriales (a menudo, y valga la paradoja, de las mismas fuentes)"

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: CLUB PRIVADO (nº 249), LA MANO DE LUCIFER (nº 255), RUIDO BLANCO (nº 266), DEFECTO DE MASA (nº 278)

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Carlos Eugenio Belisle, Pablo Contursi, Gustavo Courault, Marcelo De Lisio, Carlos E. Ferro, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro, Andrés Nieto Bugallo



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**